ciencia ficción en bits

AXXÓN

¡300!

LOU
2021

Axxón 300, junio de 2021

Editorial - Axxón 300

Nuevamente Axxón  llega a un número “redondo”. Como siempre decimos, el número 300 no es el tricentésimo número, porque empezamos en el número 0. Aún así, las fanfarrias solemos dejarlas para el número siguiente porque los números redondos tienen un cierto atractivo visual, y porque nos gustan ciertas tradiciones.

El plan original (idealista) de la periodicidad de Axxón llamaba a generar un ejemplar por mes. Pero, como *la vida es lo que ocurre mientras uno hace otros planes*, hubo irregularidades casi desde el comienzo. Pequeñas, infrecuentes al principio, pero que se fueron acumulando. En los años más recientes, el hueco mayor fue de 15 meses.

Si el plan original se hubiera sostenido, el número 300 hubiera aparecido en septiembre de 2014.

Con altibajos, con cambios de director (basta con ver la firma de los editoriales a través de los años), de plantel de colaboradores, de tipos de contenido, de medio de publicación (de programa ejecutable a sitio estático a publicación con base en Wordpress), Axxón siguió estando, *abriendo puertas* desde septiembre de 1989, dando una voz a la ciencia ficción, la fantasía y el terror en castellano, privilegiando nuestras voces, nuestra visión del mundo, aunque también asomándonos en nuestro idioma al modo en que autores de otros rumbos no hispanohablantes expresaban estos géneros.

Mucho tiempo pasó desde que Eduardo J. Carletti, con todo el entusiasmo y muchos menos desengaños, empezó esta aventura a

pulmón. Los tiempos cambian, incluyendo nuestra evaluación del esfuerzo de mantener Axxón a flote. Decía Eduardo en aquel primer comentario editorial:

> *Axxón será una afortunada, ya que estará hecha de la misma manera que las otras —por pura afición, locura y tozudez—, pero no nos vaciará los bolsillos. Tal vez esta sea una buena clave para la supervivencia y —lo más importante— para la posibilidad de llegar, de recuperar a tantos "perdidos" y acercarlos de nuevo al género.*

Eso ya no es verdad, tristemente: si bien es cierto que armar cada número no representa un costo en sí mismo, el mantener una presencia en Internet (el nombre del sitio, y el alojamiento con el software que permite mantenerlo en funcionamiento) son un costo permanente. Con mucho pudor, pero a sabiendas de que Axxón tiene un valor histórico, invitamos a que quienes quieran ayudarnos así lo hagan visitando la página de donaciones de nuestro sitio.

Lo que decía Eduardo al final de aquel primer editorial sigue siendo cierto:

> *Esta es la única intención —que compartimos con muchos otros fanas de este pequeño mundo de literatura despreciada—: poner la CF que se escribe y ha escrito aquí —en un preponderante primer lugar— y también la CF que se escribe y ha escrito en todos lados de nuevo al alcance de esos míticos, misteriosos y desconocidos seguidores de la CF que compraron miles de ejemplares de Más Allá, Nueva Dimensión, El Péndulo o Minotauro antes de que, cada uno en su momento, los editores las declararan mal negocio.*

El desprecio por el género quizá se limite hoy en día a quienes valoran más otros tipos de literatura, pero, gracias a los esfuerzos de muchos y a que el mundo del espectáculo abreva con frecuencia cada vez mayor en la cf, hoy nos sentimos mucho menos solos en el mundo.

Esperamos que quieran seguir acompañando a Axxón por el camino que viene transitando.

En este número seguimos, pues, dando pasos por el camino de siempre. Traemos ficciones de viejos amigos, de voces nuevas, de autores de otros rumbos. Traemos ensayos sobre los géneros que nos apasionan. Ilustramos con pantallazos de creatividad de ilustradores que nos acompañan. Sólo pedimos que nos lean, que nos sigan, que nos acerquen sus voces. Nosotros también queremos escucharlas y que otros las escuchen, y así sumarnos a un largo coro

compuesto por los pasajeros de esta travesía por el mundo de la ficción especulativa.

Esperamos que disfruten de este número y nos acompañen por muchos números más.

La sombra sobre el Marne

Víctor Conde

Una ucronía lovecraftiana

[image] **ESPAÑA**

Las palabras que escribió el capitán aquel negro ocho de septiembre de 1914 en su cuaderno tenían un grave halo profético, al tiempo que estaban condenadas a convertirse en el perfecto ejemplo de las aspiraciones frustradas de la especie humana. Como buen creyente en los principios utópicos de la Sociedad Fabiana, se atrevió a poner por escrito que «Las vastas fuerzas materiales puestas a disposición del género humano pueden ser controladas con racionalidad y dedicadas al servicio exclusivo de la paz y la prosperidad, nunca para la guerra». Un pensamiento hermoso, un bello deseo para el futuro. Sin embargo, el capitán solo tenía que levantar unos grados la cabeza y mirar por encima de la trinchera para ver el chiste macabro en que la humanidad, esa en la que él tanto confiaba, había transformado su propia capacidad de raciocinio.

El erial en el que las bombas y los cañonazos de las piezas de artillería habían transformado aquella pradera era un espejo de las alucinaciones de san Juan sobre el infierno. Meses atrás, cuando las fuerzas militares llegaron por primera vez a aquel bello paraje, se encontraron con una planicie verde cubierta de hierba con sotos de árboles que se levantaban como hoscos centinelas. El rumor del río Marne llenaba con una suave textura un paisaje hecho de sensaciones, de sentidos líquidos, que inspiraban al poeta para que agitara su pluma, más que al soldado a calar su bayoneta.

La potencia destructiva de la guerra había acabado con todo eso. Cañones de 105 milímetros arrojaban proyectiles de dieciséis kilos que caían con la fuerza de meteoritos sobre el suelo, y eso que no eran ni la sombra de sus hermanos más pesados, los de cuatrocientos milímetros, capaces de lanzar bolas de novecientos kilos cargadas de muerte a kilómetros de distancia. El prado, ahora mismo, no era más que un erial funesto y encharcado, un barrizal silencioso del que todo asomo de vida animal o vegetal había sido extirpado sin contemplaciones, y donde el propio curso del río, desviado tantas veces por los obuses, serpenteaba errático sin saber ya ni siquiera dónde estaba el mar. Donde antaño hubiera

un curso definido de agua cristalina, ahora aparecían lagos sucios y teñidos de rojo. El agua, intentando seguir su curso para alejarse de aquel infierno, serpenteaba hasta unir como un hilo de esparto los dos frentes. Del prusiano fluía hasta el aliado, pero lo hacía envenenada, sucia, mugrienta, llena de residuos tóxicos y productos químicos que unos vertían en el cauce para enfermar a los otros y matarlos. El río ya no era azul, sino compuesto por un miasma ocre que podía derretir por dentro a cualquier hombre que bebiera de él, licuándole los órganos. Cuando esa agua tóxica llegara hasta el océano, si es que alguna vez reencontraba su camino, mataría a todos los peces.

No merecemos sobrevivir a nuestra propia estupidez, pensó el capitán mientras volcaba sus deseos utópicos en el cuaderno. *Esta guerra es la máxima expresión de la idiotez humana, y nos sobrevivirá a todos. Nada quedará al final en pie, salvo el propio concepto de la guerra, sin nadie para defenderlo. En esta lamentable aventura colectiva que es la lucha no hay héroes, solo un enorme y perplejo grito de agonía.*

—¡Señor, otra vez se está levantando la niebla! —Un soldado llegó corriendo por la trinchera para informarle de esto. Como casi cualquier otro de los miles de hombres que se apelotonaban en aquellas tumbas alargadas y sin techo, era joven, tenía cara de inexperto y estaba sucio y demacrado. Eran copias, serigrafías de soldados, hasta el punto de que el capitán Herbert G. Wells había perdido la capacidad de distinguirlos por sus caras. Dado que hacía meses que no probaban la carne y se alimentaban solo de coles y agua sucia, se reconocía más a un soldado por el olor de sus ventosidades que por el nombre que llevaba cosido al pecho.

—¿De qué color es la niebla? —le preguntó, guardándose el cuaderno en el morral.

—Es niebla normal, señor. Plateada. No amarilla.

—Bien, no hay nada que temer, entonces. Ocupad vuestros puestos.

La niebla dorada… el torbellino de cloro mezclado con mostaza sulfurada, con su peste a ajo, con su color enfermizo y su gravedad pesada… La niebla que iba matándolo todo a ras de suelo, que pudría los árboles y los quemaba como si fuera ácido, y mataba a los animales y a los hombres deformándoles la carne hasta que parecían monstruos. Un gran invento de la mente humana, sí, señor, pensó el capitán con amargura; una manera inmejorable de poner las maravillas de la ciencia al servicio del hombre. Había visto caer a sus soldados dentro de esas fétidas nubes amarillas; los había visto retorcerse en el suelo, llamando a sus madres con lo que les quedaba de lengua, antes de que el ácido les abrasara los ojos y

las cuerdas vocales. En la dantesca batalla de la semana anterior, en la que habían perdido dos mil efectivos, la cordura de Wells se había acercado peligrosamente a su punto de ruptura cuando, en el transcurso de la carga final, el mundo se había transformado en una pesadilla tenebrista de explosiones de obuses, surtidores de tierra y barro lanzado al aire, avispas supersónicas que cruzaban invisibles el campo de batalla buscando cuerpos en los que clavar su aguijón, y nubes amarillas, tornados de ácido sublimado y cuerpos en descomposición. Oh, sí, Satanás se habría regocijado en su trono, allá en la ciudad de Dis, encogiéndose con satisfacción al ver cómo aquella parte de Europa se convertía de la noche a la mañana en un espejo de sus dominios.

—Se oyen estampidos de bombas, señor —le dijo el cabo, levantándose el casco por el lado derecho, el oído que aún le funcionaba. Había perdido el uso del otro al explotarle demasiado cerca un 16-K—. Lejos, en el frente boche. ¿Les estamos atacando, acaso?

—No lo creo, soldado. Que yo sepa, el general no ha dado ninguna orden —se extrañó Wells. Pero era cierto, él también las oía. Detonaciones de alto calibre. Explosiones secas que eran absorbidas por la niebla y devueltas tras una vibración alveolar de los gases, en forma de huecos latidos. Les llegaban como antiguas grabaciones de gramófono estropeadas por el tiempo. Pero si no eran ellos los que disparaban contra las trincheras boches, ¿entonces quién?

Se acercó al extremo sureste del ramal —la tumba alargada y sin techo, como la llamaba él—, donde estaba emplazado el periscopio. Con cincuenta años, Wells había entrado directamente como oficial cuando se alistó para combatir en el frente francés, y su presencia imponía. Su aire aristocrático y su bigote eduardiano le conferían un porte que, sumado a su edad, hacía que los jovencitos se cuadraran con temor cuando lo veían acercarse y le saludaran con reverencia. Encarnaba el prototipo del noble británico, nacido para gobernar y montar a caballo… a pesar de que la realidad era muy distinta. Había sido el barrio obrero de Bromley el que lo oyó soltar su primer berrido al salir de su madre, y tuvo que pedir una beca para sus estudios porque su padre apenas tenía para mantener a su familia. Pero como él sabía, todo radicaba en la pose. Para parecer un caballero inglés y ganarse el respeto de sus soldados solo tenía que portarse como uno de ellos, y mantener siempre atusado su bigote.

El cabo a cargo del periscopio le cedió el sitio. Wells pegó los ojos al cristal inferior del tubo y, en efecto, vio que toda la línea del frente del Marne, más de veintinueve kilómetros, estaba cubierta por un tul de niebla plateado. Era como una pantalla que no dejaba ver sino sombras chinescas

sobre la *no man's land*[1]. Aquí y allá, eso sí, se veían volúmenes de gas mostaza que contaminaban áreas de ese frente, pero estaban sobre las trincheras prusianas. Como si ellos mismos se estuviesen bombardeando con su arsenal químico. Aquello no tenía sentido. Además, también se distinguían fogonazos de explosiones lejanas, cuyo eco le recordaba una respiración exhalada a través de una macabra risa.

Había algo muy extraño en aquella niebla, algo que inmediatamente se le antojó no natural, aunque no supiera explicar qué era. Las personas normales no eran capaces de darse cuenta, pero él, que se había licenciado en biología por el Royal College, tenía una vista entrenada para captar los detalles.

Había algo muy raro en esa niebla. Algo antinatural que le puso los pelos de punta, y no se trataba de los destellos de las bombas.

—Tengo que hablar con el general —dijo en voz alta, y le cedió el puesto al cabo en su periscopio.

Cinco minutos después estaba en el búnker de mando, dándole sus impresiones a su superior, el general de brigada Michael Berrys Park. Aquel hombre estaba enfermo de disentería, aunque hacía lo posible por seguir en su puesto sin que los hombres notaran su sufrimiento. Su pequeño rostro hacía lo que podía por hacerse presente en medio de una oscuridad mitigada por velas, rodeando una nariz con marcas de viruelas.

—¿Sigue escribiendo sus relatos de ficción, Wells? —le preguntó, ignorando el informe que le acababa de traer sobre la actividad en el frente.

Wells asintió con timidez y empujó su cuaderno aún más profundamente dentro del morral.

—Sí, general, cuando tengo tiempo. Me ayuda a sobrellevar las horas muertas.

—Me alegro… Me reconforta saber que aún queda espacio para el arte en este infierno, aunque sean pequeños esbozos de poesía en las manos de hombres anónimos. —Pasó su mano helada por encima de las velas para que la llama le tocara la piel, y así calentársela un poco. Al hacerlo provocó que unas capas de luz se pasearan sobre la mesa de mapas como las faldas de una bailarina con poca gracia—. Me dijeron que hay otro inglés en la trinchera norte que también escribe, un radiotelegrafista. Tolkien, creo que se apellida. —Lo pronunció correctamente, *Tolkiin*, alargando la i—. Es un jovencito con cara de profesor de universidad.

—En esa gente es donde reside nuestra esperanza de mantenernos cuerdos, señor —asintió el capitán—. Ojalá todos tuviésemos más tiempo

para escribir que para lanzar balas.

—Ojalá, sí… pero sinceramente, tal y como está la cosa, no creo que ese pobre desgraciado sobreviva para acabar con sus poesías, o con lo que sea que esté escribiendo. Jamás tendrá tiempo de mostrárselo al mundo. Lo más probable es que se ahogue en una zanja anegada de sangre, como el resto de sus compañeros. —Al darse cuenta de que había dicho una barbaridad indigna de un general, se sonrojó y se excusó de inmediato—. Lo siento, caballero. ¿Sería tan amable de olvidar que he dicho eso? Ha sido una impertinencia.

—Claro, mi general. —Wells tragó saliva—. Pero deberíamos ocuparnos de esas explosiones, ¿no cree?

—¿Por qué? Parece que el enemigo combate entre sí. Mejor, se matarán entre ellos sin ayuda por parte nuestra. Seguro que la demencia de las trincheras ha hecho que se vuelvan completamente locos.

—Ya, pero… ¿no sería este un buen momento para rematarlos? Ya que seguramente están ocupados en otro frente, ¿no deberíamos salir y hostigarlos también en este, para cogerlos entre dos fuegos? —opinó, esperanzado. Llevaban meses estancados en las mismas posiciones, sin ganar apenas metros de terreno. Cualquier oportunidad que tuvieran para avanzar hasta las líneas de Hindenburg había que aprovecharla al instante.

El general estuvo barruntando para sí mismo un rato, dejando escapar fragmentos de palabras o de gruñidos a través de su barba. Pero la mayor parte quedó atrapada en la maraña de su sonrisa, parecida a la del muñeco de un ventrílocuo. En varios momentos se provocó una sonrisa a sí mismo usando sus dedos, obligando a las esquinas de su boca a hacerse más grandes. Hasta que al final dijo:

—Tiene usted razón, Wells. Es un hombre sensato. Atacaremos.

Entre el dicho y el hecho mediaron apenas unos minutos, pues la orden corrió como la pólvora, y el falto de moral y magullado pero bien dispuesto ejército aliado pronto estuvo listo para cargar. Iban a salir en oleadas, corriendo hacia la niebla, con dos unidades de caballería —los así llamados «dragones»— apoyándolos desde los lados. El capitán Herbert G. Wells leyó el día como si de un catálogo se tratara, ocupó su lugar al frente de su destacamento, y desenvainó su sable curvo. Cuando los silbatos y las bengalas dieron la orden, esparciendo sobre sus cabezas un código de sonidos y colores, doce mil hombres salieron a la vez de sus agujeros en la tierra, donde habían estado ocultos como topos durante semanas, y echaron a correr a través de la llanura embarrada, quebrada en mil agujeros y cráteres llenos de agua, disgregándose como un enjambre sin ton ni son

mientras corrían hacia la línea enemiga.

Wells iba a caballo, como correspondía a un oficial. Con una mano sujetaba las riendas y con la otra el sable paralelo a suelo, con la punta hacia el enemigo. Los soldados vestidos de verde corrían a su alrededor sin formar grupos, pues así les habían enseñado. Muchos tenían chapas reflectantes cosidas a sus chaquetas, pues a Berrys Park se le había ocurrido la genial idea de determinar por el reflejo del sol en esas placas el lugar más avanzado al que hubiesen conseguido llegar sus hombres. Así se ahorraban tirar bengalas si lograban alcanzar las posiciones. Wells, como hombre práctico que era, se preguntó si esa estrategia no se volvería en su contra si la batalla duraba más de lo previsto, y el sol les caía desde el lado contrario a la hora de retirarse. Cada reflejo en la espalda de un hombre lo marcaría como si fuera una diana de cara al enemigo, que disfrutaría con un trágico tiro al pato. Y lo peor era que ninguno de ellos podía oponerse a llevar aquellas chapas, pues la desobediencia se castigaba con el fusilamiento. Se desnudaba al hombre —para no estropear inútilmente su uniforme—, se lo ponía contra una pared y se le cosía un paño blanco a la camisa. A ese paño apuntaban los fusileros. Ni se le ataba ni se le vendaban los ojos, se suponía que un soldado inglés o francés era lo suficientemente honorable como para aceptar el fusilamiento con orgullo. Luego se le entregaba su uniforme al siguiente novato que llegara al frente.

Rezando porque eso no sucediera nunca, espoleó a su montura y avanzó como uno más, un dragón rampante, un poeta entre soldados, en mitad del griterío y las gargantas que vociferaban y los animales que relinchaban y las miradas de ansiedad y pánico. Avanzó hacia la niebla, hacia las explosiones, hacia los destellos de tortuosos combates, procurando alejarse de las zonas cubiertas por el miasma ocre.

Fue al alcanzar la primera trinchera cuando hubo una explosión demasiado cercana que lo tiró del caballo, puede que un 50 K., lanzándolo como un fardo al interior de la zanja boche. El cuaderno se le salió de la bolsa y cayó en medio del fango, un par de metros más allá. El capitán cayó boca abajo, y su cabeza se inundó de ruido y blancura antes de sumirse en una laguna negra.

Abrió los ojos pesadamente, como si tuviera que descorrer dos cortinajes de teatro. El mundo eran dos tajos de luz con forma de almendra que poco a poco se iban haciendo más anchos. Estaba en el fondo de una trinchera enemiga, sin nadie más a su alrededor, ni enemigos ni aliados. No había rastro tampoco de su caballo. ¿Habría huido galopando? Los soldados de cualquiera de los dos bandos tenían órdenes de no disparar a los animales

cuando los veían corriendo solos, sino de intentar cogerlos y traérselos a sus respectivos establos. En el bando aliado tenían domadores que hablaban alemán, pues los animales del otro bando solo entendían órdenes en ese idioma, y tenían constancia de que los establos enemigos estaban llenos de caballos ingleses, franceses y belgas en las mismas circunstancias. Aprovechar los recursos del enemigo en beneficio propio, se llamaba eso.

Herbert intentó ponerse en pie. Lo consiguió, aunque le dolía bastante el costado y una pierna. Pero por fortuna no tenía nada roto. Maldita sea, tenía cincuenta años, no veinte; era lógico que le doliera. Examinó el terreno a su alrededor: ¿dónde demonios se había metido todo el mundo? Ya no se oían explosiones, ni tampoco griterío de soldadesca ni disparos de fusil. Era muy extraño. Una densa bruma ocultaba el cielo y se metía por los recovecos de la trinchera, demorándose en regurgitar los sonidos que se tragaba. Seguía siendo algo antinatural, como los dedos gaseosos de una nube porosa con conciencia de sí misma, llena del halo frío de las respiraciones de los muertos.

El capitán respiró profundamente, una especie de suspiro pero haciendo el camino inverso. El suelo de la trinchera estaba encharcado y parecía un cenagal, pero palpando en el agua logró encontrar su cuaderno y su sable. Los cogió y desenfundó también su revólver, rezando porque no se le hubiese mojado la pólvora de las balas. En el cinturón le quedaba una granada, pero no quería usarla a menos que se viera entre la espada y la pared.

Estaba chapoteando en algo que no era solo agua, sino un licor rojizo que recordaba el vino. Sabía lo que era, pero su mente se negaba a llamarlo por su nombre, a usar las palabras. Aquello era un bulevar de piojos del que surgían como esqueletos los cadáveres de los árboles. La fuerza tectónica de los obuses no solo lanzaba por los aires la tierra desmenuzada, sino también los cadáveres que había ocultos en ella. Esos cadáveres caían al final de su parábola y se quedaban enganchados en aquellas ramas que parecían dedos de bruja, colgando como grotescos adornos de Navidad. A eso los soldados lo llamaban *Heiligabend*.

Empezó a moverse buscando a alguien, a cualquier aliado. ¡Incluso a un enemigo! Aquel silencio se le antojaba más terrorífico que las mazurcas graneadas de las ametralladoras. En voz baja recitaba poemas de Bevis de Hampton para tranquilizarse, avanzando de octeto en octeto como un hombre que necesita pasaderas para cruzar un arroyo traicionero.

De pronto, escuchó un tipo diferente de sonido. No había palabras en su lengua natal para describirlo, o él no las conocía. ¿Se trataba de un

nuevo ingenio fruto de la maligna mente prusiana el que producía aquellos armónicos, aquellos tonos aberrantes, aquel pitido estridente, aquel rugido que parecía a medio camino entre lo vivo y lo inorgánico? Herbert, aterrorizado, se pegó a la pared de la trinchera que daba al frente boche, y esperó a que el propio sonido le diese más pistas de su procedencia. Era más fácil buscar cobertura en las paredes de los agujeros prusianos que en los ingleses o franceses, ya que estos últimos eran solo canales de ratas excavados a toda prisa y corriendo, mientras que los de los boches, siempre tan eficientes, estaban bien emparedados, tenían vigas de refuerzo, ladrillos y hasta postes indicadores de dónde se encontraban las letrinas, las cocinas, los barracones, las dependencias de los mandos…

De repente, dos cuerpos saltaron dentro de la trinchera, a su lado. Más bien se dejaron caer, pues parecía que estuvieran corriendo para protegerse de algo que estaba oculto en la niebla; quizás de aquel sonido demente. Uno tenía dos patas y el otro cuatro: eran un soldado boche y un perro, los dos con máscaras antigás cubriéndoles las cabezas. A Herbert se le antojó una visión de pesadilla, el típico cuadro descrito por los locos de un sanatorio: un perro con un cinturón colocado en torno al lomo —seguramente para engancharle un par de granadas y que saliera corriendo hacia el enemigo, un blanco diminuto y veloz—, y con la cabeza cubierta por una minimáscara antigás que podría servirle a un niño. Parecía un engendro salido del infierno. El aspecto de su dueño, el soldado boche, no era muy distinto.

Al ver al inglés, el prusiano no le disparó ni intentó ensartarlo con su bayoneta. Para asombro de Herbert, se pegó a él contra el muro de la trinchera, emitiendo un jadeo sibilante a través de la máscara.

—*Hier werden wir sicher sein!* —le dijo, muerto de miedo—. *Duck deinen kopf!*

Herbert no entendía nada. La actitud de aquel soldado no era hostil. Parecía que hubiese encontrado un inesperado aliado en el inglés. ¿Pero por qué? ¿Contra quién?

Con un estremecimiento, una idea absurda le vino a la cabeza y lo dejó aún más helado: ¿Acaso los boches había encontrado un enemigo más mortífero que el ejército contrario, tanto como para considerar a cualquier persona con la que se toparan en el campo de batalla una aliada?

El perro aulló y salió corriendo, desobedeciendo a su amo, su sombra saltando junto a él como una cigarra. Lo perdieron de vista. El boche intentó que regresara lanzándole improperios, pero el animal estaba demasiado asustado. Los dos hombres, inglés y prusiano, se quedaron apoyados contra la pared, muy pegados el uno al otro. El corazón les latía

en las sienes con golpes de martillo.

Y entonces fue cuando lo vieron.

Herbert sujetaba su espada con un puño tan cerrado que se le antojaba una piedra. De pronto, una parte de la niebla adquirió más densidad, se hizo más espesa, más sólida. Podía ser la silueta de un objeto enorme, tan alto como dos cedros puestos uno encima del otro, y estaba dotada de movimiento. ¿Un carro de combate? No, se movía de manera demasiado fluida, demasiado… orgánica. Más bien parecía un gigante apoyado sobre tres largas y tuberculosas patas, que al desplazarse por el campo de batalla fuera emitiendo ese rugido alienígena.



Ilustración: Pedro Bel

Su pata delantera se alzó unos metros para caer al lado de la trinchera, y tanto Herbert como su inesperado aliado la vieron con todo detalle. El inglés gritó, primero con la boca y luego con todo el rostro, pues aquella imagen se negaba a consolidarse en su cerebro: era un tentáculo cubierto de excrecencias de por lo menos metro y medio de grosor y más de veinte de longitud, carnoso y dotado de una rudimentaria sensación de vida, como si cada segmento de él latiera de forma independiente. Su piel podía confundirse más bien con un traje, pues en lugar de células estaba compuesta por prismas, cubos y poliedros vivificados por una especie de animación perversa. El tentáculo se partía en tres segmentos a modo de patas allá donde tocaba el suelo, y en lugar de huellas racionales en el barro dejaba glifos, arabescos, pistas para que un astrólogo averiguase cómo se extienden los objetos en otra dimensión.

Herbert estaba congelado en un calambre; la tensión no le dejaba mover ni un músculo, y las órdenes que su cerebro enviaba inútilmente a sus músculos se perdían por el camino, como si no hubiera nada al otro lado para recibirlas. E hizo bien, pues se oyeron cientos de pisadas, y entonces un batallón de soldados enemigos surgió de la niebla. No acompañaban al monstruo, sino que huían de él, eso lo notó enseguida. Algunos, los más valientes, le disparaban al pasar, pero la artillería

mundana parecía rebotar inofensivamente en aquella piel hecha de pesadillas solidificadas. El inglés pronto estuvo rodeado por el azul marino de las capas de los boches en lugar del color firme y sensato de los uniformes de la Kitchener Army.

Un carro de combate oruga, un Sturmpanzerwagen A7V, tuvo los arrestos de acercarse al monstruo para atacarlo de frente. Su mole blindada apareció por el otro lado de la trinchera, pasó sobre esta por encima de las cabezas del inglés y el boche, haciendo que lloviera sobre ellos un aluvión de tierra, y apuntó a la pata con su cañón de 57 milímetros. La detonación rodeó con un anillo de humo el cañón, como si le engarzara una sortija de matrimonio, e instantáneamente se vio la humareda del impacto en la pata del monstruo. Pero si la hirió o le hizo daño ni siquiera lo demostró, pues lo único que provocó fue que se alzara de nuevo para caer con la fuerza de un martinete sobre el carro. Este se deshizo en una explosión de planchas de acero como un juguete de papel pisoteado por un niño travieso.

El capitán Herbert G. Wells del ejército de Su Majestad no pudo soportarlo más y echó a correr, despavorido, en una dirección al azar que resultó ser el interior del territorio controlado por los boches. El soldado de la máscara intentó disuadirle, advertirle que no fuera por ahí, pero sus gritos se desvanecieron en la niebla. Además, Herbert no hablaba su idioma, no comprendía lo que le estaba diciendo. Corrió y corrió, ya sin ningún arma en las manos, mientras el gigante tripoidal seguía avanzando por el terreno. Y lo peor era que no estaba solo, pues otras sombras de titanes se distinguían a lo lejos, tatuadas en aquella niebla que parecían haber conjurado ellos mismos, caminando como un ejército de gigantes prometeicos cuya única finalidad fuera asolar la Tierra.

Emergiendo viscosamente de las jaulas de pájaros que parecían ser sus cabezas, ocupadas por otras presencias aterradoras y elefantinas aunque de menor tamaño, surgían masas de tentáculos que se disparaban hacia abajo, hacia el suelo, y atrapaban soldados al azar para alzarlos y meterlos dentro de una boca que parecía un esfínter gangrenoso, la puerta a un lugar comandado por una anti-inteligencia manifestada en forma de paranoias exquisitas y horrores octopoides. Aquellos pobres desgraciados gritaban y llamaban mediante alaridos a sus madres, justo antes de que sus voces se silenciaran de golpe.

Herbert se llevó las manos al casco con desesperación. ¡Las cifras bailaban en su cabeza! ¡Millones de muertos! ¡Y para colmo, ahora no eran solo los seres humanos los que se mataban entre sí! ¿Cuántas esperanzas de vida se quedaron atrapadas en aquel fango? ¡Setenta millones de metros cúbicos de escombros repartidos por los treinta y cinco países, y encima

ahora se hacían realidad los sueños de los locos! No era lo mismo munición para cañones que carne de cañón, no, señor…

Tropezó y se cayó dentro del cráter de una bomba, lleno de agua por la lluvia. Se mordió la lengua para no gritar, aunque era consciente de que ese truco pronto dejaría de funcionar y que sería cuestión de risa histérica o muerte. ¿Qué cojones estaba pasando, por el amor de Dios? ¿De dónde habían salido aquellas criaturas? ¿Eran un experimento prusiano que había salido mal y se había vuelto contra ellos? Hasta Inglaterra habían llegado rumores de que ciertos altos mandos del Imperio Austro-Húngaro pertenecían a sociedades secretas de magia negra, dedicadas a la adoración de dioses prohibidos y paganos, pero nadie les daba crédito. Al menos hasta ahora. La mente racional y fuertemente sintonizada con la ciencia de Herbert se negaba a dar crédito a la disparatada idea de que gracias a sus prácticas innombrables, aquellos generales hubiesen abierto una puerta a alguna parte… un lugar al que el hombre no podía acceder ni siquiera usando las puertas de la esquizofrenia que aparecían en lo más profundo de sus pesadillas. Pero allí estaban aquellos monstruos. De algún lado tenían que haber venido.

Un resplandor carmesí atrapó su ojo, y no era el titilar del fuego. Parecía un disco brillante que flotaba a ras del suelo, a pocos metros de su posición. Como no tenía otro lugar a donde ir, atraído como una polilla hacia la llama, el inglés se arrastró por el fango en esa dirección. Llegó a un claro despejado en medio de la bruma, un lugar donde caían límpidos los rayos del sol y donde el cielo estaba más allá del color, todo él una inmensa explosión sónica azul. Tan violentos y puros resultaron aquellos colores, que Herbert se preguntó si una persona podía llegar a morir de sobrecarga perceptiva.

Estaba en un oasis de paz en medio del Armagedón, pero dudó de si quedarse allí o volver corriendo al amparo de la bruma.

Porque delante de él, a escasos diez metros, se levantaba lo imposible.

Sobre el único disco de hierba verde que debía quedar intacto en todo el norte de Francia flotaba un talismán hecho de luz de tres metros de diámetro, girando lentamente sobre su eje. Estaba compuesto por runas talladas en el mismo aire, signos cabalísticos cuyo significado no tenía traducción a ninguna lengua más joven que el Paleolítico. Al verlo, Herbert pensó en un milagro ajeno al Cristianismo, más propio de una religión sin ceremonias, hecha de un complejo vírico de memes centrado en la alienación. Aquel símbolo brillante no era una realidad, sino un estigma de la percepción que sucedía cuando el cerebro empezaba a ser consciente de

la centralidad de lo imposible.

El área de hierba estaba sembrada de cadáveres, pero todos estaban consumidos, como si les hubieran libado su fuerza vital hasta convertirlos en muñecos de trapo. De vez en cuando, cuando un boche pasaba cerca corriendo, el disco le chupaba la vida mediante un canal de luces tan bonito como terrorífico, y la usaba para añadirle un milímetro más a su diámetro.

Malditos seáis, lo habéis conseguido, pensó el inglés apretando con fuerza los dientes: *habéis logrado abrir una puerta al infierno*.

Herbert tuvo claro lo que tenía que hacer. No sabía si funcionaría, pero se le antojó la única forma de detener a aquellas cosas. Se destrabó la granada del cinturón, una F1 con espoleta de impacto, y acompañándola de un grito de furia, la lanzó contra el disco. La explosión fue más violenta de lo que el propio soldado había previsto, y arrancó de los símbolos arcanos una onda expansiva en forma de anillo de luces que arrojó hacia atrás el cuerpo de Herbert, lanzándolo a otro cráter. No perdió la conciencia, sin embargo, y cuando reunió fuerzas para levantar otra vez la cabeza, vio relámpagos, luces, breves cataclismos de energía arcana que parecían partir en dos la realidad. Pero el disco seguía allí. Dañado, sí, pero aún entero.

De reojo, notó cómo uno de los enormes trípodes cambiaba de dirección y empezaba a aproximarse a él. Seguramente habría notado que el centro de aquella actividad mágica corría peligro, así que se acercaba a investigar. El inglés supo que no tenía escapatoria, y que en breves segundos los tentáculos se cernirían también sobre él para alzarlo hasta aquella espantosa boca cefalópoda. De su garganta brotó un sonido inarticulado de dolor, rabia, horror y cansancio.

Se puso en pie para intentar huir, pero un objeto se hizo visible en la bruma, justo delante de él, y le obligó a tirarse otra vez al suelo. Con ojos abiertos como platos y pupilas dilatadas, Herbert vio que aquella sombra se movía a través de la niebla a una velocidad imposible, altísima, mucho más que un caballo galopando o un carro de combate rodando. Y era muy grande, mucho más que un humano.

Se protegió la cabeza con las manos cuando el objeto al fin rompió el último velo de niebla que lo separaba de la luz, y Herbert vio en toda su majestuosidad un avión de combate boche, un triplano de esos que tantas bajas ocasionaban entre los efectivos aéreos aliados gracias a su menor radio de giro. Estaba pintado de negro, y lucía la cruz de hierro prusiana en el fuselaje. Herbert no tuvo tiempo de ver al piloto, sino que se tapó los oídos cuando el avión pasó en vuelo rasante por encima de él, peinándole hacia atrás las canas, y se estrelló de cabeza contra el símbolo mágico.

Lo que siguió fue una hecatombe.

Hubo una explosión de luz, un torbellino de fuerzas que la mente humana no estaba preparada para comprender, y el símbolo se hizo pedazos. Francia entera pareció consumirse en aquel vórtice ardiente, o eso le pareció a Herbert, quien, justo antes de perder el conocimiento, pudo ver cómo el gigantesco trípode que se le acercaba se convulsionaba como si lo hubiesen herido de muerte. Y luego se desvanecía, junto con el resto de los monstruos de tres patas, como si nunca hubiesen sido sólidos sino meros espejismos.

Cerró los ojos, y un apaciguador olvido vino a socorrerlo.

*

Si alguno de sus familiares hubiese podido venir a visitarlo en el hospital de campaña, le habría resultado casi imposible reconciliar a aquel despojo humano con el Herbert que conocían. Al menos no estaba mutilado, ni había sido cegado por los compuestos de yperita que se estabilizaban en el fondo de los cráteres. Seguía siendo un hombre entero… aunque le diagnosticaron tuberculosis. Bueno, en el fondo era una buena noticia. Sería su billete de vuelta a casa.

Quien sí vino a verlo fue un amigo americano que había combatido en el frente junto a él, y que cuando volviera de la guerra decía que quería convertirse en editor. En aquel momento estaba leyendo las páginas del cuaderno del inglés, y tenía cara de auténtico placer.

—Vaya, escribe usted muy bien, capitán, permítame decírselo. Tiene una imaginación sorprendente. ¿Ha pensado alguna vez en hacerse escritor?

—No niego que se me haya pasado varias veces por la cabeza —confesó el herido, tumbado en su cama. Su mirada era la de un hombre que aún se pregunta si las cosas que vio eran ciertas, o producto de la locura inducida por los gases mostaza—. Pero creo que ahora mismo hay una carencia terrible de papel en todas partes, y más en Inglaterra, que me lo impedirá. Nadie puede fabricar libros si no hay materia prima.

—Bueno, en mi país sigue habiendo preciosos bosques, pero nadie querría sacrificarlos a menos que fuera por una causa noble. ¿Si yo le pidiera que escribiera un relato largo, quizá una novela, qué escribiría usted, capitán Wells? ¿Qué querría decirle al mundo?

El hombre se lo pensó largo rato. Por su cabeza pasaron imágenes terribles que seguramente inquietarían al lector, sobre seres de tres patas que andaban por el planeta sembrando la muerte sin que la tecnología de los humanos pudiera hacerles mella. Había omitido esa parte en su informe

al general Park porque no quería que lo tomasen por loco, pero sabía que esas cosas existían, y que de alguna manera era su responsabilidad avisar al mundo de su existencia. También quería denunciar los horrores de la tecnología, cuyos efectos había visto en primera persona en las trincheras: el ser humano no estaba maduro para tener todo ese potencial bélico y científico en sus manos, pues estaba claro que lo usaría para el mal.

Esa misma noche empezó a pergeñar una historia que conjugaba ambos conceptos, y que a lo mejor aquel amigo americano querría publicarle, si al final fundaba su editorial. Sería una buena manera de advertir al mundo sobre lo que estaba por venir, aunque tendría que buscarle un buen final, pues nadie se creería que las personas corrientes pudieran sobreponerse y vencer cuando unos horrores cósmicos y tecnológicos se combinaban para aplastarla.

Mientras se lo pensaba, buscando un buen final para su libro, una ráfaga de aire frío entró por la ventana abierta y le hizo soltar un estornudo. Maldito resfriado.

[1] Tierra de nadie, el espacio en disputa entre los dos bandos que separaba las trincheras.

Víctor Conde nació en Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias, España), en 1973. Sus referentes clave dentro del género han sido los grandes escritores norteamericanos, modernos y clásicos. Destaca a Arthur Clarke, Dan Simmons y Greg Egan, pero no se alimenta solo de ciencia ficción. La poesía de William Blake o los mundos de geometría oculta de los surrealistas también le fascinan. Se ha inspirado además en autores españoles como Ángel Torres Quesada o Arturo Pérez Reverte Tras ganar el premio Minotauro 2010, ha seguido publicando ciencia ficción y fantasía, alternándola con el género del terror. Con Minotauro publicó en 2011 “Hija de lobos”, un relato de horror gótico emplazado en el siglo XIX, y la trilogía juvenil de los “Heraldos” con la editorial Hidra, con gran éxito de crítica. Su novela “Ecos” es Finalista al Premio Celsius de Ciencia Ficción y Fantasía.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: LA ASOMBROSA HISTORIA DE ENRIQUE Y EL HORROR TENTACULAR DE VENUS (nº 107), EL ARCHIVISTA (nº 109), EFECTO CAMPO (nº 118), EMPALME EN LA CINTA DE MOEBIUS (nº 160), YSOBELT Y LOS VISIONAUTAS (nº 161), EL ÁGUILA TATUADA (nº 172), LA HABITACIÓN OSCURA (NOVELA CORTA) (nº 201), LA ESCRITORA (nº 228), AVENIDA AMONÍACO (nº 260), EL BAOBAB DE LAS PALABRAS (nº 261), ONIROMANTE (nº 274), PAUSA PARA EL CAFÉ (nº 285), TODO ESTÁ LLENO DE TRANK (nº 292), TECNÓMADAS (nº 296); en Urbys: LA ÓPERA DE TODOS LOS FANTASMAS, LA FÁBRICA DE COMPRIMIDOS, LA FINCA ENTROPÍA, EL BAR DE SAN JOSÉ 5

T(i)empo en común

Bruce Golden

[image] **ESTADOS UNIDOS**

Avanzó paso a paso a través del pandemonio de vides de hojas enormes hojas repletas de agua como si caminara entre astillas de vidrio, calculando cada paso con precaución, esforzándose por ver más allá de la pared de vegetación. Las sombras se burlaban de su imaginación. Cada gigantesco brote se convertía en otro monstruo que se cruzaba en su camino.

Mientras ignoraba el dolor que le produjo otra rama punzante recordándole la herida de la pantorrilla, y mientras examinaba el follaje, escuchaba los sonidos de la batalla, distantes pero nítidos. Por un claro entre las copas esmeralda de los árboles, vio un destello de luz carmesí abrirse paso por el cielo nuboso, anunciando una gran tormenta.

¿Qué estaba haciendo aquí? Él, Willie Solman, era una persona que solía hacer un esfuerzo para no pisar ni siquiera un caracol de jardín. ¿Qué demonios estaba haciendo aquí, enrolado en los *astromarines*, intentando matar a criaturas que no había visto nunca, salvo en unos videos de mala calidad? Era una locura, todo el asunto: el odio, la matanza, una guerra por un sector olvidado de la galaxia. No tenía nada que ver con él. No era asunto suyo, al menos no lo era hasta que el gobierno desenterró una antigua ley de conscripción y lo arrancó de la vida que llevaba. No tenía nada que hacer allí. Tenía que estar en su hogar, en el escenario de *The Bad Penny*, tocando blues.

En vez de eso estaba… bueno, no sabía exactamente *dónde* estaba; ni en qué parte del espacio, ni en qué parte del planeta. Una emboscada lo había separado de su pelotón. Las imágenes caóticas aún le llameaban en el cerebro. Sangre por todas partes, los disparos de las armas entrecortados por los gritos, órdenes gritadas sin sentido. Gilmore y Fitzgerald y Josecito cayeron con los primeros disparos, con agujeros que les atravesaban la carne y los huesos. Él se tiró al suelo y se arrastró buscando refugio al primero sonido de ataque. Duro de miedo, no se movió hasta que escuchó la orden de retirarse. ¿Pero retirarse hacia dónde?

Así que se arrastró, mientras la lucha continuaba a su alrededor; se arrastró sobre el cadáver quemado de Doc McGee; se arrastró hasta que se desplomó de agotamiento. No se dio cuenta hasta más tarde de que estaba

herido. Su primer intercambio de fuego y ni siquiera le había quitado el seguro a su arma. Por lo que sabía, todos los otros estaban muertos, y todavía no había visto a lo que fuera que se suponía que tenía que combatir.

Pero había escuchado historias. Como las que contaba el Sargento Bortman sobre matar "babosas" en Vega 7. El lo llamaba "combatir plagas". Describía su babosa sangre azul y sus rasgos espantosos, y cómo se comían a sus propios muertos. Willie no sabía cuando de lo que les había contado Bortman era cierto, pero las historias habían bastado para que quisiera desertar. ¿Pero a dónde podías huir en el espacio muerto?

El receptor táctico de su casco no había escupido más que estática desde hacía un rato, así que lo apagó. La pantalla en su visor no funcionaba, igual que su GPS. El peso del M-190 que llevaba en las manos no le aumentaba la confianza, pero al menos ya le había sacado el seguro. Si sólo pudiera estar seguro de la dirección a seguir. ¿Hacia los sonidos del combate? ¿En dirección opuesta? Ni siquiera estaba seguro de poder darse cuenta de la dirección de la que venía el sonido. Pero cualquier cosa era mejor que quedarse sentado y esperando… esperando Dios sabía qué.

Otro parpadeo irregular iluminó el cielo y el piso bajo sus pies tembló con un rumor distante. Un hedor mohoso saturó el aire y la boca de Willie supo al sudor espumoso que le recubría el rostro. La humedad se le pegó como una segunda piel, y con cada paso un barro verde le aferraba las botas como si quisiera arrastrarlo a las tripas de ese mundo extraño.

Apartó otra hoja gigantesca con el cañón de su arma y estiró una pierna para pasar por encima de un tronco putrefacto. Su pantorrilla se estaba entumeciendo; esperaba que esa fuera una buena señal.

Antes de poder levantar la otra pierna por encima del tronco, algo lo atacó. Sólo sus reflejos impidieron que lo golpeara. Apuntó su arma en todas direcciones, listo para reventar lo que fuera, y vio un látigo largo y purpúreo recular como [¿un *souvenir*? (!!!) "long, purplish whip recoil like a party favor"]. El tentáculo desapareció dentro de una criatura descomunal del tamaño de una vaca y tan verde como su entorno. No tenía ojos ni piernas visibles, sólo una extraña corona de espinas afiladas en lo alto de lo que parecía su cabeza. Willie no estaba seguro de si era un animal, un vegetal o un cazabobos del enemigo.

Siguió con el arma preparada mientras rodeaba al animal, esperando que su distancia estuviera fuera del alcance de la lengua tentaculada. El bicho no hizo otros movimientos, y aunque pronto quedó atrás, Willie temía encontrarse con otro de sus primos.

Los ruidos distantes de la batalla se habían apagado, pero eso sólo hizo

que el fuerte latido de su corazón se sintiera mucho más fuerte. Encontró una porción de terreno relativamente seca y se agachó para descansar. Incluso cerró los ojos por unos segundos. Entonces fue cuando lo oyó. Su fatiga desapareció y abrió los ojos con la alerta que produce el miedo. No se movió, se limitó a escuchar. Ahí estaba de nuevo… ¡música!

¿Una alucinación? ¿Se le había infectado la herida con un virus extraterrestre? Le habían advertido del alto riesgo de infección, y de la posibilidad de sufrir delirios como consecuencia. Willie sacudió la cabeza y volvió a escuchar. Todavía estaba allí, distante pero real. La melodía más extraña que hubiera escuchado jamás. Era ligera y sonaba a instrumento de viento, tal como él imaginaba que sonaría una zampoña, pero abrumadoramente triste. Al principio parecía una flauta. Después hubiera jurado que era un saxofón ronco.

La tonada resonaba a través de la selva, con cada nota creando su propio eco. A Willie le pareció hermosa y cautivadora. No vaciló. Se puso de pie y empezó a seguir el sonido como si estuviera persiguiendo una presa en una cacería allá en Louisiana. Se sentía atraído a hacerlo; ya no le preocupaba el peligro de su entorno. La música era lo único que todavía tenía sentido para él, y no le importaba si la estaba tocando el mismo diablo.

El sonido aumentó de intensidad, convenciéndolo de que iba en la dirección correcta. Cuando salió de la maraña del espeso bosque y entró en un pequeño claro vio aquello.

Aquel ser se apoyaba sobre un árbol retorcido e interpretaba un instrumento de aspecto extraño con la forma de un trío de serpientes enroscadas desde una única boquilla pero que desembocaban en tres aberturas. La rareza del instrumento, sin embargo, no podía competir con el ser que lo interpretaba.

Estaba parado en dos piernas, era humanoide y hasta estaba vestido con ropaje militar similar al de Willie. Pero allí terminaba el parecido. Su rostro era una masa descolorada y gelatinosa, cuyo único rasgo vivaz eran los dos ojos bulbosos que parecían a punto de estallar fuera de unas mejillas hinchadas y temblorosas. Incluso desde unos metros de distancia, Willie veía las venas que latían en la piel casi traslúcida del extraño. Casi no tenía nariz, pero sí tres fosas cavernosas en su lugar. No tenía pelo, por lo que Willie podía decir, y la boca era un orificio sin labios que envolvía de forma obscena la base del instrumento.

Willie advirtió todo esto en el momento en que entro en el claro, el mismo instante en el que se congeló paralizado por el miedo y atraído por

la música; el mismo momento en que el extraterrestre lo vio.

La sorpresa del extraño era evidente. Dejó de tocar, bajó el instrumento y se lo quedó mirando. La realidad reemplazó de inmediato al asombro en un instante; la criatura soltó el instrumento y ambos soldados se apuntaron mutuamente con sus armas.



Ilustración: Pedro Bel

Se suponía que disparara. Willie sabía, al aferrar su arma, que debía apretar el gatillo, lanzar la primera salva, y ponerse a cubierto. Se lo habían machacado durante semanas de entrenamiento intensivo y forzoso. Así que esperó, esperó que le llegara la muerte. Pero la muerte no llegó. La criatura continuó apuntándole con el arma lista para disparar… pero no disparó.

Willie decidió sacar ventaja del momento. Moviéndose tan lentamente como pudo, bajó su arma. Casi al mismo tiempo el ser que tenía en frente bajó la suya. Se miraron el uno al otro, examinando más de cerca sus diferencias.

Willie quería hablar, decir que no había disparado porque no tenía el temperamento para matar, y por… por la música. Quería preguntarle a la criatura por qué *no lo había quemado*, y cómo se llamaba ese extraño instrumento. En vez de eso, se llevó la mano con cuidado al bolsillo de la camisa. Cuando sacó la armónica la criatura reaccionó instintivamente, volviendo a levantar su arma.

Con precaución, Willie se llevó la armónica a los labios y empezó a tocar. Con la primera nota, el alien se relajó. Apoyó su arma contra el árbol y escuchó.

Willie tocó un *blues* lento y triste que era muy apropiado para la deprimente selva tropical; el pequeño claro lo contenía como un anfiteatro viviente. A medio camino se detuvo, miró a su adversario y sonrió. El alien tomó su propio extraño instrumento y empezó la misma melodía seductoramente inquietante que había interpretado antes. A Willie le sorprendió cómo los dedos morados y fofos de la criatura se retorcían a

todo lo largo de las varas del instrumento como si estuviera jugando un juego tridimensional. Mirando la interpretación, los ojos de Willie estaban tan fascinados como sus oídos. Escuchó un poco más, intentando descifrar las notas, la melodía, y luego se le unió con la armónica. Tocó suavemente e intentó acompañar. Cuando parecía que lo estaba logrando, el alien se detuvo. Willie también se detuvo y lanzó una gran sonrisa. No estaba seguro, pero hubiera jurado que el alien le devolvió la sonrisa.

La criatura se le acercó con unos pocos pasos lentos y apuntó a Willie con su instrumento de tres puntas. Quería que él hiciera algo. Le salió un ruido de la boca, pero para Willie era un galimatías.

—No tengo idea de lo que estás diciendo, amigo.

La criatura siguió apuntándole mientras se le acercaba con pesadez. Willie se dio cuenta de que no le apuntaba a él sino a la armónica. El alien sujetó su propio instrumento, y entonces Willie entendió.

Cuando hicieron el intercambio, la mano de Willie rozó la de la criatura y humedad pegajosa de su piel lo llenó de asco por un momento. La sensación se desvaneció cuando deslizó los dedos sobre el acabado suave del artefacto extraterrestre. No sabía si estaba hecho de una madera muy bien pulida o de algún polímero sintético.

Willie se lo llevó a los labios, vacilando antes de tocarlo, y luego descartó cualquier preocupación por gérmenes extraterrestres y trató de hacerlo sonar. El chillido que emitió era todo menos armonioso. Luego de dos intentos audiblemente dolorosos, se detuvo.

Mientras tanto, el alien había ajustado su propia boca ancha a la armónica, pero le llevó varios intentos el emitir algún sonido. Cuando finalmente descubrió el método adecuado, las notas discordantes que creó los hicieron reír a ambos. Al menos a Willie le sonó que aquel ser se estaba riendo.

Antes de que cesara el sonido de su risa, una explosión sacudió el claro de la selva y los lanzó a los dos al suelo. El alien logró ponerse de pie primero y se dirigió hacia su arma. Atontado, Willie intentó sentarse al tiempo que un enorme vehículo armado se movía pesadamente a través del grueso follaje y emergió en el claro. Detrás de él se arracimaba un pelotón de *marines*. Como insectos furiosos, abrieron fuego. Disparos de calor rojo-anaranjado restallaron en torno al alien mientras corría torpemente para ponerse a cubierto.

Willie se puso en pie con torpeza y miró a sus compañeros *marines* en una niebla de emociones confusa. Antes de poder pensar en llamarlo, el alien desapareció en el bosque. Luego la serva estalló en una sacudida de

hojas destrozadas y barro volando. El arma de la criatura giraba en todas direciones por el aire, en un lento movimiento onírico dentro de la lluvia de escombros.

—¡Sigan en movimiento! ¡Estén alertas, no se alejen! —El líder del pelotón agitó el brazo como cierre de sus órdenes y se movió detrás de las huellas del vehículo que aún avanzaba.

Willie se quedó en silencio con una mirada estupefacta en el rostro. Los brazos le colgaban fláccidos, con el arma en una mano y el instrumento alien en la otra.

—¡Hey! ¿Estás bien? —le preguntó un *marine* con cara de bebé tratando de llamarle la atención—. ¡Te pregunté si estás bien!

Willie asintió y el *marine* siguió adelante. Tan rápido como había invadido el claro la fuerza de ataque se retiró, con la vegetación machacada como única prueba de su paso.

Aún de pie, aún mirando hacia la selva donde el soldado extraterrestre había desaparecido, probablemente hecho jirones por algún disparo, Willie intentó librarse de la bruma que le invadía el cerebro. Levantó el extraño instrumento que tenía en la mano, sorprendido de descubrir que aún lo tenía. Ábrió la otra mano, y su M-190 cayó al barro. Con las dos manos levantó la extraña boquilla hasta sus labios y…

…tocó. Tocó con la familiaridad de un viejo amigo. Sus manos eran un par de colibríes que revoloteaban a todo lo largo de los tubos. La composición era una de su autoría, una fusión de ardientes toques de jazz que hervían hasta un crescendo, luego se enfriaban y precipitaban un interludio más clásico. Se elevaban, caían, luego volvían a elevarse. Para cuando había llevado la tonada a su cima, hasta la orquesta completa que lo acompañaba guardaba un respetuoso silencio.

Tocó el instrumento como no lo había tocado nadie, porque nadie lo había tocado jamás. Nadie en la Tierra tenía un instrumento como aquél. Otros habían hecho copias luego de que la fama de Willie había crecido, pero nadie había logrado duplicar su singular resonancia. Era el único hombre con ese sonido singular.

Para la audiencia, el final llegó demasiado pronto. Se pusieron masivamente de pie y aplaudieron con fervor. Willie se inclinó levemente reconociendo su adoración y les lanzó un beso. Luego de seis años ya estaba acostumbrado a la adoración; realmente estaba harto. Se peinó hacia atrás el pelo largo, de costoso peinado que ya empezaba a agrisarse en las sienes, y saludó a la audiencia. Los de las primeras filas podían ver la

sonrisa forzada que les lanzaba, pero las luces de escena ocultaban las arrugas.

Entró tras bambalinas con el aplauso aún rugiéndole en los oídos y sin perder tiempo se dirigió a su vestidor. Lo seguía de cerca un hombre bajo y regordete que olía a cigarros, y al que le costaba seguirle el paso a Willie.

—Gran espectáculo, Willie —jadeó—, realmente fabuloso. Se están volviendo locos.

Willie cruzó la puerta del vestidor y se sacó la corbata del cuello. Se dejó caer frente al espejo de maquillarse. Una mujer mayor que él le alcanzó una toalla y se llevó su *tripeta*.

—Sonaste encantador esta noche, Willie —le dijo mientras lo ayudaba con el abrigo.

—Gracias, Georgeanne.

Willie se secó el sudor del rostro y empezó a desabrocharse la camisa.

—Sí, te aman, Willie —dijo el gordo, que había recuperado el aliento tras la caminata a paso vivo—. Escucha, todavía se los oye. ¿Qué piensas de un bis?

—Esta noche no, R. J., no me quedan fuerzas.

Georgeanne le trajo un vaso de agua a Willie y él tomó un largo trago.

Llamaron a la puerta. Se asomó un tramoyista y preguntó:

—¿Sale de nuevo?

—No, no sale —le respondió Georgeanne con firmeza.

Antes de retirarse, el intruso le echó una mirada rápida a Willie, quien no le aportó consuelo alguno.

—Está bien, Willie —dijo su representante, palmeándole la espalda—, guárdalo para el domingo. El domingo es el grande. Va a estar escuchando todo el mundo. Diablos, más que todo el mundo. Te van a enganchar a todas las estaciones y colonias del sistema. Va a ser el espectáculo más grande de la década, o no me llamo Robert Joshua Bottfeld.

Sacó un gran cigarro, abrió un encendedor enchapado en platino, y lo encendió.

Apenas empezó a humear el cigarro, Georgeanne se lo arrancó de la boca y lo apagó en el agua.

—¡Cerca de Willie, no! —exclamó con una mirada penetrante.

—Ah, sí.

Willie ignoró el diálogo, indiferente a todo salvo el rostro que le devolvía la mirada desde el espejo. El éxito lo había puesto en esa silla, un tipo absurdo de éxito que excedía sus sueños más locos. ¿Entonces por qué la cara en el espejo estaba tan huraña? ¿Cómo podía propagar tanta alegría con su música y encontrar tan poca él mismo?

—Adivina qué, Willie —dijo R.J. con un tic de excitación—. Hoy me llamaron de nuevo de DreamWorks. Todavía quieren hacer la película. ¿Me escuchaste?

—Sí, te escuché. Mira, eres un gran representante, siempre has sido bueno conmigo, pero ya te dije, soy un músico, no un actor.

—¡Hey, por siete millones y un contrato para la banda de sonido puedes ser lo que te pidan!

—No es el dinero, R.J., se trata de la música. Nunca lo entendiste.

—Entiendo perfectamente. Entiendo que te gustan tus limusinas y tus mujeres, tu casa en la Riviera y todos tus juguetes. Siempre es el dinero, Willie, y esta película les va a dar el impulso que le hacen falta a tus ventas que vienen bajando.

—Lo pensaré —respondió Willie como si no lo fuera a pensar; antes de que su representante pudiera seguir la discusión, Willie cambió de tema —. ¿Cómo está tu hijo, Georgeanne?

La sonrisa de matrona de la mujer se disolvió en preocupación.

—No muy bien. Me dicen que van a volver a empezar la conscripción de gente joven, y él quiere ir a la universidad y estudiar ingeniería.

—Sí, parece que el gobierno está preparando otra lucha con las babosas —dijo Bottfeld.

—Pero no ha habido guerra durante años —dijo Willie—. Tenemos un tratado y…

—Nada de tratados, esos bichos alien no andan en nada bueno. ¿No sigues las noticias? Tendríamos que haberlos barrido a todos en lugar de dejarlos rendirse. Demonios, ahora hasta dejan que esos babosos anden en la Tierra. Mierda, Willie, tú sabes de qué te hablo. Estabas allá peleando con ellos, antes del tratado.

Willie no respondió.

—Quizá el hijo de Georgeanne terminará el trabajo que tú empezaste. Yo digo, que los maten a todos.

Georgeanne pareció aún más preocupada.

—Willie, ¿crees…?

Pero Willie no estaba escuchando. Corrió al baño, cerró la puerta y se quedó parado delante del lavamanos.

¿Otra guerra? ¿Más gente muriendo? ¿Para qué? ¿Derechos de territorio? ¿Sobre planetas de jungla ardiente? Éramos más civilizados cuando levantábamos una pierna y meábamos los árboles.

Se sintió mal por el hijo de Georgeanne. El chico probablemente no tenía idea de lo que le esperaba. Pero Willie lo sabía. Sus propios recuerdos eran vívidos, siempre cercanos a la superficie.

Como fuera, él no podía cambiar el pasado, así que ¿por qué no disfrutar del éxito?

Activó el sensor del grifo.

Lo había logrado. A lo grande. ¿Importaba cómo? Se frotó las manos con jabón y se echó agua en la cara. Llámalo azar, destino, karma, lo que quieras; no era culpa suya, ¿verdad? Era hora de superarlo.

Willie tomó una toalla y se secó la cara. Se sentó en la tapa del inodoro, reclinando la cabeza hacia atrás, y trató de vaciar la mente. Se relajó, procurando liberarse de toda emoción. Necesitaba un descanso. Quizá luego del concierto siguiente tomaría unas vacaciones, sin que importaran los planes de R.J.

Entonces la oyó. La canción que había escuchado por primera vez hacía siete años. No la escuchó con los oídos, sino en la cabeza. Desolada y efímera, la misma tonada que lo había llamado en aquella selva lejana. Él nunca la había interpretado; no quería ni siquiera intentarlo. Pero últimamente había estado escuchándola más y más, hasta que no estuvo seguro de qué era real y qué era un mero recuerdo fantasmal.

Se arrancó la toalla y sacudió la cabeza. Pensó en otras canciones, otros instrumentos. Esperaba que así abandonara su mente. No era culpa suya. ¿Por qué estaba…? Entonces se interrumpió tan de pronto como había empezado.

Willie salió del baño con las manos temblorosas.

—¿Estás bien? —preguntó Georgeanne.

—Sí, estás un poco pálido —acotó Bottfeld—. Ven, vayamos a la fiesta.

—No tengo muchas ganas de fiesta esta noche, R.J. Me duele la cabeza. Ve tú sin mí. Voy a dar una vuelta y tomar un poco de aire.

—Pero, Willie, va a ser… —Antes de que Bottfeld pudiera terminar, Willie ya se había ido.

—Ha estado teniendo dolores de cabeza cada vez más seguido últimamente —dijo Georgeanne—, y también pesadillas.

—¿Pesadillas? ¿De qué tipo?

—No sé. No habla de eso. Me pregunto si tendrá que ver con lo que decías, sabes. Sobre cuando estuvo en la guerra.

—Eso fue hace años —dijo Bottfeld, buscando otro cigarro en el bolsillo—. ¿Por qué eso le iba a empezar a preocupar ahora? —Encendió el cigarro y exhaló—. Por supuesto esas malditas babosas le provocarían pesadillas a cualquiera. No alcanza con que invadan nuestra parte de la galaxia, ahora le están jodiendo la cabeza a mi niño mimado.

—Otra cosa —vaciló Georgeanne—. No sé si debería decirlo, pero tú eres su representante y todo eso.

—¿Qué pasa?

—Una vez lo escuché hablando solo. Creo que escucha cosas… imaginarias.

Bottfeld exhaló una nube gris azulado y respondió con algún desdén:

—Espero que sea material para un disco nuevo.

Afuera hacía un frío húmedo, pero a él no le importó. Se había metido en un barrio familiar, pero no notó que un grupo de vagabundos lo estaba examinando. Tampoco le prestó atención a unos trasnochados que se burlaron de él por deporte. Se concentró en la botella que tenía en la mano y en poco más. Sabía cómo librarse de la inquietud: ahogándola.

Siempre había pensado que ser rico y famoso era lo máximo… pero ahora, que era ambas cosas de un modo que superaba sus mayores deseos, ya no estaba tan seguro. Al principio había sido fantástico, pero ahora, ¿qué significaba? ¿Era feliz? ¿Estaba satisfecho? Maldita *tripeta*, como fuera. No la había pedido. Ahora la tenía y… se dio cuenta demasiado tarde de que pensar en ella había sido un error. Esa melodía que no lo dejaba olvidar se le había vuelto a meter en la cabeza. Había empezado suavemente, como una brisa ligera. Sin embargo había crecido sin pausa, hasta que fue un vendaval aullante que impactaba su cerebro en ruinas. La canción, el recuerdo. Era tan real.

—¡No! —aulló Willie, lanzando la botella medio vacía contra la pared. El vidrio roto y su propia ira silenciaron la melodía obsesionante.

Se sintió agotado y bebió, pero no lo suficiente. Miró alrededor, notando por primera vez dónde se encontraba. Se acordó de un bar cercano. Un lugar donde solía tocar, hacía mucho, antes de que todo se saliera de

control. Podía cerrar el círculo, matarse allí. La idea le resultó atractiva.

El resto de la noche se hundió en la niebla de la borrachera. Se acordaba de una banda. Willie los recordó porque uno de ellos, un tipo de aspecto extraño, tocaba la armónica y no lo hacía mal. Recordó que el tipo se veía raro porque, además del sobretodo largo y el sombrero grande y de ala caída, llevaba guantes. Los músicos no llevan guantes, especialmente si tocan la armónica. Willie también recordó haberse caído de la silla y discutir con la camarera sobre lo mucho o poco que debía seguir bebiendo. Una propina generosa la convenció de darle la razón, pero cuando ella le trajo la bebida él ya no la quiso.

Algo después de que la banda hiciera una pausa, Willie quedó inconsciente. Sólo volvió en sí cuando la música volvió a empezar. Lo despertó algo familiar en la canción. Algo…

Le corrió un escalofrío. Esa canción, esa melodía maldita. Al principio pensó que estaba soñando, porque ya no estaba sólo en su cabeza. Y no era una *tripeta*, era el sonido de una armónica.

Abrió los ojos empañados. El intérprete estaba solo en el escenario, interpretando la melodía que se había convertido en una tempestad en la cabeza de Willie. Escuchó atentamente cada nota, cada inflexión, y aún no daba crédito a sus oídos. No era posible. Era su imaginación.

Dispuesto a saberlo con certeza, se puso de pie al terminar la canción. Apenas podía concentrarse, ni que hablar de caminar. Dio cinco o seis pasos erráticos hacia el escenario, chocó con alguien y empezó a dar volteretas. Antes de orientarse, alguien lo había agarrado de la camisa y le había pegado. Hubo muchos gritos y confusión. Willie sintió que lo arrastraban de allí.

—Te vas, amigo. No me importa cuánto dinero tengas.

Willie vio que el camarero había venido a ayudar al grandote de la puerta a restablecer el orden. Se metió la mano al bolsillo y le tiró un puñado de billetes, y después miró hacia el escenario. Estába vacío. El de la armónica se había ido.

Lo sacaron y lo empujaron a la calle. Cayó y no intentó levantarse. Yació allí, preguntándose qué era real y qué no, y si acaso eso importaba ya.

La gente se abalanzaba al salón de conciertos como las corrientes de un deshielo. Incluso tras bambalinas, a Willie sus murmullos discordantes le resultaban ensordecedores. Con la *tripeta* en la mano, caminó de ida y vuelta por su vestidor. Se detuvo a masajearse las sienes que le latían, y siguió

yendo y viniendo.

—Willie, muchacho, cálmate —dijo Bottfeld cuando vio el aspecto nervioso de su cliente—. Guárdalo para el show. Sabes que les encantará. Siempre es así.

—Sí, pero ¿me va a encantar *a mí*?

El teléfono de Bottfeld pidió atención con un pitido.

—Sí… ¿Qué?… Bueno, asegúrense de que seguridad diga que está todo bien.

—¿Algún problema? —preguntó Willie.

—No tienes de qué preocuparte. Seguridad tuvo que echar a un viejo tocando la armónica en la salida de atrás cerca de tu limusina.

—¿Qué?

—No te alarmes, no pasa… ¡Hey! ¿A dónde vas?

Willie, tripeta en mano, ya estaba saliendo. Gritó mientras se iba:

—¡Voy a tomar un poco de aire!

—¡Espera! —gritó Bottfeld, después agregó con resignación—. Diablos, no tardes mucho, Willie. Sales en 20 minutos.

Willie intercambió asentimientos con el guardia de seguridad en la salida trasera y se dirigió al callejón. Había otro guardia junto a su limusina.

—¿Quiere que vaya con usted, señor Solman? —preguntó el segundo.

—No, gracias, voy a estirar las piernas un minuto nada más.

No tuvo que caminar mucho hasta que la escuchó… la canción fantasma que no se iba. Por alguna razón, el sonido ya no lo aterrorizaba. Se había vuelto inevitable. Lo aceptó con calma, con un viejo amigo que ha venido de visita y ya no se va. Siguió por el callejón iluminado por las estrellas, siguiendo la melodía. Solo se detuvo cuando la música cesó. Escuchó, perdido sin la melodía. La inquietud llenó el silencio. De inmediato sintió recelo. ¿Qué debía hacer? ¿Hacia dónde…? Entonces escuchó otra cosa. El sonido muy real, muy ordinario de alguien tocando *blues*.

No tuvo que caminar mucho para encontrar al de la armónica, vestido igual que hacía dos noches. Medio escondido en la sombra, cubierto con la ropa, Willie realmente no podía ver al fulano. Pero no hacía falta. El extraño dejó de tocar y Willie se llevó la tripeta a los labios. Empezó la misma canción lenta y triste que había estado tocando el extraño, y se detuvo luego de unas pocas notas. El de la armónica respondió el mismo

modo.

—Eres tú —dijo Willie—. Estás vivo.

El extraño cojeó con la pierna rígida acercándose unos pasos.

—Sí, soy yo. —La voz tenía un seseo que no era del todo humano.

—Pensé que habías muerto. Hubo una explosión y luego…

El extranjero cojeó más cerca, como para demostrar su discpacidad, y se sacó el sombrero.

—Sólo murió parte de mí allí.

Los rasgos arrugados y curtidos del extraño sobresaltaron repentinamente a Willie, aunque había sabido exactamente qué esperar bajo el sombrero.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—¿El gran Willie Solman? ¿Quién no te conoce en este planeta? El espectáculo de esta noche se publicitó ampliamente. Creo que lo llaman "Canciones de la Galaxia" —El ser hizo un sonido que fue parte eructo, parte tos, y luego continuó—. Interpretas la "tripeta", como la llamas, bastante bien. Mucho mejor de lo que yo lo hacía.

Willie levantó el instrumento.

—Siempre me pregunté cuál era su verdadero nombre.

—*Hgs-doushk* —dijo la criatura, con un sonido extraño que le surgió de lo profundo.

—No creo poder pronunciar eso —dijo Willie—. Sabes, tú no eres tan malo con esa armónica. Te escuché la otra noche. Tremendo *blues* el que tocaste. Supongo que tendrás bastante éxito en tu lugar de origen.

—Creo que los victoriosos son más tolerantes que los derrotados —dijo el extraterrestre, y luego escupió y tosió con fuerza—. Luego de que tus militares nos echaran de nuestro asentamiento en *Klidcki-sh*… ustedes lo llaman Gliese 581-G… los tuyos se transformaron en el azote de la existencia de mi mundo. —El extraterrestre levantó la armónica. —Sí, aprendí a tocarla. Me fascinaba. Pero mi gente odiaba todo lo que tuviera conexión, por remota que fuera, con los seres humanos, con una pasión que dudo que entiendas. Tu raza, tu tecnología, tu cultura, se volvió algo repugnante para ellos. —La criatura vaciló, recordando. —Mientras más tocaba la armónica, más me desgraciaba. Me encantaba el sonido, pero no tenía nadie que lo escuchara. Toleraron por un tiempo al "héroe de guerra" herido y loco, y después…

—¿Hace cuánto que estás en la Tierra?

—Hace algunos años, desde que empezaron a dejar que *mi gente* viniera. Por lo general el recibimiento no ha sido muy cálido. Pero al menos aquí podía tocar mi música. Ferias, números secundarios, restaurantes de carretera… toqué donde pude. A los residentes nunca les gusta que me quede mucho en un lugar, pero tengo tu música, igual que tú tienes la tuya… ¿o es a la inversa?

Willie rió y la criatura respondió con su propia carcajada ultraterrena que terminó en una tos espantosa. Cuando se calmó la tos Willie le tendió la tripeta.

—Supongo que esto es tuyo.

—Ya no —dijo el extraterrestre, y levantó la armónica—. Después de todo, fue un intercambio justo.

En su rostro se formó una sonrisa inhumana sólo para que la interrumpiera otro acceso de tos incontrolable. La criatura se ahogó y tomó aliento con dificultad.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—Me estoy muriendo. —El ser se detuvo por un momento, como si estuviera tratando de calmarse y buscar fuerzas—. La gravedad más alta de tu planeta, su atmósfera arruinada, se han cobrado su precio con mi fuerza vital. Por eso vine. Esperaba verte antes de…

Otro espasmo lo interrumpió, y Willie supo que el extraño estaba luchando por controlar su propio cuerpo.

—Mira, tengo tanto dinero que no sé qué hacer con él. Seguramente algún médico podrá…

—No, no hay médico en tu mundo o en el mío que pueda cambiar lo que debe ser. Mi raza reconoce cuando le llega el final. Es instintivo. Nos preparamos para ello.

—No hay nada que "deba ser" en todo esto —dijo Willie furioso—. Lamento que…

—No me toques un *blues*, Willie Solman. Recibo a la muerte sin lamentar nada. Viví por mi música y moriré por ella, al igual que tú algún día. Pero nuestra música vivirá después de que nos hayamos ido. Quizá, algún día, nuestras dos razas tocarán juntas.

Otro acceso de dificultad respiratoria dejó tambaleante a la criatura. Willie la detuvo antes de caer.

—¡Willie! Ahí estás. —Willie giró y vio a Bottfeld resoplando por el callejón como si estuviera a tres zancadas de un ataque al corazón.

»Por lo que más quieras, Willie, apúrate. Sales en treinta segundos.

—¿Sabes qué? Voy a llegar tarde. Avísales que estoy en camino. Vete —exhortó, haciéndole gestos al representante para que se fuera.

El extraterrestre se puso de pie sin ayuda, haciéndole gestos a Willie para indicar que se sentía bien.

Willie levantó la tripeta y trató de sonar animado.

—Ven. Te mostraré cómo se toca *de verdad* esta cosa.

La criatura volvió a calzarse en la cabeza el sombrero de alas caídas, se levantó el cuello del sobretodo más cerca de la cara, y dijo:

—Por supuesto, por el amor de *Cripe*.

El aplauso creció a nuevas alturas cuando Willie subió al escenario. Sonriéndole a la audiencia, levantó las manos, fingiendo que su adoración era inesperada. Hizo una reverencia, exhibió la tripeta a la multitud y alentó más aplausos para el instrumento. Luego, riendo, levantó la otra mano para pedir silencio. La ovación murió a regañadientes.

—Quiero… —empezó Willie, y luego esperó a que el ruido se acallara—. Ya que este concierto se titula "Canciones de la Galaxia" y se transmite por todo el sistema, quiero dedicar la música de esta noche a la paz galáctica. Paz entre todas las razas, todos los seres.

El llamado a la paz recibió un aplauso entusiasta.

—Ahora les tengo un regalo muy especial. Tras bambalinas está el músico que me dio la primera lección con esta cosa —dijo, levantando de nuevo la tripeta—. Digámosle que venga para ver si se acuerda de cómo se toca.

Willie apladió para iniciar una ronda cortés de aplausos e hizo gestos para que la criatura se le uniera. Él vaciló, levantando el cuello del sobretodo lo más alto que pudo. Mientras Willie seguía exhortando y la audiencia seguía aplaudiendo, el extraterrestre, oculto en sus ropas, entró cojeando al escenario. Su vestuario maltratado por los elementos inspiró algunas risas, y Willie escuchó a alguien de la audiencia exclamar: "Parece una babosa. ¡Creo que lo es!"

No tuvo dudas de que las luces brillantes habían revelado la identidad de su invitado misterioso a la gente que estaba cerca del escenario y a las cámaras que alimentaban los enlaces satelitales. No sabía cómo reaccionarían, y no le importaba. Le tendió la tripeta al extraterrestre, y las manos enguantadas del extraterrestre acariciaron el instrumento con familiaridad. Willie le hizo un gesto alentador con la cabeza y la criatura

empezó a tocar.

Interpretó la misma melodía seductora que había llevado a Willie a través de la selva para encontrarse con su destino. La misma canción que lo había perseguido desde ese día. Sólo que ahora, por primera vez desde entonces, volvía a ser hermosa; ya no era un espectro de la culpa.



Ilustración: Pedro Bel

Cuando llegó a una pausa natural de la pieza, la criatura se metió la mano al bolsillo y le tendió a Willie la armónica. Entonces, para el placer de la audiencia, y después de un amague de aplauso, tocaron juntos. Dos músicos, en un mundo propio, ajenos a todo, salvo a su música… hasta que un ruido de ahogamiento trajo a Willie de vuelta a la realidad.

El extraterrestre se llevó inútilmente la mano al pecho, como intentando abrirse en dos al caer al piso del escenario. Se le había caído el sombrero y eso dejó sin aliento a los miembros de la audiencia que no habían notado ya sus facciones inhumanas.

Willie se arrodilló y acunó la cabeza grotesca en su regazo. El ser escupió y tosió antes de poder hablar.

—Les gustó mi música, ¿verdad?

—Estuviste sensacional. Les encantó.

El extraterrestre le tendió a Willie la tripeta, luego abrió la mano, esperando. Willie no supo qué hacer, empezó a preguntar y luego se dio cuenta de lo que quería. Le entregó la armónica y la criatura la aferró cerca de su pecho.

—Ni siquiera sé tu nombre —dijo Willie, procurando contener las lágrimas que no esperaba.

—No podrías pronunciarlo.

—Qué caja extraña tiene ahí.

—Hecha a medida.

—¿Y qué tiene adentro?

—Es sólo un viejo instrumento.

—¿Instrumento?

—Tengo una reserva a nombre de Solman.

—Sí, un momento, por favor. —El auxiliar de vuelo completó la búsqueda del archivo, y al encontrar lo que buscaba enarcó las cejas. —¿Se va a ir a lo más lejano del Exterior?

—Así es.

—Es territorio peligroso, señor, con las babosas en pie de guerra. Tiene todos los permisos y visas de viaje que necesita, así que supongo que sabe en dónde se mete. Aunque no sé para qué iba a querer ir allá, a menos que tenga muchas ganas de suicidarse.

—No es suicidio. Digamos que quiero ver qué tan bueno son realmente, y hay sólo un lugar donde puedo averiguarlo. ¿Puedo subir a bordo ya?

—Si, señor. Ya preparamos su camarote y lo codificamos personalmente para usted. Que disfrute su viaje.

—Gracias, así lo haré.

(N. del T.: El título original, *Common Time*, alude tanto al tiempo que comparten los protagonistas, como a la forma habitual de referirse en inglés, en música, al compás de cuatro por cuatro. El título actual fue la mejor aproximacion que encontré.)

Traducción de Marcelo Huerta San Martín

Bruce Edward Golden nació en San Diego, California en 1952. Escritor, satírico y periodista, tiene una extensa carrera como autor de ciencia ficción. Sus obras con frecuencia incluyen temas de crítica social que hacen uso de los recursos del género y de muchos otros.

Ha aparecido en numerosas antologías. Su novela más reciente es *Red Sky, Blue Moon* (2013).

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: EL MARCHITAMIENTO (nº 295)

‘Pubis angelical’ y la ciencia ficción de Miguel Puig

Roberto Lépori

[image] **ARGENTINA**

En diciembre de 1977 Elvio Gandolfo encabeza el prólogo a la compilación de relatos ‘Los universos vislumbrados’ [Andrómeda, 1978] con seis palabras, “La ciencia ficción argentina no existe”, provocación que inmediatamente desarma apelando a una lista de textos y de autores vinculados al género en la región. Los ecos de esa peculiar negación —tal vez por una subliminal incomodidad retroactiva referida a una época en la que lo ‘no existente’ suponía una violencia atroz— nunca se apagaron. Si el objetivo era despertar el calor en los adeptos a favor de una defensa sincera de la historia de la ciencia ficción argentina, de modo involuntario la frase amparó cierta desidia futura tanto de quienes miraron el asunto de costado como de quienes ignoraron horizontes más específicos. El paradigma que fundamenta la ciencia ficción vernácula y latinoamericana —antes que tecno-científico— es hermético, gnóstico, esotérico. La doble resistencia de los ajenos, a la ciencia ficción y de los propios a la matriz hermética, propició que, durante mucho tiempo y al igual que otras tantas obras inexistentes, no pudiéramos leer la novela de Puig publicada en 1979, como lo que es: un desplazamiento del eje de rotación de las narrativas de ciencia ficción sureñas.

“La ciencia ficción debería olvidarse del espacio, de los viajes interestelares… Los mayores adelantos del futuro inmediato no tendrán lugar en la Luna ni en Marte sino en la Tierra, y es el espacio interior el que ha de explorarse.”

—James G. Ballard (1962)

“…la literatura popular parece desplazar lentamente su centro de gravedad de las historias de asesinatos a las de ciencia ficción… [que imaginan] lo que sería la vida en un plano tan alejado de nosotros, como nosotros lo estamos del salvajismo…”

—Northrop Frye (1977)

“…algunos extremistas del movimiento gnóstico coincidirían con ciertas feministas radicales que hoy día insisten en que solo aquellas que renuncien a la actividad sexual pueden alcanzar la igualdad humana y la grandeza espiritual…”

—Elaine Pagels (1979)

I. Contra Pubis angelical

Desde su publicación en 1979 *Pubis angelical* osciló entre el ciego rechazo y el reconocimiento de ser una apuesta superadora de Manuel Puig.

La crítica aparecía, en principio, desconcertada. María Teresa Gramuglio recibía la novela con desdén: “…el proyecto de hacer literatura y arte ‘populares’ en el seno de una sociedad estratificada configura en el mejor de los casos una bella ilusión y, en el peor, una soberbia *boutade*…” (“El discreto encanto de Manuel Puig”,

1980). En esta reseña publicada en *Punto de Vista* (número 8) Gramuglio cuestionaba el uso de los géneros populares, orientando su malestar al éxito de la novela, rápidamente reeditada, y a la relación del autor con el jet—set neoyorkino, ignorando las arduas condiciones de escritura.

Tres décadas después, los ataques no habían cejado. En 2010 Aníbal Jarkowski aseguraba que era una de las novelas de Puig "… menos logradas, como se infiere del menor interés que despierta en la crítica… La relectura de *Pubis angelical* advierte que algo falló en la composición…" ("Miedos, fantasías y deseos", *Revista Ñ*, 27/07).

Una actitud recurrente entre quienes la interpretaron fue ignorar la ciencia ficción o, si a su modo la reconocieron, lo hicieron con desgano y desidia. Ese sendero recorrió de algún modo Elías Miguel Muñoz quien leyó a *Pubis angelical* desde el fantástico, acercándose a la ciencia ficción a través de la categoría 'lo maravilloso instrumental' de Tzvetan Todorov, concluyendo que en la novela "…no aparecen robots ni naves espaciales…" ("Lo fantástico y lo maravilloso en *Pubis angelical* de Manuel Puig", *Hispamérica*, n. 46/47, 1987).

El vacío en torno de *Pubis angelical* y su relación con la ciencia ficción no pasó desapercibido, por ejemplo, para el investigador francés Michel Lafon quien se sorprendía de que ciertos críticos argentinos se esforzaran por incluir a Sarmiento en los anaqueles del género, dejando de lado a *Pubis angelical* ("La science—fiction dans le Rio de la Plata. Journal d'un séminaire"; *Tigre* 17, 2009). Para Lafon el obstáculo era una cuestión de prestigio. La novela de Puig no coqueteaba ni rozaba sino que se sumergía en la ciencia ficción, un género siempre incómodo para el campo literario argentino.

A modo de ejemplo, la edulcorada versión cinematográfica de *Pubis angelical* dirigida en 1982 por Raúl de la Torre reafirmaba la rúbrica de una profunda incomprensión.

A partir del cambio de milenio, la novela recibió lecturas específicas con una mayor frecuencia. Por ejemplo, Juan C. Toledano Redondo ("Pubis angelical: entre la violencia de género y el fin del tiempo", 2005) y Luis Cano (*Intermitente recurrencia*, 2006) reunieron ciencia ficción y perspectiva de género (*gender*) al punto de que parecieron agotar el tema. Sin embargo, esas dos intervenciones desde espacios académicos norteamericanos no se

referían a la conexión más amplia entre la obra de Puig y la ciencia ficción.

Este aspecto será aquí entonces el punto de partida para luego intentar complementar las lecturas mencionadas de *Pubis angelical*, tratando de atenuar en el nuevo recorrido esa especie de leyenda negra que ha pesado sobre una novela que es un nodo central en la trama hermética de ciencia ficción argentina y latinoamericana.

II. La ciencia ficción en Puig

En un primer acercamiento, la ciencia ficción no le despertó a Puig un particular interés. Aun cuando se hayan sugerido ciertas semejanzas, la novela no posee antecedentes literarios ni fílmicos reconocibles. Algunos datos alientan sin embargo la revisión.



Ilustración: Pedro Bel

Puig descubre el cine con la ciencia ficción. “La primera película que vi fue *La novia de Frankenstein*… Tenía entonces cuatro años… Desde ese momento el cine se convirtió en mi verdadera pasión…”, reconocía en 1973. *The Bride of Frankenstein* (1935), secuela de la versión de *Frankenstein* (1931), ambas dirigidas por James Whale, consolida –en la lógica de la norma heterosexual— el reclamo de una compañera por parte de la criatura.

La cinefilia de Puig surge por lo tanto con una película de ciencia ficción cuya fábula pone en juego la asignación de roles sexuales. Este rasgo será en su obra una constante.

Inédita en su versión integral hasta 2009, en 1988 Puig escribe una comedia musical sin título destinada a Renata Schussheim —la indicación en el manuscrito para esa comedia es ‘Renata’— hoy conocida como “Un espía en mi corazón”. El científico Dr. von X desarrolla robots para intentar ganar la Segunda Guerra. La tarea

ocurre en 1942, en Buenos Aires y bajo el control de *Ella*, una enviada de los nazis.

Esta lejana historia está enmarcada por los recuerdos que comparte el abuelito Raúl con sus nietos. La enviada nazi lo había querido raptar a él para sumarlo a sus filas por poseer ‘un arma’ poderosa (dominante, apasionante). Por dos veces el amor de Rosicler —la chica más linda del barrio / del mundo— lo salva a Raúl de una muerte segura.

Aun cuando también se destaquen en el guion, la comedia de enredos (de espionaje) y el melodrama, los estereotipos del hombre / de la mujer ideales que terminan desarmados por quien acierte con el ‘tornillo’ aparecen asociados con el tópico del robot, y es justamente a esta relación a la que hay que prestarle atención. No es tanto el juego con Frankenstein, el expresionismo, el nazismo y la imaginería de un submarino con cápsulas de tiempo, sino que es la figura de un hombre sexualmente poderoso y candidato a ser redimido por una mujer, la que activa en la comedia –al igual que en *Pubis angelical*— la ciencia ficción.

Publicado por la revista *El Porteño* en setiembre 1990, “El error gay” es otro texto que puede ser leído desde parámetros semejantes. Puig cierra ese artículo diciendo: “…me parece necesaria una posición más radical, si bien utópica: abolir inclusive las dos categorías, hetero y homo, para finalmente entrar en el ámbito de la sexualidad libre. Pero esto requerirá mucho tiempo. Los daños han sido demasiados. Sexualmente hablando, el mundo es una *disaster area*. En el próximo siglo muy probablemente nos verán como un rebaño tragicómico de reprimidos…”.

“El error gay” enlaza tres ideas cercanas a la ciencia ficción (y a *Pubis angelical*): a) la perspectiva post—apocalíptica: en términos sexuales el mundo es un ‘área devastada’; b) la propuesta utópica de abolir las categorías heterosexual / homosexual; c) la evaluación de la situación socio—cultural actual por un observador futuro.

Este rápido repaso sobre los rasgos de ciencia ficción en la producción de Puig habilita a interrogarse sobre qué lugar, en verdad, ocupa *Pubis angelical* dentro de su proyecto narrativo. Algunas opiniones son determinantes: “…a partir de 1979… la popularidad de Puig declina. Ni el gran público, ni la mayoría de los críticos han dado en su día una acogida entusiasta a *Pubis angelical*…”, dice Ilse Logie (*La omnipresencia de la mímesis en la*

obra de Manuel Puig. Análisis de cuatro novelas, 2001).

En las discusiones durante 1990, meses antes de su muerte, en ‘la semana del autor’ en Madrid, García—Ramos sintetiza que “…al entender de casi todos los que nos hemos ocupado de la literatura de Manuel Puig… su obra mayor es *El beso de la mujer araña*…” y advierte, en las siguientes, un agotamiento, “un proceso de extenuación” del discurso puigiano previo.

Puig niega esa valoración: “Veremos, con el tiempo, si fue un bajonazo o una subida. Yo voy a ser honesto. Yo estoy convencido de que fue subida y que nadie se dio cuenta.” (García—Ramos, *La semana del autor sobre Manuel Puig*, 1991, pág. 36)

‘Nadie se dio cuenta’, una década después de su publicación, señala el enojo de Puig por el desprecio hacia *Pubis angelical*. Para él, la novela no es ni un intento fallido, ni un error.

III. Escritura ciborg y futuro andrógino

La compleja línea argumental de *Pubis angelical* parte de una aparente única historia que se despliega en dos o más planos correspondientes a zonas de la mente (del alma) de la protagonista Ana. En la realidad –o mejor, en su presente en los años setenta del siglo XX— exiliada, enferma e internada en una clínica de ciudad de México, Ana ilumina a través de las peripecias de su vida amorosa algunos puntos principales de la vida argentina de los últimos decenios (militancia, peronismo, dictadura, lucha armada) mientras, en paralelo, discurren sus fantasías inconscientes.

Las historias que podrían considerarse paralelas a la de Ana, comienzan en los años treinta en Europa Central con el Ama, continúan en Hollywood y se prolongan en el futuro post—catástrofe con el personaje W218. Esas tres narraciones entrelazadas responden a una estirpe de mujeres que para liberarse enfrentan a una conspiración de machos.

La dificultad de la composición –una, dos, tres historias, cuál es la principal, la relación cronológica entre ellas, etc. fue abordada en suficientes ocasiones. Luis Cano recorre en *Intermitente recurrencia* algunos planteos. La tesis doctoral de Graciela Goldchluk sobre la producción de Puig durante el período 1974—1978, aun cuando incluya la inespecífica categoría ‘fantaciencia’, permite comprender

ciertas dificultades de una obra de la que "…la crítica tradicional… poco se ha ocupado". Los papeles de Puig indican una división tripartita con estilos específicos para cada segmento: el 'florished' para el pasado, el 'despojado' para el presente y el 'computerized' para el futuro, instancia narrativa denominada 'Futurama' (Goldchluk, *Intertextualidad y génesis en los textos mexicanos de Manuel Puig: novelas, guiones y comedias musicales [1974—1978]*, 2003).

Ese híbrido narrativo –para muchos, un error— parece el resultado de la materialización de una escritura ciborg en términos de Donna Haraway, un ensamble de fragmentos por medio de acoplamientos bastardos. "La política de los *ciborgs* es la lucha por el lenguaje y contra la comunicación perfecta… insistiendo en el ruido… regodeándose en las fusiones ilegítimas…" ("Manifiesto para cyborgs", 1985). El error en consecuencia es el rasgo primordial de esa narrativa. "Es en la falla donde se realiza la historia… donde fracasan los cálculos y los parentescos se hacen imposibles. El resultado no será la historia de una mujer dividida, sino la perpetuación de una estirpe de mujeres raras", asegura Goldchluk.

La falla conecta el relato experimental y la extraña estirpe ciborg. La novela es un laboratorio narrativo que pone en escena el funcionamiento de los mitos sociales y las consecuencias de re—narrarlos. La salida a la configuración patriarcal de la sociedad –parece decirnos el experimento— será un nuevo tipo de sujeto, una nueva identidad ciborg / andrógina, que logre superar los roles sexuales fijos, las identidades cristalizadas.

Pubis angelical lleva adelante en esa búsqueda una propuesta utópica con fuertes componentes salvacionales. Así, al compendio poético que reúne "novela de aventuras, novela de espionaje, novela rosa, diario íntimo, diálogo teatral, discurso cinematográfico" (Mariano García, *Degeneraciones* textuales, 2006, p. 221), habría que añadirle la discursividad religiosa, y en particular la apocalíptica, como sucede en una parte importante de la ciencia ficción interesada en contar nuevos mundos surgidos de crisis y de conflagraciones (D. Ketterer, *Apocalipsis, utopía, ciencia ficción*. Las Paralelas, 1976).

IV. La conspiración de machos

La novela plantea una tensión apocalíptica entre un origen posible –la formación de la pareja heterosexual entre el Ama, la mujer más bella del mundo, y el industrial en los años 30— y un final post—catástrofe en un mundo inmerso en una Era Polar.

La superación utópica de la división en roles sexuales fijos está basada en una re—narración de lo 'angelical'. Lo angelical conecta el inicio –cuando se narra la dominación— y el final liberador de la novela en el que los valores previos son disueltos.

La historia del Ama –la primera que leemos— está ubicada en la Europa de entre guerras, en las primeras décadas del siglo XX. En medio de una decoración decadente y sobrecargada, aparecen aquí y allá ángeles que funcionan como espías. La observan desde el respaldo de la cama, están en la fachada del edificio principal de la isla y en la solapa del frac de quien la persigue, un personaje travestido llamado Thea / Theo (raíz griega de *dios*), un falso salvador. Theo ayuda al Ama, pero su objetivo es controlarla. Su estrategia está basada en el *Leitmotiv* que atraviesa la novela: el poder de su "pubis puntiagudo" para someter a las mujeres al tocarles "el punto débil" entre las piernas.

Cuando el Ama despierta, después de la noche de bodas, siente su bajo vientre inflamado y con un íntimo desgarramiento. Theo —quien suele llamarla 'ángel'— le recuerda con saña la historia de "los conocedores del futuro" quienes deciden sacrificar a los niños y a las niñas para que no sufran, convirtiéndolos en ángeles que mueren sin perder la inocencia.

Esta aparente solución a través del sacrificio está en la historia de la madre del Ama, la nodriza seducida y abandonada por el Profesor, que intenta matarla a los doce años –aún inocente— para evitar que sirva sexual y políticamente a los hombres. Ese sacrificio no sucede y el Ama, bastarda y sobreviviente, será el inicio de la estirpe de mujeres raras.

Theo pertenece al *eje del Mal* destinado al dominio de las mujeres organizado como una conspiración de machos. Ese complot sexual y político se construye, en el interior de la novela, mediante la acumulación de figuras asociadas a lo demoníaco o bestial. El esposo del Ama es un 'monstruo'. El espía que acosa a la futura W218 es llamado, por el narrador, Mefistófeles. Ana se refiere en repetidas veces a su ex esposo Alejandro como Belcebú.

El juego entre lo angélico y lo demoníaco en un marco

apocalíptico, sustenta el paradigma esotérico de *Pubis angelical*, propio de la ciencia ficción latinoamericana. La lucha contra la conspiración de machos por parte de las mujeres raras, nace de la telepatía, para el mundo de la novela, un poder con un origen ciertamente oscuro. La extraordinaria cualidad se extenderá de mujer a mujer en una estirpe de 'brujas que leen el pensamiento', tal como reconocerá la iluminada W218, una conscripta sexual en un estado totalitario.

V. El poder hermético

Los nazis se habían interesado por el incipiente poder telepático. El esposo del Ama, un industrial vienés, formaba parte de ese complot. Poco antes de que ella escape hacia la atractiva pesadilla de Hollywood acompañada por un guionista / productor, el industrial le cuenta, al interpretarle un sueño: "Sí, hay un significado… Tú de niña habrás oído hablar de… tratos con los muertos. No te apresures a negármelo, seguramente tu memoria lo ha arrumbado en el último sótano del inconsciente. Tu padre, el Profesor, cobijó en su laboratorio a una especie de loco, o iluminado… Y gracias al tal lunático estamos juntos… Durante la Gran Guerra se corrió un rumor, entre los altos comandos de espionaje de ambos bandos, según el cual un investigador había logrado progresos en el más ambicioso de los experimentos: la lectura de lo que no se dice, de lo que no se escribe, de lo que tan sólo se piensa. Y aquí entra en escena el loco, ¡era él quien había logrado el cometido! y se cuchicheaba que en base a pactos con los muertos. Pero… el pobre reventó al explotar una de sus probetas, sin haber revelado el secreto. Ello precipitó el fin de la guerra, la ansiada arma había devenido tan intangible como un sueño… Hace algunos años… me empeñé en descifrar el misterio del loco. Después de mucho andar di con tu familia, para enterarme de la triste muerte de tu padre, causada por la misma explosión, mientras leía enfrascado viejos tratados de alquimia, en otro aposento… Toda mi búsqueda cesó allí, porque el único que había tenido trato íntimo con el loco había sido él. Y bien, yo había esperado la realización de un milagro, y se produjo otro, el de tu aparición…" (capítulo 3).

A la mañana siguiente en viejos periódicos, el Ama conoce más sobre su familia. El profesor –su padre— era el verdadero

desquiciado que había hecho pasar por loco al hermano de la nodriza –su madre— para ocultarse. Por ese trato con los muertos recibirá el Ama un súper poder.

Los meandros de esa historia familiar remarcan la presencia subterránea de la ciencia ficción en la primera parte de la novela con eje en un científico heterodoxo que busca obtener superpoderes mediante la alquimia y que enloquece al avanzar hacia una interacción demoníaca, como si se tratara del doctor Víctor Frankenstein.

Estos elementos gnósticos y herméticos que catalizan la ciencia ficción, se corresponden a su vez con el corpus junguiano a partir del cual Puig trabaja el mito.

En una entrevista de 1979, el escritor sugiere plantearle al lector a través del "inconsciente colectivo", problemas no resueltos sobre los roles sexuales –que son mitos individuales y sociales, acota Jorgelina Corbatta ("Encuentros con Manuel Puig", *Revista Iberoamericana*, 49, 1983). Puig reconoce que prefiere los artefactos culturales de los años 30 y 40 (cancioneros, cine) porque con los mitos contemporáneos se siente incómodo. Corbatta le recuerda que una mitología actual como la ciencia ficción demuestra lo contrario. Puig no recoge el guante, pero concede que en *Pubis angelical* su trabajo con el inconsciente colectivo es extremo. A una década de su muerte, Xavier Labrada le recordaría a Goldchluk que Puig 'se sabía muy bien todo lo de Jung' (*Intertextualidad y génesis*..., 2003, pág. 167). Aun cuando sea sólo un dato, es importante remarcar que, en sintonía con el comentario de Corbatta, Jung consideraba a la ciencia ficción una mitología moderna, según su libro *Sobre cosas que se ven en el cielo* (1958).

Por todo esto, es probable que no acierte Luis Cano al sugerir que en *Pubis angelical* la alquimia es "un rápido guiño intertextual a la narrativa modernista" (*Intermitente recurrencia*, 2006, p. 254). La transmutación final andrógina –clave en la historia de liberación— es una operación alquímica que funde telepatía y pubis lisos.

VI. Telepatía salvacional andrógina

Puig dejó entre sus anotaciones una única nota bastante críptica relacionada con lo religioso que detalla que la salvación para una madre con una hija provendrá de una epifanía: "Si tiene hijo

hombre sí (Cristo), pero si tiene hija mujer no. Es santa porque el cielo la hace así después de haber sido mujer." (Goldchluk, *Intertextualidad y génesis*…, 2003, pág. 369)

Los segmentos más intensos de ciencia ficción ocurren en la segunda parte de la novela cuando entra en paroxismo ese discurso religioso.

Hacia el final del octavo capítulo –cierre justamente de la primera parte— después de ver un documental sobre la época prepolar cuando vivía el Ama, W218 sueña con la antigua actriz que la adoctrina: "…y te crees muy lista, muy evolucionada ¡ja! Pero eres igual que todas, si te tocan el punto flaco estás liquidada, ese punto débil, podrido, que tienes en el medio de las piernas…". La advertencia se complementa con una historia que descubre W218, mientras espera una cita de rutina con LKJS (trabajador sexual / hombre ideal), en una biblioteca de Ciudad de Acuario al leer acerca de la antigua nodriza que intenta matar a su hija para que "el punto débil entre las piernas" no la haga sufrir.

La hija no sacrificada, el Ama, inaugura la estirpe a la que pertenecerá la propia W218, instalando una inflexión conceptual. Decía la nodriza: "Qué bochorno haber tenido una hija y no un machito, que vengara todas las humillaciones que sufrí en la vida, por tener ese punto débil entre mis piernas, que me hace presa del primer perro que sepa olerme la insensatez".

Esa mirada residual del hombre como liberador –más adelante rebatida— es repetida por el Ama, por Ana y por W218 quienes por momentos creen que serán salvadas por hombres ideales. Ana entenderá al revisar sus relaciones que las virtudes que veía en un hombre (ideal) nacían de la fiebre sexual que la dominaba. Por esa misma 'naturaleza perra' rechazará a su hija. Pozzi le había dicho: si Clarita fuera un varón, la querría.

Si tiene hijo hombre sí (Cristo), pero si tiene hija mujer no. Es santa porque el cielo la hace así después de haber sido mujer.

La santa la elegida, la salvadora será la última de la estirpe, W218, quien reconoce su poder como telépata, creyendo que "oía voces inexistentes, como los locos y los santos" por falta de sueño. Mientras concreta un encuentro sexual de rutina con LKJS decide no controlar su mente y entonces puede leer que él se burla mentalmente de su debilidad: "Oh… placer sexual, tú eres el ámbito de mi trabajo, gracias a ti… sostengo a mi familia. Y si algo me

reprocho es hacer víctima de este engaño a una colega… Y qué disciplina la de ella, jamás se me quejó de su trabajo… Qué peligroso sería que alguien pudiese leerme el pensamiento, es notable que tal cosa pueda suceder, la onda del deseo físico masculino como única conductora de ese rayo de luz que penetra la tiniebla de la mente, su mirada. Una mujer que lee el pensamiento de todo hombre que la codicie sexualmente, y le permita mirarlo en los ojos. Un peligro para este planeta de hombres, mi planeta. Por eso hay que eliminarla, o por lo menos tenerla bajo control, un control de hombres. Incluso es posible que… la podamos utilizar para nuestros planes de expansión…”. W218 comprende que esa plegaria de LKJS es un manifiesto de acción para la conspiración de machos que alienta a sacrificar ovejitas peligrosas como ella, e intenta matarlo.

Comienza el camino de la “mártir”. W218 es llevada a juicio ya que una telépata con su poder extrahumano era un alto riesgo. Durante el juicio aparece LKJS que por supuesto no había muerto y que también ha sido condenado. Con otra plegaria le pide perdón a W218 a la que califica de ‘víctima del destino’. Él reconoce que ella lo ha cambiado. Ahora “…no quiero hacer el mal a nadie, no quiero explotar a nadie, no quiero ser superior a nadie”.

Una vez condenada, W218 elige cumplir su castigo en los hospitales de los Hielos Eternos, escenario polar que conecta con *Frankenstein* (Mary Shelley, 1817) y que hace de ella otra criatura monstruosa y sin familia. Allí se contagiará por los servicios sexuales concedidos a los enfermos. El juez lo sabe y la trata como “muchacha de Dios”. Por ese tremendo castigo, W218 se siente la elegida.

En su primera cita como conscripta sexual en Urbis, el enfermo también le agradece a Dios con “una oración religiosa” –ella puede leerlo en su mente— por permitirle disfrutar de los placeres de W218 y pide que la ampare. El paciente reconoce en W218 al nuevo ser: “…el hombre ideal que espera… lo lleva dentro suyo, ese alguien capaz de todos los sacrificios y de todas las demostraciones de coraje, es ella misma…”.

La transformación del alma anunciada por LKJS ocurre en W218. Esa transformación salvacional –y, como consta en los manuscritos, la mismísima novela— sucede en el alma “porque allí no hay límite de espacio”. Bajo la forma de un nuevo ser andrógino,

la mujer abandona la figura judeo—cristiana del agente que introduce el ‘mal’ —o el pecado— en el mundo y se convierte en la salvadora. A la sombra de la tradición alquímico—hermética, *Pubis angelical* invierte la concepción occidental del mesías varón.

VII. Mesías andróginas

La transformación final de W218 en salvadora –en mesías— tiene su rúbrica en el relato que ella escucha en el hospital de los Hielos Eternos de boca de la paciente de la cama 27.

La reclusa le cuenta sobre una mujer que busca a su hija perdida, teletransportándose hasta la Plaza principal del país donde vivía para reclamar por su aparición. Aunque en un principio no la encuentra, al levantar el viento su camisón, todos ven que es “una criatura divina, mi pubis era como el de los ángeles sin vello y sin sexo, liso”. Su descenso –el de “un ángel sobre la tierra”— instala además la paz en un país que estaba en guerra.

Pero como sigue sin encontrar a su hija, se dirige hacia donde se extendían todavía las batallas. La paz se establece nuevamente y aparece el líder del pueblo que es ciego y que lleva los ojos vendados impidiéndole leer su pensamiento. El líder le agradece “por el milagro de la paz, [porque] el cielo me había elegido [a mí] para señalar el camino de la salvación” y agrega algo que la mujer no repite. En ese instante ella oye la voz de su hija que también es un ángel con su sexo liso: “Y sólo entonces me di cuenta de por qué no me importaba más que en ella en el mundo –cuenta la paciente — de por qué la quería tanto, ¡porque sería una mujer a la que ningún hombre podría rebajar! ¡porque no sería la primera sirvienta del primer sinvergüenza que le oliera ese punto débil entre las piernas, la sirvienta del primer perro que supiese olerle la insensatez!” La alegría la vuelve loca. Nadie cree lo que ella cuenta, excepto W218 quien “tuvo la sensación de que el relato era verídico”.

Mientras cuenta su historia, la reclusa abandona la tercera por la primera persona del singular, convirtiendo la voz de quien narra, en la voz de todas las mujeres. En ese sentido, los manuscritos aclaran que para Puig esa mujer representa a las Madres de Plaza de Mayo: reclama por su hija, en la plaza hay una pirámide, en el país hay violencia armada, etc.

La historia de la reclusa tiene un lado político —su llegada logra la paz y quiebra la dominación masculina encarnada en el totalitarismo— y otro sexual, clausurando el *Leitmotiv*. El pubis puntiagudo de los machos ya no puede dominar ni someter a los pubis angélicos o tecnológicos porque son lisos, y porque además encarnan en telépatas.

La nueva identidad ciborg / andrógina elimina las supuestas características naturales de ser mujer y de ser hombre, re—narrando el mito moderno –binario— de dominación. En términos de Haraway, el mito ciborg es parte de '…la tradición utópica de imaginar un mundo sin géneros, sin génesis y sin fin': "Contando de nuevo las historias sobre el origen, los autores *ciborg* subvierten los mitos centrales del origen de la cultura occidental".

El artículo de Puig "El error gay" —como lo habíamos anticipado — refleja con mayor precisión los atributos utópicos, salvacionales de *Pubis angelical*. El breve artículo, al igual que la novela, está segmentado en tres temporalidades.

Una de las temporalidades es el futuro, instancia en la que se han disuelto las categorías hetero / homosexual. La otra temporalidad responde al presente, caracterizado por la "mente reaccionaria" que considera que el sexo es trascendente para definir identidades. Y la tercera temporalidad remite al pasado que da cuenta del origen del error.

Este pasado está dividido en una Edad de Piedra ya superada y en un estadio mítico con reminiscencias bíblicas –que alcanza al presente. En este estadio un patriarca inventa "el concepto de pecado sexual" para controlar a las mujeres. Liga la sexualidad con lo demoníaco, le otorga un carácter moral e impone roles sexuales que derivan en la sumisión de quien adquiera rasgos femeninos como, por ejemplo, el homosexual, cristalizando a la mujer o en la imagen de la prostituta (cortesana) o en la imagen del ángel (sirvienta).

Justamente esta relación 'ángel / sirvienta' es atacada en el cierre de la novela cuya propuesta utópica apunta a quebrar el poder de los patriarcas. La *mujer ángel* –la salvadora— resuelve con absoluta eficacia la inacción del desahuciado patriarca ciego.

Como clímax, en la clausura de la historia del presente en México, Ana operada y con la esperanza de sobrevivir le pide a Beatriz —su amiga y figura dantesca salvacional— que llame a su

mamá y a su hija Clarita, porque las quiere abrazar. Cree que ahora sí –muerto Pozzi— podrán comunicarse, reconciliarse. Diluida la diferencia sexual, son imposibles la dominación, la opresión y el rencor.

VIII. Los desplazamientos: sacrificio y parricidio literario

Ana –el personaje del presente— es sin dudas una identidad ciborg. Revisa sus relaciones previas con hombres y con su madre e hija en el contexto de una enfermedad; su cuerpo enfermo es intervenido por operaciones y por medicamentos; sus sentidos han resultado alterados. Una escena bastante incómoda del capítulo nueve en la que tiene sexo con Pozzi, parece sugerir que ella tenía pubis angelical: no siente nada por la medicación o tal vez más claramente porque él no la excita, es decir, porque no es capaz de dominarla.



Ilustración: Pedro Bel

Si la consideramos desde una perspectiva amplia que supone una red no siempre evidente de obras de ciencia ficción hermética, el encierro hospitalario de Ana en ciudad de México nos retrotrae varios siglos hasta una pionera como Sor Juana que fue condenada (al igual que W218) a contagiarse entre moribundos, que recibió esa condena por discutir el lugar de la mujer en la sociedad novohispana y que ensayó esa discusión en algunas cartas y en particular a través de su poema *Primero sueño* (1685), una de las primeras obras de ciencia ficción en lengua española cuyos dos versos iniciales ‘piramidal, funesta, de la tierra / nacida sombra’ apelan a la pirámide de la tradición azteca, del universo simbólico hermético y que es, a su modo, un puente imaginario hacia la ‘pirámide blanca’

que aparece en el final de la novela de Puig.

Primero sueño y *Pubis angelical* fueron consideradas obras bizarras, extrañas, difíciles de comprender, por su estructura barroca, con distintos niveles de realidad que confluyen en el interior de un sujeto que lucha para constituir 'un nuevo tipo de ser humano'.

En ambas el hermetismo posibilita la utopía andrógina. Los cuerpos en y por los que suceden las dos narraciones (cuyas voces comparten el registro en primera persona) son cuerpos femeninos intervenidos: el suero y la morfina en el caso de Ana que la induce al sueño; los venenos y beleños, en el caso de la soñadora del poema, adormecida naturalmente. En uno y otro, el final del sueño es aprendizaje o iluminación, del "y yo despierta" de Juana a Ana reclamando ver a su madre y a su hija.

Las mutaciones individuales se desplazan progresivamente hacia la lucha grupal. La estirpe de mujeres raras de la novela de Puig se corresponde con la genealogía de mujeres ejemplares que Sor Juana, también considerada 'rara avis', reconstruye, en textos satélites al poema, contra la conspiración de machos. Acaso el anormal intelecto de Sor Juana y de sus aliadas se corresponda con el poder telepático que va desde el Ama a W218.

A partir del desplazamiento mesiánico hacia lo femenino, lo andrógino y lo colectivo, aparecen otros desplazamientos no menos importantes que repaso ahora a modo de epílogo.

Si en *Pubis angelical* la actriz austríaca escapa desde el espacio opresivo en Viena, es decir, desde la Europa nazi hacia el continente americano junto a uno de los fundadores del cine de estudios de Hollywood, por su parte el poema *Primero sueño*, escrito por una Sor Juana tan bella y bastarda como el Ama, contiene la tempranísima mención a la 'linterna mágica', aparato óptico de origen hermético que, instalado en el cerebro del ciborg que sueña, anticipa al cinematógrafo.

El desplazamiento desde Europa hacia América del hermetismo neoplatónico recrea, con sus mitologías y sus aparatos de visión, los inicios de la ciencia ficción latinoamericana durante el siglo XVII y remarca, en un nivel simbólico, la ulterior transición que sugiere la estructura en dos partes de *Pubis angelical* desde el fantástico y la novela de espionaje hacia la ciencia ficción, literatura que al ir ocupando cada vez más la zona (considerada) central del canon, se

convertirá a partir de los años sesenta del siglo XX en una máquina propicia para ‘volver a contar los mitos de la modernidad’, para revisar –mediante arquetipos, héroes y villanos— nuevos tiempos signados por mutantes que bucean su espacio interior.

Pubis angelical supone al fin y al cabo un desplazamiento en el proyecto de escritura de Puig. Atento al anhelo de 1990 –‘fue una subida y nadie se dio cuenta’— esa novela conspirativa y no *El beso de la mujer araña* (1976) ocuparía el centro de su narrativa.

Este cambio de eje permite destacar en *Pubis angelical* un solapado gesto parricida contra una de las figuras centrales del canon literario argentino.

Como vimos, el final apocalíptico—mesiánico cuenta la historia de una madre que lucha por encontrar a su hija y que, en medio de su lucha, salva a un pueblo en guerra. El líder ciego avergonzado le pide disculpas por haberle dicho ‘frívola mujer’.

Este patriarca podría ser leído como una alegoría de Borges, escritor sacerdote, admirador del mitógrafo gnóstico Carl G. Jung y detentor de una obra clave de ciencia ficción hermética que comprende en este caso en particular a “Las ruinas circulares”, un relato barroco cuya acción creadora sucede en gran parte en el interior del alma de un mago.

El gesto parricida le señalaría a la ciencia ficción borgeana su ceguera frente a la problemática anclada en la tríada ‘poder / dominación / género sexual’.

La ciencia ficción de Puig signada por un cambio del eje terrestre que acarrea una era polar, plantea: si Borges es un hereje que mediante los parámetros del gnosticismo invierte los valores literarios, es necesario reconocerle esa fuerza disruptiva que reutiliza materiales populares y de la cultura de masas y declararlo al mismo tiempo ciego frente a la estructura patriarcal. Así, la figura mesiánica caracterizada por el patriarca como ‘frívola mujer’, sería la del propio Puig quien vendría a disputarle el cetro.

Considérenlo apenas un azar. En el relato “Veinticinco de agosto, 1983” durante el encuentro en la habitación número 19 de un hotel de Adrogué, el avatar más viejo le anticipa al avatar más joven de Borges que “…hacia 1979 comprenderás que tu supuesta obra no es otra cosa que una serie de borradores…” (*La memoria de Shakespeare*).

El 'Borges real', ciego desde hacía décadas, ignoró seguramente a *Pubis angelical* publicada ese mismo año de 1979, pero es lícito especular que sus antenas esotéricas captaron la batalla que le había sido planteada por la frívola mujer en el singular campo de la ciencia ficción hermética latinoamericana –para muchos, todavía hoy, inexistente.

[Este texto es una versión reducida del artículo "Volver a narrar mitos. Posmodernismo, gender, ciencia ficción y una relectura de *Pubis angelical*", incluido en el 2011 en el volumen colectivo *Mito y fantasía. Un corte de género*, Editorial Biblos.]

Roberto Lépori (Córdoba, 1976) escribe textos basados en una investigación que lleva adelante sobre la vertiente hermético - gnóstica de la ciencia ficción latinoamericana.

Ha publicado en Axxón; en Ensayo: LA PLATA Y LA CONEXIÓN JULES VERNE (nº 202), ACERCA DE LA SINGULAR INTERVENCIÓN DE FARETTA EN LA REVISTA FIERRO (nº 210), SOR JUANA Y LA CIENCIA FICCIÓN O LAS CONSECUENCIAS DE UNA CRÍTICA PARANOICA (nº 240), ¿QUIÉN LE TEME A C. P. SNOW EN LA CRÍTICA DE CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA? EL ENIGMA DEL GÉNERO EN EL LABERINTO DE UNA CONSPIRACIÓN HERMÉTICA (nº 249), VOTO ROBOT (nº 289)

Overero

Carlos Morales

[image] **ARGENTINA**

—Llamó Alicia de la recepción: llegaron los que esperaba, doctor.

El biólogo molecular alzó la vista de su trabajo y miró al rostro de su tesista. Recién entonces pareció caer en la cuenta del mensaje.

—Ah, bien. Hágalos pasar a la oficina.

Se quitó los guantes y los desechó, cambió sus anteojos de trabajo por los bifocales y se dirigió al sitio.



Ilustración: Pedro Bel

La pomposamente llamada oficina no era más que un cubículo alargado, aislado del laboratorio por paneles removibles; el mobiliario consistía en un escritorio algo entrado en años, unas sillas de metal y plástico y varios estantes colgados del muro sólido, atiborrados de papeles y libros de consulta. Un refrigerador pequeño y una cafetera de filtro sobre una mesita parecían ser los elementos de confort. La única ventana en el extremo entregaba la claridad necesaria. Era poco cosa, pero le permitía al biólogo cierta privacidad cuando desarrollaba la parte teórica de su trabajo.

Una sencilla puerta de madera en el muro falso daba al laboratorio y otra de metal, en el extremo opuesto al de la ventana, al pasillo de ingreso. Esta última se abrió a los pocos minutos y la tesista introdujo a dos personas, cerrando tras de sí.

—Buenos días, doctor Chávez —dijo el biólogo, extendiéndole la mano al de mayor edad—. Tome asiento, por favor.

—Le agradezco enormemente que nos recibiera, doctor Kovadloff.

Encantado de conocerlo.

El viejo sacudió calurosamente la mano del biólogo, se acercó rengueando a las sillas y se sentó con un suspiro, sin siquiera quitarse el abrigo. Su compañero, un muchacho de unos veinte años, hizo otro tanto pero en silencio. Kovadloff les invitó un café al que se negaron, por lo que se sirvió el suyo, rodeó el escritorio y se sentó en su sillón giratorio.

—Bien. Usted dirá, Chávez.

El viejo se retrepó en la silla.

—No sé si habrá Ud. visto los *papers* que le envié…

El biólogo se reclinó en su silla y cruzó los dedos sobre su estómago.

—Les eché una mirada, claro. No tienen mucho que ver con mi especialidad…

—Perdón —lo interrumpió Chávez—, ¿podríamos cerrar la puerta? —Se refería a la de comunicación con el laboratorio, que usualmente permanecía abierta.

—Sí, por supuesto…

Iba a levantarse, pero el muchacho se le adelantó. Se acercó a la puerta, retiró la mano izquierda del bolsillo de su abrigo y la cerró. Luego volvió a guardar la mano y se sentó nuevamente.

—Disculpe, pero lo que quisiera discutir con Ud. es algo… delicado.

—Bueno, como quiera, pero no veo…

—Si me permite, le haré una descripción sencilla del asunto, para que vea Ud. a qué me refiero.

El biólogo se tomó unos segundos para tomar un sorbo de café y evaluar a su contraparte. Chávez tendría unos setenta años; vestía algo desprolijo pero con dignidad. Su escaso cabello lucía despeinado, pero a Kovadloff tal cosa no le llamó la atención; conocía mucha gente así en el rubro. Sus gestos eran nerviosos y su mirada cansada y algo ansiosa: ese hombre cargaba un fuerte peso en sus espaldas. Aprovechó también para echar un rápido vistazo al muchacho. No le dijo mucho, salvo que se veía adusto o, mejor dicho, algo contrariado.

—Muy bien, lo escucho.

—Gracias, gracias. Bueno, como quizá haya visto en los *papers*, también soy biólogo pero con orientación zoológica. —Chávez extendió los brazos ante sí y acompañó de ahí en más su discurso con numerosos aspavientos—. Hice carrera en el INTA, en el Centro Regional Chaco-Formosa. Ahí me especialicé en reptiles; luego me relacioné con algunos

colegas de la Universidad Estatal de Arizona que estaban investigando la regeneración celular en los lagartos verdes de allá y yo extendí los estudios usando como recurso el lagarto overo, que acá tenemos cantidad.

—Sí, vi que a eso se refieren algunos de los *papers*… —concedió el biólogo.

—¡Exacto, exacto! —El pobre viejo no cabía en sí de gozo—. Bien, yendo al grano, me interesó mucho el asunto de la regeneración de tejidos y su posible aplicación en la medicina humana. Los muchachos yanquis descubrieron que se activan unos 350 genes en regiones específicas para la regeneración de la cola, incluyendo algunos implicados en el desarrollo embrionario, la respuesta a las señales hormonales y la cicatrización de heridas.

»Y lo más interesante: al igual que los ratones y los seres humanos, los lagartos tienen células satélite que pueden crecer y desarrollarse en el músculo esquelético y otros tejidos. Siguiendo la receta genética para la regeneración detectada en los lagartos y aprovechando esos mismos genes en células humanas, sería factible hacer crecer cartílago nuevo, músculo o incluso médula espinal.

Kovadloff se incorporó, acomodó sus lentes y apoyó los codos en el escritorio, cruzando los dedos delante de sí.

—Me temo que, según lo que yo sé del estado de la ciencia, eso todavía resulta una fantasía.

Chávez se apagó como un fósforo.

—Sí, sí, estoy de acuerdo con Ud… Pero debo admitir que un año atrás yo estaba mucho más convencido de la factibilidad de todo el asunto. Si me permite continuar…

—Por favor.

—Gracias. Ahora sí le aceptaría ese café —dijo el viejo, alzándose esforzadamente de la silla para quitarse el abrigo, que colgó del respaldo.

El biólogo demoró un segundo, esperando que tal vez el muchacho se levantara como antes. Tal cosa no sucedió, de modo que se acercó a la cafetera. Inquirió al joven si quería uno, pero éste negó con la cabeza. Mientras llenaba el jarrito americano con el caliente brebaje, se preguntó de qué jugaría: tenía aspecto de ser un técnico, o tal vez un chofer para Chávez. Permanecía repantigado en su silla, las manos en los bolsillos de la campera, el gesto adusto.

Kovadloff prefirió no dar nada por sentado: podía ser un tesista del viejo. O algún ayudante de laboratorio. Apoyó el jarrito delante de Chávez

y una azucarera para que se sirviera, y volvió a su asiento.

—Me gustaría que termináramos antes de las once, porque tengo un asunto que atender.

Chávez se tomó el café casi de un sorbo, sin agregarle azúcar.

—Sí, sí, disculpe. Iré a lo concreto, faltaba más. Gracias. —Dejó a un lado el jarrito, se acomodó el cuello de la camisa y continuó:— Como le decía, me dediqué a estudiar la regeneración. Yo corría con cierta ventaja respecto de los yanquis, verá Ud., porque el lagarto overo es capaz de controlar su temperatura interna en la temporada de apareamiento; es uno de los pocos reptiles actuales homeotermos que se conocen. Me refiero al *Salvator merianae*, no al *Tupinambis teguixin*, que es otra especie, muy parecida, al que se llama también overo.

El biólogo se reclinó en la silla y lanzó un breve suspiro de impaciencia —que intentó reprimir, aunque tarde, para no incomodar a su interlocutor—, pero éste no pareció enterarse.

—El *Tupinambis*, a su vez, es omnívoro y de mayor fecundidad. En regiones cálidas, como las de Misiones y el Paraguay y sur de Brasil, pone huevos todo el año y las nidadas llegan hasta los cuarenta ejemplares. Bueno, por eso se los llama overos, por la cantidad de huevos que ponen…

—Disculpe, Chávez, pero tenía entendido que iba a concretar.

—Sí, sí, casualmente —dijo el otro, apurado—. Verá, combiné los genes de ambas especies, extrayendo los que más concretamente se adaptaban a las células humanas, y pude crear in vitro unas células satélite con características homeotérmicas y omnívoras, que comencé a ensayar bajo señales hormonales en relación con tejido humano retirado de zonas de cicatrización. Y tuve moderado éxito.

Kovadloff volvió a alzarse de su asiento.

—¿Me está diciendo que hizo regenerar células humanas?

El viejo pareció incómodo. Encogió los hombros y su mirada se tornó huidiza.

—Sí, sí, de eso hablo. Las satélite que conseguí interaccionaron bien con el tejido humano, con mínimo rechazo las más de las veces. Todo esto, claro, en laboratorio; sin embargo, los resultados son prometedores.

—Caramba, pero eso es excelente. ¿Y yo qué tengo que ver?

—Bueno, verá… yo tengo un hijo. Un muchacho nomás, lo tuve de grande ya… Y vió cómo son las cosas; hijo único y de padres algo entrados en años, resultan medio… egoístas, digamos, y caprichosos. Es que uno a

cierta edad ya no espera tal fortuna de ser padre, y se vuelve condescendiente.

El biólogo se sintió desconcertado, sin saber a dónde iban a parar esas confesiones. Pero de pronto reparó en la presencia del muchacho, su desinterés y hosquedad, y recordando el tema genético… Un hálito frío se cebó en su cuello y los pelos de la nuca se le alzaron sin pedir permiso.

—Yo… —comenzó.

—El asunto es que mi hijo me contó de un accidente que tuvo su amigo, que trabajaba en una matricería: perdió tres dedos en un balancín. Se trata de Martín, que vino acá conmigo. —El biólogo iba a decir un “qué tal”, pero el viejo siguió de largo con su discurso—. Y bueno, sabiendo por mí de lo que yo investigaba me… me rompió la paciencia, disculpe Ud. la expresión. Mostrale, pibe.

El muchacho sacó las manos de los bolsillos de la campera. La derecha estaba cubierta por un guante.

—Fabriqué un suero y se lo apliqué. La cosa venía bien, pero luego… —mientras decía esto, retiraba el guante de la mano del muchacho—. Como verá, necesito su ayuda, a ver si se puede arreglar.

Kovadloff miró la mano desnuda. Se veía perfectamente la línea de corte en la mano. A partir de ella crecían, fuertes, sanas y brillantes, tres colas de lagarto overo.

Patas pa'rriba

Carlos Morales

[image] **ARGENTINA**

En ese verano de 1972, la calma chicha de la selva correntina se deslizaba calurosa y pesadamente por San Bartolomé. Pero para Alcides Tolosa, comisario del pueblo, negros nubarrones parecían cubrir el ambiente de la cocinita en la que temperaba el agua del mate para el desayuno.

—¿Un marciano, decís, che cabo?

—Así mesmito, mi comesario.



Ilustración: Pedro Bel

Maldita fuera la hora en que mandó al retén a investigar a la zona de tareferos, donde se habían visto raras luces de madrugada. Su primera intención había sido seguir durmiendo, pero hubo dos asuntos que no le permitieron esquivar el bulto. Uno la Eloísa, su casera, que vino a los gritos con cuentos de la luz mala. Otra, el hecho de que andaba en líos con la Departamental y mejor sería que hiciera buena letra por un tiempo.

—¿Y dónde lo han guardao?

—Acá en la primera, mi comesario. Tan esperándolo a usté.

—¿Quiénes están?

—Quiñones y Barragán, que fuimos al campo, y el Andresito ques escribiente de turno.

Bueno, al menos lo habían puesto en la primera celda, que era la que tenía el cerrojo sano; a las otras hubo que meterles candado. Llenó su cuidado termo brasilero, manoteó la cesta con las cosas del mate y se emperchó la gastada gorra en la cabeza.

—Vamo yendo, pué.

El marciano tenía la cara tristona y estaba arrumbado en el catre de la celda como si hubiera pasado ahí un lustro. Pero a los ojos del comisario no parecía más que un tipo algo estrafalario que seguramente se había metido donde no le convenía. De seguro no era un tarefero, pero no parecía tampoco un paisano, y difícil un turista perdido en una zona donde no había nada turístico. Apenas asomado a la entrada de las celdas, Tolosa miraba desconfiado al extraño y meditaba en lo que debía hacer a continuación.

Luego de un rato caminó por el pasillo hacia su despacho.

—Che, cabo —al pobre Argañaraz siempre le decía cabo, porque era más breve y porque asi evitaba decirle Argarañás por error.

—Sí, mi comesario.

—¿Por qué decís ques un marciano?

El cabo evitó la mirada del superior y explicó medio tartamudeando, pasando su peso de un pie al otro.

—Juimo' vichando las luces entre la maleza y a poco de llegar se subieron pa'rriba. No hacía ruido a licótero, y no era un avión porque salió pa'rriba. Pa mí era un platovoladó. Justito antes de agarrarlo a él.

Tolosa respiró hondo y echó una mirada por el pasillo.

—¿Le pediste documento?

—Sí, dice Juan Pérez. Traía un bolsito que lo dejé en su escritorio, comesario.

—¿No será otro contrabandista, nomás?

—No le vimos contrabando, comesario. Ni cigarro, ni licor, ni nada.

—Metele esposas y me lo traés al despacho en diez minutos.

El bolsito fue un chasco. Los documentos tenían pinta de legítimos; había una botellita con agua, una pomada en pote y otras tonterías. Lo más raro era una cajita negra del tamaño de un mazo de cartas que no era de metal pero lo parecía por el tacto, y que no pudo abrir. Tal vez no se abriera.

También un mapa de Corrientes, doblado en ocho. Un mapa excelente, como los del Ejército o de Gendarmería. Le encantó el mapa y se quedó un buen rato mirándolo, buscando los mojones conocidos. Embuchó otra tortafrita y se limpió los dedos en la pernera del uniforme para no engrasar el papel. Años hacía que venía pidiendo mapa de la provincia para el muro de la comisaría. En fin, tampoco era buena pista para saber con quién estaba tratando.

Por fin apareció el cabo con el sospechoso. Tolosa lo hizo sentar al otro lado del escritorio, mientras plegaba el mapa con un suspiro.

—¿Quiere un mate, amigo?

—No, gracias, señor.

Tolosa volvió a mirar detenidamente al marciano. Un tipo raro, frío, educado, vestido con un trajecito liviano gris, camisa blanca, zapatos y un corbatín negro. Demasiado rubio para el monte.

—Así que Juan Pérez.

—Sí, señor, ése es mi nombre.

—¿A qué se dedica, Juan Pérez?

—A los negocios. Vivo en Buenos Aires, andaba por aquí y salí a dar un paseo nocturno cuando me encontré con los agentes.

—¿Y qué negocios hace por acá, Juan Pérez?

—Estaba viendo una chacra para comprar. Todavía no encontré una que me convenga.

—¿Anda a pata buscando chacra usté?

—Tengo un automóvil.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde lo tiene?

—En las afueras de San Bartolomé.

—¿Tiene la llave ahí? —dijo Tolosa, y señaló el bolso.

—No, está en el automóvil. No quería extraviarla durante mi paseo.

El comisario arrugó la cara y meditó un momento. El mapa de Corrientes, que aún no había devuelto al bolsito, le hacía guiños. Eso le dio una idea. Se alzó de la silla.

—Cabo.

—Ordene, mi comesario.

—Acá el señor le va a indicar dónde dejó el coche. Vaya y tráigalo. —A espaldas del marciano, le guiñó un ojo al cabo, que asintió con mirada cómplice—. Quiñones, devuélvalo a la celda.

—Señor, yo quisiera…

—No se preocupe, amigo, todo va a estar bien. Es para que no se lo roben.

Tolosa salió del despacho y caminó hacia la puerta de la comisaría. Al pasar por el escritorio le hizo una seña al escribiente, que salió tras él. Ya

bajo el amplio alero de la entrada, le dijo en voz baja:

—Che Andresito, ¿vos tenés máquina de fotos? —El sobrino del intendente asintió con la cabeza—. Traétela entonces. Fijate que tenga rollo y sinó comprale uno a la Juana. —Le pasó unos pesos que sacó de su bolsillo—. Y te voy a encargar otra cosa.

Luego de buscar un rato en sus cajones, Tolosa encontró la tijera. Se puso entonces a recortar el mapa físico-político en blanco de Argentina que le trajo el Andresito, quitándole prolijamente todos los bordes, donde estaban las escrituras. Apenas había terminado y se regodeaba del resultado cuando oyó llegar a Argañaraz.

—¿Qué encontraste, cabo?

—Nada de contrabando, mi comesario. Un bolso con comida en el asiento de atrás, ropa nueva en el baúl y esta plata en la guantera.

Tolosa abarajó el fajo de billetes nuevos y silbó asombrado. El de 500 pesos ley con el Cerro de la Gloria todavía no lo había visto. Eran muchos miles de pesos, tal vez un millón. ¿Para la chacra?

—Andá a poner la pava de nuevo, che cabo. Tengo que pensar.

—¿Quiere un mate, amigo?

—No, gracias, señor.

—Así que Juan Pérez.

—Señor, yo quisiera…

Tolosa levantó una mano y el marciano calló instantáneamente.

—Verá usté, es muy raro que haya aparecido donde lo encontró mi gente. Pero no tengo mucho que decir más que eso. Lo que sí, para dejarlo ir tengo que estar seguro de que no se coló por la frontera. Usté tranquilamente puede ser paraguayo, ¿no?

Pérez sonrió por primera vez.

—No, soy argentino, señor, como puede ver por mis documentos.

Ahora fue Tolosa quien sonrió.

—Bueno, eso será fácil de comprobar. —Tendió el físico-político hacia el sospechoso, y le facilitó una birome—. Hágame el favor de marcar Corrientes en el mapa.

Juan Pérez tomó la birome con la izquierda y se enfrentó al papel. Por detrás de él, y a una señal de Tolosa, Andrés Iturbe, sobrino del intendente, comenzó con las fotos.

El supuesto marciano hizo una x sobre la provincia y levantó la mirada

hacia el comisario.

—Ya que estamos, márqueme también de dónde viene. ¿Buenos Aires, dijo?

Pérez hizo otra x sobre el símbolo circular allende la desembocadura del Paraná.

—Muy bien, señor Pérez.

—¿Puedo irme?

—Ahora vamos a preparar unos papeles, usté los va a firmar y sigue su camino. Quiñones, devuélvalo a la celda.

—Pero…

—No se preocupe, Pérez. Es el procedimiento.

Cuando Quiñones regresó al despacho, ya estaban todos ahí. Entonces el comisario repartió las tareas.

—Barragán, traéte los candados de las otras celdas y ponéselos todos a ésta. Andresito, andá hasta la Municipalidá y pedile al César el teléfono del coronel Lombardi; llamalo y decile que hay problema de subversivos y que te mande un pelotón de milicos con un camión de seguridá. El cabo y Quiñones llamen a los otros agentes; vayan casa por casa. Y los quiero a todos armados. Éste no se me va de acá.

Tras de tan ardua mañana, el mediodía era todo sonrisas para Alcides Tolosa, comisario del pueblo. Luego de junta secreta en su despacho había podido convencer a las autoridades: Juan Pérez ya no era asunto suyo. Y su comando se vería fortalecido; pasaría la inspección seguramente.

Desde debajo del alero veía cómo metían a Pérez dentro del camión, esposado y apuntado por medio pelotón. En ese momento, el coronel Lombardi y el intendente César Iturbe comenzaron a despedirse. Entonces Tolosa juntó coraje.

—Mi coronel, ¿me podría quedar con un recuerdo?

Lombardi, alto como una torre, lo miró suspicaz de arriba abajo.

—¿Qué recuerdo? —preguntó.

—Esto nomás —y metiendo la mano en el bolsito que llevaba el coronel, extrajo el mapa de Corrientes.

Lombardi no dijo nada. Solo le dio la manaza, se estiró el tejido pegado al pecho por la transpiración y partió. Tolosa los contempló retirarse en medio del polvo y luego se volvió hacia la entrada.

—Che, Andresito.

—Mande, comisario.

—Volvé a la librería y pedile a la Juana que mande hacer un cuadro con esto —le tendió el mapa—. Que le pongan un buen marco. —Y en un rapto de inspiración, agregó:— Decile que lo paga tu tío.

Andrés Iturbe tomó el mapa y comenzó a caminar, pero se dio la vuelta.

—Mi comisario, dígame usté, ¿cómo se dio cuenta de que era en serio un marciano?

Tolosa sonrió de costado.

—No sé si será marciano, pero no es de por acá. Le di el mapa patas pa'rriba y nunca lo enderezó.

El autor vive en Ituzaingó, ciudad del conurbano bonaerense, tiene 53 años y se desempeña como diseñador mecánico en un instituto científico dependiente del Gobierno, pero entre sus facetas estuvo la música (formó parte de una banda de rock fusión por diez años), las traducciones (tanto técnicas como literarias), la revisión estilística de textos, la investigación numismática y el coleccionismo, tanto filatélico como modelístico. Gustador de los clásicos en literatura, ha leído desde poesía hasta ensayo histórico, pero ha decidido escribir solo en el género de la CF.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: EL HUÉSPED DE ANTARES (nº 267)

Azogue

Ricardo Castrilli

[image] **ARGENTINA**

A veces me permite mirar. Olvida, o simula olvidar que estoy allí. Descorre el velo que cubre el espejo grande, en el centro del salón, y se le planta enfrente.



Ilustración: Pedro Bel

Hay muchos espejos, pero no como ése. La casa está llena de esos otros, plásticos, intrascendentes. A él le gustan. Se pasea por delante, ensaya posturas y gestos cuando cree que no estoy mirando. Pero con el grande la cosa cambia: es su Némesis. Lo mencionó como al pasar, lo recuerdo, en uno de esos escasos momentos de confidencias que he aprendido a atesorar. Reclinado en el sillón junto a la ventana, su mano desnuda jugaba a las escondidas con el pálido sol del atardecer; dibujaba sombras cambiantes sobre la alfombra. *¿Ves?*, me decía. *Esto puedo dominarlo, al menos hasta cierto punto.* Era cierto: lo había visto desafiar al astro rey con más fortuna que varios albinos que he conocido. Su mirada se iba tornando oscura a medida que derivaba hacia el espejo grande. *Ese engendro, en cambio, se me resiste. Nada puedo contra su tozudo desprecio.* Me gustan esos modismos arcaicos; lo revelan suelto, relajado y con las defensas bajas. Le había escuchado lamentarse, en otra ocasión, del *"lacerante desdén del azogue",* pero sólo después alcancé a comprender a qué se estaba refiriendo.

Yo no sabía qué era el azogue. En los polvorientos tomos de la enciclopedia encontré el dato, más tarde, de que era uno de los nombres del mercurio, seguramente ya en desuso; pero eso no me dijo demasiado. Sólo

logré establecer la relación varios párrafos más abajo: el azogue era el constituyente principal de la amalgama metálica que convierte un cristal en un espejo.

Aún así, no llegaba comprender qué era lo que marcaba la diferencia con los otros. …¿Qué hacía que él prefiriese las baratijas al bello espejo de pie, una pieza de evidente antigüedad que él mismo había instalado en el centro neurálgico de la sala? La enciclopedia también era vieja; casi todo, allí, lo era, salvo los otros espejos. Esa parte de mi investigación requería fuentes más actuales, y no tuve que buscar demasiado; en internet estaba todo. Espejos plásticos, flexibles, moldeables. Sin mercurio ni plata, sin metales.

Eran ésos los que él había sembrado por toda la casa. Los que no estaban hechos con azogue y no participaban de lo que fuera que el azogue hacía en su desmedro. Comencé a entrever la humillante verdad: si prestaba oídos a las viejas leyendas (y por qué no habría de hacerlo, a la luz de los hechos) a ellos les está vedado el replicarse en los espejos. Al menos, en aquella clase de espejos. La antigua maldición, deduje, no podía prever que las virtudes del azogue llegarían a ser reemplazadas por sustitutos más baratos, en la prosaica irreverencia de la modernidad. Comprendí entonces la proliferación de baratijas: no le mezquinaban su reflejo.

A partir de esta revelación, gradualmente comencé a emular sus rituales con el Espejo, casi sin darme cuenta: las miradas hoscas, los rodeos; lo evitaba. Las escasas veces en que lo encontraba destapado ponía especial cuidado en no facilitarle la afrenta; no le dejaba jugar con mi imagen. Era un gesto solidario que, creo, no pasaba inadvertido.

¿Cuánto tiempo llevo en esto? Recuerdo la noche del encuentro, la fascinación que ahora sé no era del todo forzada, la invitación y mi aceptación; la creciente y resignada certeza de que su interés no estaba dirigido hacia mi persona, sino más bien hacia mi cuello. En el clímax, con sus colmillos rozando mi piel, hasta a mí me sorprende mi inesperada interrupción: *Alto*, le digo. *Alto. Se me ocurre una alternativa mejor.* Me escucha, y me deja ir con una promesa como única prenda. Confía en mí, su víctima, Scherezada regresando a palacio por su propia voluntad; en lugar de un relato, traigo una bolsa de sangre fresca y gano otra noche.

Trabajo en un centro de hemoterapia. He ideado un práctico sistema de diezmos: sólo un poco de más en cada extracción, un poco de menos en cada bolsa que guardo en las cámaras de frío. Funciona, y por la tarde vuelvo a casa con mi ofrenda renovada. Él sabe que volveré.

De a ratos, escribo esto. Mis emociones fluctúan de un extremo al otro:

me estremezco ante el temor de su furia si llegara a descubrir estas notas y, un instante después, disfruto al suponerlo anhelando mis ausencias, corriendo a mi escondite apenas he abandonado la casa y revolviendo mis papeles en busca de la dosis diaria de esta otra variante especular, la tinta, que no ejerce el desdén del azogue. Lo imagino (te imagino) leyendo esto y fingiendo que nada ha visto, preservando así el hechizo y asegurando la continuidad de su reflejo en este formato más estable y expurgado de ultrajes. En ocasiones creo vislumbrar en esto una simetría oculta, un síndrome de Estocolmo fluyendo en ambos sentidos; siento algo de culpa al intuir a mi predador como presa, a su vez, de un doble lazo Scheresádico. Mientras tanto, la vida (esta extraña instancia de la vida) continúa.

A veces, decía, me permite mirar, o me olvida. Descorre el velo que cubre el Espejo y le hace frente. Se va quitando la ropa en una ceremonia seguramente gastada por los siglos; va desvelando la nada, el insultante vacío rodeado por los objetos cotidianos que sí se reflejan. Entonces toma mi ofrenda y la sube hasta sus labios; la fiebre lo domina. Da una sola dentellada, precisa, mortal, y succiona sin derramar una sola gota. Eso lo veo yo, de este lado; el espejo sólo muestra el sachet estrujado, apremiado, gradualmente despojado. No imagino qué es lo que ve él. De pronto, se produce el milagro: la conjunción de los mundos. Quizás en virtud de su anómala biología, el fluido vital que bebe no sigue los caminos habituales. El proceso digestivo (si es que existe) es fugaz, apenas un pasaje; la sangre llama a la sangre y se reúnen de inmediato; se confunden en una. El espejo refleja la magia, supongo que muy a su pesar; ese fluido ajeno escapa a la maldición. Va entretejiendo una apretada red de vasos escarlata que terminan delineando una figura: la suya. Es su desquite, y él disfruta cada gota de esa imagen que el azogue se ve obligado a devolverle, con la misma pasión que un instante atrás dedicaba a su festín. La expresión de embeleso en su rostro lo redime.

Pero el triunfo es efímero. Su metabolismo singular termina apropiándose de la ofrenda, sojuzgándola; lo visible se torna de nuevo invisible en la severa arbitrariedad del espejo. En el rostro se agudizan los estigmas, recién nutridos: los ojos emiten destellos de fuego; los colmillos destacan, amenazantes. Sobreviene el lamento creciente, desgarrador.

He aprendido que es entonces cuando debo retirarme, hacerme discretamente a un lado y dejarlo a solas con su tormento. Voy a la cocina, me preparo un té, lo bebo sin prisas. No es por miedo, no. Si he de ponerle un nombre a esto, imagino que es amor.

Allá por Axxón 139, cuando le publicamos “Cronoplasma”, dijimos que Ricardo Castrilli nació en Buenos Aires en 1951 y que vive en El Bolsón.

Entonces pensamos (eso no lo dijimos) que lo veríamos con frecuencia por aquí. Sucedió.

A nuestro pedido, nos habló de sí mismo en tercera persona, y este es el resultado:

«¿Debo escribirlo en tercera persona?… Sea, entonces. Ricardo Castrilli nació en Buenos Aires, en 1951. Sus recuerdos de infancia y primera juventud están esparcidos a lo largo y a lo ancho de una amplia franja de territorios inexplorados que se extendía, en aquel lejano entonces, entre Ramos Mejía e Ituzaingó. Era un mundo casi infinito, tal vez porque era bastante sencillo imaginarlo así; el tiempo, sin embargo, se fue encargando de hacer evidente la falacia implícita en esas fantasías. En lugar de madurar como Dios manda, apremiado por horizontes que ya se veían demasiado próximos, en 1981 atinó a emigrar a regiones que se le antojaban más propicias; desde entonces vive oculto en el bosque que cubre las laderas de un cerro, en la Cordillera Patagónica. Gruñe y gesticula detrás de los matorrales cuando algún paseante desprevenido se aventura demasiado cerca de los límites de su retiro. Como el tango no es lo suyo, la única vía catártica hacia el lamento por los paraísos perdidos que le ha quedado es la literaria, y de ahí nace todo esto. Hace lo que puede, que no es mucho; pero hay que destacar que le gusta el proceso, y eso ya es bastante para él. Como muestra de su estilo nostálgico y cavernoso bien puede mencionarse la más reciente de sus obras, un breve opúsculo por encargo que comienza: *“¿Debo escribirlo en tercera persona?”*

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: CRONOPLASMA (nº 139), PROPIEDAD HORIZONTAL (nº 140), TIEMPO, MALDITA DAGA (nº 145), INICIACIÓN (nº 147), RESPLANDORES (nº 151), MUCHACHA EN PABELLÓN CON FONDO DE VOLCANES (nº 152), EN ALAS DE MARIPOSA (nº 156), ZIP (nº 160), “PARA CREAR EL ARMUZ” EN “FICCIÓN BREVE (27)” (nº 163), AHAU KATUN (nº 170); en Urbys: PARCELA ESTOCÁSTICA, OKUPA

Usos prácticos de la fe. Ejemplo 3

Daniel Frini

[image] **ARGENTINA**

Esto es; palabras más, palabras menos; lo que nos contó el viejo Vélez:

El «Amelia» estaba a la altura del paralelo 38, a unas diez millas un poco al sur de Mar del Plata. Fue allá por el año ochenta y uno; ochenta y dos, a más tardar. Me acuerdo porque fue una de las últimas zafras rendidoras del bonito. Después, no sé si conoce la historia, empezaron a traer el atún de afuera; y nos tuvimos que dedicar a la pesca de la merluza.



Ilustración: Pedro Bel

¿Usted sabe cómo se encuentra el bonito? No hay sonar ni radar que valga. Se trata de ver el cardumen. Desde cubierta, al salir o ponerse el sol, se busca, a ojo limpio, el reflejo de los lomos plateados. Si se anda con suerte, las gaviotas ayudan: donde hay gaviotas, hay anchoítas; y si hay anchoíta, lo más probable es que, debajo, esté el bonito.

Ese día navegábamos con rumbo norte y, desde temprano, habíamos estado en cubierta forzando la vista hacia el este. Casi en el horizonte, una reverberación nos señaló el cardumen. Viramos para perseguirlo, y a eso de media mañana el capitán empezó a largar la red cerquera, para rodearlo; moviendo el barco de acá para allá. Estábamos en esa maniobra, cuando Gauna contó, como al descuido:

—El capitán estuvo toda la madrugada relojeando el barómetro. Parece que se nos viene una movida de allá —y señaló hacia el sur.

Se veían, lejos, unas nubes; pero, por lo demás, era un día claro. Sin embargo, ya se sabe que el mar no avisa. Al mediodía, el cielo de color azul se volvió gris y tuvimos que enfundarnos en los trajes de agua para

aguantarnos el chubasco. Al minuto, nomás, la lluvia se hizo tan intensa que el capitán decidió poner el motor al ralentí porque las gotas hacían daño en la cara y la visibilidad era pésima. Los cabritos de las olas empezaron a crecer con la intensidad del viento. Entré a la cabina para buscar unos guantes y, justo al salir, vi un enorme fogonazo seguido por un chasquido brutal, que sonó como un desgarro, seguido de otros más pequeños. Hubo varios rayos seguidos; y, cerca del barco, se veían los surtidores de vapor que causaban. Calculamos que fue uno de ellos el que nos dejó sin radio.

Y la cosa se puso peor: el viento llegó a los ochenta, cien kilómetros por hora; el mar se retorcía en olas de más de ocho metros y la lluvia caía a baldazos de un cielo grande y negro, y barría la cubierta. El capitán ordenó capear; navegando despacio, porque el «Amalia» se movía en una travesía llena de pantocazos, escoras cada vez más pronunciadas y ruidos del trepidar de la hélice cuando salía del agua. Los doce que estábamos en cubierta nos metimos en la cabina y trincamos las puertas.

Alguien gritó «¡Viene una grande!». Nos agarramos de donde pudimos, y la ola nos impactó con un ruido espantoso, y arrancó, de cuajo, la puerta de proa. ¿Vio, en las películas, que cuando el agua entra por la puerta de un buque parece una catarata? Bueno. No es como en las películas. El agua entró a una velocidad infernal, con la forma de la puerta, y con ésta como locomotora, casi hasta la mitad de la cabina, desmantelando todo. Calculo que ahí fue cuando se inundó la Sala de Máquinas; porque, ni dos minutos después, se plantó el motor.

Entonces, el capitán, preocupado, llamó en un aparte al viejo D'amico y le dijo:

—Oiga, D'amico, estamos en un brete muy bravo.

—Y que lo diga, capitán.

—Tengo que pedirle algo.

—Mande, nomás.

—Usted es un hombre de fe, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Mucha fe?

—Creo que sí, capitán

—Sabe que la cosa está jodida.

—Sí.

—Que nos quedamos sin radio y sin motor…

—Si. ¿Quiere que guíe el rezo del Santo Rosario?

—En realidad, quiero pedirle algo más concreto. Voy a necesitar que vaya caminando, a pedir ayuda.

—¿Caminando?

—Si.

—¿Sobre el agua?

—Sí, No le voy a decir que como Jesús. Digamos que como Pedro, pero sin dudar. Y con algo más de fe, para que voy a mentirle: el mar de Galilea no estaba tan furioso.

—Trataré, capitán —contestó D'amico, mientras se persignaba.

El viejo acomodó su traje de agua amarillo y ajustó su capucha; lo ayudamos a sellar mangas y botamangas con cinta de embalar, para impedir la entrada de agua; se calzó un par de salvavidas en la cintura —nunca se sabe cuándo puede flaquear la fe—; revisó sus botas y calzó sus guantes. El capitán le dio una brújula y las indicaciones necesarias para que siempre fuese hacia el oeste. Se persignó otra vez, y esperó a que la próxima ola alcanzase la altura de la proa para saltar al agua, como quien sube a una escalera mecánica. Trastabilló y se ayudó a mantener el equilibrio con sus brazos, a la manera de un equilibrista; pero enseguida se repuso y se alejó del «Amalia» con pasos cortos, primero, y más decididos, después.

Nosotros lo mirábamos asombrados e incrédulos. No todos los días se ve un milagro. Parecía que el mar estaba poseído por el diablo y le doliese que alguien se atreviera a desafiarlo; y lo golpeaba con olas tres, cinco veces más altas que él; de frente, de atrás y de costado. En un momento, el viejo D'amico levitaba a dos metros del agua, caminando en el aire; y al siguiente estaba hundido hasta el pecho, como en la nieve. Y así, nos fuimos separando. A unos cien metros, se paró en el valle entre dos olas, nos miró y levantó su brazo en señal de saludo; y lo perdimos de vista.

Pasaron unas dos horas, la tormenta se hizo llovizna, el mar se calmó; pudimos achicar la sala de máquinas, limpiar los filtros y encender el motor, después de cuatro o cinco intentos. Bastante averiados, con un susto grande y sin la radio. El capitán ordenó navegar hacia el oeste, tratando de encontrar al viejo; si aún no había alcanzado la costa. Nos apostamos todos en cubierta, cansando la vista; hasta que, ya en el crepúsculo, alguien lo vio a unos mil metros, sobre la banda de babor a popa. Faltaban unos cuatro kilómetros para llegar a la costa, un poco al norte de Santa Clara.

Caminaba arrastrando los pies, con sus manos aferradas a los salvavidas. Sólo estaba vestido con su capucha, de la que colgaban jirones

de lona amarilla, unos calzoncillos gastados y una sola bota que había perdido su suela, subiendo y bajando en su pierna derecha. Llevaba los ojos bien abiertos, la vista fija en la franja de tierra; y no respondió a nuestros gritos ni a la bocina del barco, ni siquiera cuando estuvimos a su lado. Gauna sacó el cuerpo inclinándose fuera de la borda, y le tocó el hombro. Sólo allí el viejo se sobresaltó y nos miró como a fantasmas.

—Déjeme llegar, capitán —dijo el viejo, mientras peleaba con nosotros que queríamos tomarlo de los brazos para subirlo a cubierta.

El capitán nos hizo una seña para que lo dejásemos. Habrá pensado que había pasado lo peor, o que merecía el premio por su esfuerzo. Lo soltamos, y D'amico siguió caminando. Lo seguimos desde unos treinta metros; entre admirados y enternecidos.

El caso es que se hizo de noche y no pudimos acercarnos más por miedo a encallar. Creemos que llegó a la costa, pero nunca más volvimos a verlo. A los diez días, la prefectura abandonó la búsqueda.

Gauna dice que, quizá, se hundió en la tierra; pero yo no le creo.

Usos prácticos de la fe. Ejemplo 4

Daniel Frini

[image] **ARGENTINA**

Varios de ustedes lo saben, el Reverendo Diermissen fue un hombre extraordinario. Generoso, humilde, discreto, solidario, fraternal, de una fe rayana en la santidad; aunque algo reservado y circunspecto. Su paso por la iglesia de Ballester fue uno de los más fecundos, provechosos y notables. Los que fueron más cercanos a él recordarán, también, las cosas que lo apasionaban: su misión pastoral, claro; pero, además, el jazz.



Ilustración: Pedro Bel

Admiraba la confrontación temprana de la instrumentación, la melodía y la armonía europeas; con el ritmo, el fraseo y la concepción musical de los antes esclavos del sur de los Estados Unidos. Tenía especial predilección por la crudeza y el lenguaje lacónico, sin adornos, de la primer Bessie Smith; el *high brow* elegante, sincopado y dulce del New York de las primeras décadas del XX; o el *jungle style* del Duque o de Cootie Williams.

Sin embargo, su predilección estaba en el jazz europeo de aquella época. Decía, con cierta jactancia que lo hacía sonrojarse, que, en aquellos primeros años, habían sido los europeos quienes reconocieron la importancia y cualidades, la dimensión artística de esa música tan especial; cuando los mismos norteamericanos aún no habían caído en la cuenta y seguían valorándola como mera diversión.

Aunque no era coleccionista, poseía varias grabaciones —en discos de pasta, de 78— que disfrutaba con placer. Había varios del *biguine* que, desde Guadalupe y Martinica, había llegado a Francia en los ’30; otros de

Stéphane Grappelli y Django Reinhardt; y algunos de Spike Hughes y Snakehips Johnson. Y, por supuesto, muchos de la Alemania de entreguerras: Borchard, los Weintraub Syncopators, Etté, Béla, y Schachmeister, entre otros.

Sin embargo, con mucho de frustración, hablaba, siempre, de cuánto le gustaría encontrar una grabación de cualquier grupo de jazz en el que hubiese tocado La Leyenda.

Ustedes saben de quién hablo: Kurt Kreuder. A grandes rasgos, un trompetista algo bohemio, inestable, afecto a la bebida; que participó en algunos tríos en los primeros y turbulentos años de la década de 1920, y en varias de las *Salonorchester* que aparecieron después; sin asentarse nunca en ninguno de ellos. Su estilo, algo duro, ni siquiera era afín al jazz. Abandonaba los *rags* y *stomps* para acercarse al blues, tenía mucho de repetición sin variantes; y más de adornos a la melodía, que de repentización sobre bases de acordes. Dicen los académicos que, en el último Kreuder, pueden verse ciertos brotes de improvisación, aunque muy diferente a la que, después, haría explotar Louis Armstrong; y algunos afirman (incluido Kater) que es el exponente primigenio del gruñido de trompeta que, en América, desarrollara Bubber Milley y tanto influyera en Duke Ellington.

Entonces, ¿por qué lo de leyenda? Por su potencia fenomenal, su fuerza, su ímpetu. Una manera de tocar robusta, enérgica y vigorosa. Tanto, que el paso del tiempo y el boca a boca lo convirtieron, a él y su trompeta, en míticos. El propio instrumento —algunos dicen que era una *piccolo*, otros, una trompeta en do— se ganó un nombre propio, tal como la «Lucille» de B. B. King. La llamaban «Wandbrecher»: Demoledora de Muros.

Por supuesto, la relación es directa con la historia bíblica de Josué y las trompetas que destruyeron las murallas de Jericó; y tal, dicen, era la energía que instrumento e intérprete desplegaban.

Todo entraba en la categoría de mito porque, hasta donde era posible saberlo, no había registros sonoros que atestiguaran tal prodigio. Si los hubo, la llegada del nazismo, su desprecio por el jazz y, que consideraban *entartete musik*, su persecución y, finalmente, su prohibición en el ‘35, acabaron con ellos; tal como lo hicieron con el propio Kreuder, de quien no se supo nada más después del verano del ’34. Por supuesto, tampoco se tienen noticias acerca de qué fue de *Wandbrecher*.

Volvamos al Reverendo Diermissen. Una tarde de otoño, en la década del ´90, un feligrés que había enviudado; conocedor del gusto de su Pastor,

lo invitó para ver unos cuántos discos viejos que guardaba, algunos de los cuales habían pertenecido a su padre; y, otros más, a su abuelo.

—Yo ahora estoy solo, Pastor. Me vuelvo a Alemania para estar con mis hijos. Si gusta, esos discos son suyos. Si no, tendré que tirarlos.

Eran unos sesenta o setenta. Una vez que todas esas grabaciones estuvieron en su casa, el Reverendo se dio a la tarea de limpiarlos, escucharlos y clasificarlos. En su mayoría, eran clásicos de Schönberg, Von Webern, Weill y Krenek; folklore del centro y sur de Alemania; y muy pocos de jazz; en general, de agrupaciones desconocidas.

Uno de ellos, pertenecía a los *Jazzmänner aus Westend,* de los que Diermissen no encontró ninguna referencia, grabado por el desconocido sello WVK. En la cara A, versionaban *Heebie Jeebies,* de Boyd Atkins. En la etiqueta, se mencionaba a los músicos intervinientes, con nombre y apellido, aunque sin mencionar qué instrumentos tocaban. Y allí, refulgente a los ojos del Reverendo, aparecía el nombre: Kurt Kreuder.

Fue una epifanía, un golpe de puño en el pecho, un quedarse sin respiración. Sin embargo, consciente y cuidadoso, limpió el disco de pasta con agua destilada, jabón blanco y un cepillo de dientes de pelo fino, siguiendo las líneas de los surcos; lo enjuagó y secó con una tela suave. Luego, casi con veneración, lo colocó en el tocadiscos —un viejo Grundig Majestic valvular, modelo 1961; traído de Alemania, y que estaba en la congregación desde, más o menos, aquella época—, con un volumen moderado.

Y la música sonó.

El sonido era, como pueden imaginar y de seguro han escuchado alguna vez, algo latoso, con poco registro de graves y cerrado. Sin embargo, era claro. Diermissen pudo distinguir un piano, un violín, una batería y vientos: trombón, clarinete y… sí, trompeta. Allí estaba. Tenue, casi oculta.

A poco de empezar, el piano esbozó un solo, de apenas algunos compases; luego lo hizo la batería y después el violín. Quedaba claro que el director conocía la capacidad de Kreuder; porque pasaban los otros instrumentos, y no llegaba la trompeta; hasta unos diez o quince segundos del final. Entonces, en una variación que subía y bajaba sobre los acordes, empezó el solo; que desembocó en un DO —un agudísimo, al menos, DO 6 —, fuerte y brillante, que parecía no terminar.

El Reverendo escuchó un «¡crack!» que no venía del Grundig. Dirigió su mirada a la dirección desde la que, estimó, venía el ruido; y vio la grieta que se abría en su techo; junto con el final de *Heebie Jeebies.*

Varios de ustedes lo saben, Diermissen ayudaba, con entusiasmo, a quien lo necesitase en su parroquia. Así que, cuando el señor Sierich le comentó que necesitaba gente para demoler el paredón de las vías, porque la Municipalidad iba a parquizar la zona; él buscó a sus feligreses que, sabía, estaban sin trabajo y les ofreció la changa. Por otra parte, preparó el disco de pasta, su Winco E 2050, los parlantes del sistema de sonido de la iglesia; y allá fue.

Antes del final del solo de trompeta, el muro había caído.

Como es lógico, se corrió la voz.

—Pastor, ¿no me daría una mano con la piecita del fondo, que tiene como ochenta años y la humedad ya hizo desastres; antes que se caiga y lastime a alguien?

—Reverendo, ¿no me ayudaría con la pared que separa el comedor de la cocina, que quiero hacer un solo ambiente?

—¿No le daría una mano a la cooperadora de la escuela?

—Hay un paredón en la placita que…

Y allá iba Diermissen, con su Winco, sus parlantes y su música de demolición.

Así tiraron abajo la casona de los Soria, donde ahora está el Club Defensores; la vieja fábrica de calefactores, el molino García, el frigorífico de Ader y, cuando el terremoto del '98, los tres monoblocks de la Villa Loyola.

Cuando lo fueron a ver para que ayudara a demoler el Gasómetro de Villa Maipú, ese que estaba pegadito a la General Paz, se escusó, como siempre, de hacer trabajos para empresas constructoras que, según sus palabras «disponían de sus propios medios»

—Mi deber es hacer más liviano el trabajo de quienes, como el Señor, conviven con la pobreza.

En época de la crisis del 2001, el Concilio Luterano llamó al Reverendo Diermissen de regreso a Alemania, por unos meses, Sin embargo; cuestiones varias lo retuvieron allá; y, al final, nunca regresó a Ballester. Uno o dos años después, pidió a sus conocidos de la iglesia que le enviasen sus cosas, aquellas que no había llevado pensando en volver pronto. Al mes, agradeció el envío y preguntó si su *Heebie Jeebies* había quedado por aquí.

Aquí no estaba. Nadie, nunca supo más de él. Tampoco se sabe de alguien que lo haya usado otra vez.

No sé qué fue de la vida del Reverendo Diermissen.

Adriano Gattone

Daniel Frini nació en Berrotarán (Córdoba, Argentina) en 1963. Es Ingeniero Mecánico Electricista. Fue redactor y columnista en revistas humorísticas del interior del país. En 2000 publicó el libro "Poemas de Adriana". Colabora en varios blogs (”Químicamente Impuro"; "Ráfagas, Parpadeos"; "Breves no tan Breves"; "La Sonriente Cocina de Peloncha"; "Cuentos y Más"; "Educared-TamTam"; "La Oveja Negra"; "Antología Literaria", "Poemia", "La nave de los locos"; "BEM On Line", "Cuentos inverosímiles", "El Diario de Transilvania", "Ficcionario"), en publicaciones digitales (”Axxón", "Terrorzine" de Sâo Paulo, Brasil, y "miNatura" de La Habana, Cuba); y diversas revistas y periódicos en papel.

Ha sido publicado, eventualmente, en algunos otros blogs, ezines y revistas virtuales y publicaciones digitales: "Educared-TamTam"; "La Oveja Negra"; "Antología Literaria", "Narrar en Córdoba"; "La nave de los locos"; "BEM On Line", "Cuentos inverosímiles", "Gambeteando palabras"; "El Eclipse de Gilleme Drake"; "Alquimia y Ciencias", "El Diario de Transilvania", "Ficcionario"; "Antología Literaria"; "Bibliófilos (Colombia); "Creatividad Internacional"; "Cuentos inverosímiles"; "Cuentos Rain"; "Ediciones Javisa 23"; "El Espejo de Tinta"; "El Hamster y Otros Cuentos"; "Ficcionario"; "Il sogno del Minotauro" (Italia); "Internacional Microcuentista"; "Kerlames"; "La Comunidad Inconfesable"; "La cueva del lobo"; "La lectora impaciente"; "La mar di storia"; "Las armas del reino"; "Obscuramente"; "Por sus texticulos los conocerán"; "Revista de Azahar" (Cádiz, España); "Tales of Mystery and Imagination"; "Tallandolápiz"; "Un cuento al día"; "Zona Literatura"; "Noticias Día x día"; "Aire Nuestro" (Club de Lectura de la Biblioteca Jorge Guillén, del Instituto Cervantes de Milán, Italia.); Minifiction Blog (USA); "La idea fija", "Línea de crujía", "Microfilias", "Axxón"; "Micrópolis" (Lima, Perú); "Terrorzine" (Sâo Paulo, Brasil); "miNatura" (La Habana, Cuba), "Cronopio" (Bogotá, Colombia), "Thelunes" (Madrid, España); "Babelicus" (Roma, Italia); BEM on line (Madrid, España); "El Dinosaurios" (Colombia); "Lectures d'ailleurs" (París, Francia); "Fai Informazione" (Roma, Italia); "Tardes amarillas" (Santiago del Estero, Argentina); "Pegasus" (Milano, Italia); Penumbria (Chile); "Une auteure, des nouvelles" (Francia); etc

Y en publicaciones en papel; "El Litoral" (Concordia, Entre Ríos, Argentina); "Diario de los Poetas" (Buenos Aires); Suplemento "Enigmas" del diario "Noticias de Arequipa" (Arequipa, Perú); "Plesiosaurio Ficciones Breves" (Lima, Perú); "The Lunes" (Madrid, España); "La urdimbre" (Buenos Aires, Argentina) "La Luna de Pierrot" (Lima, Perú); "Atrapalabras" (Pergamino, Buenos Aires; Argentina); "Insolito e fantástico" (Milano, Italia.); "Río Revuelto" (Río Cuarto, Córdoba); "Manifiesto Azul" (España); Revista Cronopio (Medellín, Colombia); "Diario de la Región" (Resistencia, Chaco); "La Sirena Varada" (México), "El Rendar Revista Literaria" (Argentina); etc.

Integró, entre 2009 y 2014, el Grupo Literario Heliconia. Fue coordinador, entre 2011 y 2015, del Taller Literario Virtual "Máquinas y Monos" de la revista digital "Axxón". Desde 2010 pertenece al Movimiento Poetas del Mundo. Desde 2013 participa en el Laboratorio Literario San Martín Lee. Desde 2016 es socio del CILSAM (Círculo Literario de General San Martín). Desde 2018 es Columnista de la revista "Educación Alternativa

Un Vistazo" (Oaxaca, México) Desde 2019 es profesor en la Escuela de Escritores del Círculo Literario de General San Martín. Algunos de sus relatos y poemas han sido traducidos al inglés, francés, valenciano, italiano, portugués, húngaro y uzbeko.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: "SISENEG" EN "82 FICCIONES APOCALÍPTICAS" (nº 163), "LA MEDICINA ES UNA CIENCIA EXACTA" EN "FICCIÓN BREVE (49)" (nº 198), "A DIOS POR FERMAT" EN "FICCIÓN BREVE (CINCUENTA)" (nº 199), "RECHAZO" EN "FICCIÓN BREVE (CINCUENTA Y UNO)" (nº 200), "CI YACET PULVIS, CINES ET NIHIL" EN "FICCIÓN BREVE (CINCUENTA Y DOS)" (nº 201), "EL FANTASMA MÁS VIEJO" EN "FICCIÓN BREVE (CINCUENTA Y TRES)" (nº 202), "LEY DE LA CREACIÓN" EN "FICCIÓN BREVE (CINCUENTA Y CINCO)" (nº 204), "EL GUSLAR" EN "FICCIÓN BREVE (CINCUENTA Y OCHO)" (nº 209), OPERACIÓN "OPERACIÓN" (nº 211), "EL ÁNGEL TERRIBLE" EN "FICCIÓN BREVE (SESENTA Y DOS)" (nº 218), "SIEMPRE LLEGO TARDE A TODOS LADOS" EN "FICCIÓN BREVE (SESENTA Y SEIS)" (nº 228), "QIANGYAN WANG" EN "FICCIÓN BREVE (SESENTA Y SIETE)" (nº 231), "ÉRAMOS UN MILLÓN DE ANIMALITOS CIEGOS" EN "FICCIÓN BREVE (SESENTA Y OCHO)" (nº 233), IMÁGENES (nº 234), "TEORÍA DE LA EXTINCIÓN DE LAS ESPECIES" EN "FICCIÓN BREVE (SESENTA Y NUEVE)" (nº 236), "TROYANO EN EL CABALLO DE TROYA" EN "FICCIÓN BREVE (SESENTA Y NUEVE)" (nº 236), "LA BALADA DE DUIR Y SU AMOR GALANTE" EN "FICCIÓN BREVE (SETENTA Y SEIS)" (nº 264), "SUPONGO QUE OÍSTE HABLAR DE GREGOR SAMSA" EN "FICCIÓN BREVE (SETENTA Y SIETE)" (nº 265), "UNA ISLA HERMOSA PARA NAUFRAGAR" EN "FICCIÓN BREVE (SETENTA Y SIETE)" (nº 265), "DER RATTENFÄNGER" EN "FICCIÓN BREVE (SETENTA Y OCHO)" (nº 266), "LA FABRICACIÓN DE NAVAJAS EN TIERRAS DE LOS GIGANTES" EN "FICCIÓN BREVE (OCHENTA)" (nº 276), "RECOMPENSA A LOS ACTOS DE ESTÚPIDA BONDAD" EN "FICCIÓN BREVE (OCHENTA)" (nº 276), "TWISTER" EN "FICCIÓN BREVE (OCHENTA)" (nº 276)

Un visitante de Carcosa

Javier Garrido

[image] **VENEZUELA**

Apenas terminaba de colocar en la bandeja de mi alta fidelidad el disco plateado de *In C*, de Terry Riley, y aún no había tenido tiempo de empezar a escucharlo, cuando todas las luces del apartamento parpadearon. Esto duraría, quizás, unos dos o tres segundos; enseguida me agredió una vaharada de un olor picante y metálico, que me hizo toser.

Fue en ese justo momento, o a lo mejor un instante antes, que supe con absoluta certeza que *alguien* aguardaba ante mi puerta.



Ilustración: Pedro Bel

Miré el reloj y vi que eran ya las 11 y 11 minutos; de *la noche*, por supuesto. ¿Quién carajo podía molestar a esa hora? No esperaba a nadie tan tarde. Se me ocurrió que podía ser el conserje, o quizás mi vecina, la rubia del 4-A (¡sueña con eso!), aunque lo cierto es que ella pasaba de mi desde aquella aciaga ocasión en que me pidió ayuda para recuperar a su perro, un *Golden Retriever* lerdo, viejo y legañoso, que se le había escapado mientras lo paseaba por el parque, y yo no había tenido mejor idea que responderle que era más compasivo permitirle a la pobre bestia encontrar su propio destino. Casi con toda seguridad, esta *boutade* de mi parte hubiera quedado en nada, de no haber aparecido a las pocas horas el animalito tirado en una zanja, mutilado con sevicia y con el cráneo hundido a golpes. Hace unos pocos meses ella sustituyó al can fallecido con un babeante y pavoroso *bull terrier* atigrado que se la pasa todo el día ladrando, pero el ambiente en el ascensor cada vez que coincidimos sigue resultando glacial. Por lo visto, nunca ha logrado sacarse de la cabeza que mi persona, a pesar de ser su

subyugado devoto, algo tuvo que ver con el sombrío final de su previa mascota. No puedo descartar que las virulentas calumnias y embustes del conserje y de la vieja murmuradora del segundo, empecinados en hacerme pasar por un crápula, no hayan jugado algún papel en perpetuar esta enojosa situación.

Fui a abrir, atónito por no recordar si había escuchado que tocaban.

Pues no, no era ni el conserje, ni mi vecina la rubia; ni tampoco un testigo de Jehová, ni el cartero, ni un vendedor de enciclopedias, ni un músico ambulante. Aquel extraño que sin avisar se había presentado a mi puerta penetró en mi morada con desenvoltura y naturalidad, sin mediar una explicación o un saludo, sin pedir permiso o como si no lo necesitara. Se detuvo en medio de la habitación y dio una mirada circular que apenas se detuvo una fracción de segundo en el reloj de pared, en el aguafuerte en que figura a un paseante en una calle solitaria, en la biblioteca y en mi colección de discos de música clásica, y acto seguido fue a sentarse en la butaca de cuero negro, aquella que reservo en exclusiva para mis meditaciones y que por supuesto *jamás* ofrezco a mis muy eventuales invitados. Justo aquella en la que pensaba repantigarme para escuchar por vigésima vez *In C*.

Tras usurpar mi sillón favorito el desconocido se dedicó a hacer… nada, nada en *absoluto*. En vano espere alguna explicación o al menos un gesto de su parte, pero él se limitó a dejar vagar la mirada en el vacío y a mover de manera casi imperceptible los labios y los dedos. Yo aproveche para controlar si en el rincón al lado del refrigerador se encontraba mi salvaguarda, una barra de hierro redonda de tres octavos, de unos cincuenta centímetros de largo, con los últimos quince forrados de cinta negra aislante a modo de cómodo asidero. Por regla general, nunca les abría la puerta a forasteros sin tenerla al alcance de la mano; lo de esta noche había sido un claro despiste de mí parte.

A los pocos minutos no aguante más.

—Disculpe amigo: ¿puedo saber la razón de esta inesperada y para nada placentera visita? Y por cierto ¿se encuentra cómodo? —lo interpelé, procurando que mis palabras tuvieran una inflexión sarcástica que no se prestara a dudas.

El extraño me miró como si apenas entonces acabara de advertir mi presencia.

Mi indeseado huésped era alto, macilento, descoyuntado, contrahecho, con los miembros tan largos que remedaban las patas de un insecto monstruoso; parecía tener demasiadas articulaciones en las manos, y sus dedos eran muy finos, como de muchacha. Su cuello era largo y huesudo y

los labios gruesos, los pómulos y los ojos orientales y las orejas gráciles, pequeñas y abocetadas. No llegué a advertir si tenía cabello, pero su piel era muy pálida, e irradiaba una especie de luminosidad opaca que hacía difícil mirarlo directamente; también resultaba complicado dilucidar donde terminaba esta y donde comenzaban sus vestiduras, si es que las usaba. Como contraste con esta parquedad, sus dedos de niña exhibían una insultante abundancia de anillos pesados y relumbrantes saturados de piedras preciosas, que despertarían la envidia y la codicia de un tahúr, de un mafioso ruso o de una *madame* de burdel.

No logré discernir el color de sus ojos, pero sí que olía un poco a tierra, a almizcle y a podredumbre, aunque ese hedor no llegaba a resultar en realidad desagradable.

—¿Señor? —insistí—. ¿Puedo saber a qué obedece su presencia? ¿Puedo ayudarlo en algo? —Y respiré con alivio cuando mis dedos rozaron el extremo de la barra de fierro. Mi puño se cerró sobre el mango, e incluso llegué a levantarla un par de centímetros del suelo. Se sentía tan plena y poderosa como de costumbre.

Por lo visto, aquel engendro entendió por fin que no podía seguir ignorándome y que lo correcto era responderle al dueño de la casa:

—Mi intención no es importunarlo. Puede estar seguro de que no represento peligro para su integridad física —su pronunciación era correcta hasta la afectación y su voz apenas un hilo, átona y fría, de una flacidez tan viscosa como repelente.

—No, si eso ya me lo imaginaba —le repliqué, burlón, aunque no estaba muy seguro de que percibiera los matices—. Pero igual necesito saber qué hace aquí sin ser invitado y porque se ha sentado en mi sillón favorito sin pedirme permiso.

—Debo asumir que este espacio es su hábitat acostumbrado —continuó—. Repito, mi intención no es importunarlo, pues mi estadía aquí no se prolongará más allá de un total cincuenta y tres de *sus* minutos. Es libre entretanto de desempeñar sus actividades usuales haciendo caso omiso de mi presencia.

Cincuenta y tres minutos: o sea, hasta las doce y cuatro, pasada la medianoche, a partir del momento en que se presentó a la puerta. Aun así, me parecieron demasiados minutos, pues uno no puede ir por el mundo invadiendo los apartamentos de otros a horas intempestivas, ni mucho menos usurpar butacas ajenas, y luego pretender utilizar como coartada que se irá en *cincuenta y tres minutos*.

—Mucho me temo que las cosas no funcionan de esa manera, *señor*.

Necesito saber que pretende, o sea, las razones que ha tenido para irrumpir en mi vivienda sin ser invitado, y a esta hora tan avanzada. ¿Lo capta?

Me miró ¿dudando? y esta vez sí noté que sus iris eran pequeños y de color amarillo dorado, con pupilas verticales como de gato.

—Asumo que está resuelto a obtener esa información, así que deberé transigir para que no me haga malgastar mi tiempo —me respondió al fin —. Vengo desde Carcosa, ya que soy lo que usted debe considerar un viajero en el tiempo, aun cuando eso no sea estrictamente exacto.

—¿De Carcosa? ¿La misma Carcosa de Ambroise Bierce? ¿La de Robert Chambers? ¿Carcosa, a orillas del lago Hali, en las Híades cerca de Aldebarán?

Pero la verdad es que no pareció entender todas estas alusiones, lo que me irritó bastante más que su tosco intento de tomarme el pelo con semejante cuento.

—Carcosa es mi lugar de procedencia. Se encuentra a unos cincuenta y ocho mil años en el futuro de este su tiempo presente.

—Usted bromea, sin duda. ¿Quiere engañarme?

—No entiendo bien lo que significa para usted *bromear*. ¿Qué ventaja tendría para mí hacerlo?

—¿En realidad pretende hacerme creer que viene del futuro, y que en ese futuro dentro de no sé cuántos miles de años se sigue hablando castellano? Me está juzgando *muy mal* si me toma por tonto…

—Ignoro para qué debería juzgarlo a usted. Me parece que no requiere explicación que usemos la lengua más habitual en el punto explorado, así se trate de un dialecto rudimentario y obsoleto.

—¿Obsoleto? Si usted lo dice… ¿Y por qué yo?

—¿Usted? ¿Qué quiere decir?

—Ahora soy yo el que dice que parece *obvio* que ha venido aquí, a mi casa y a ninguna otra.

—¿Eso debería tener importancia?

—Por supuesto. Si yo fuera a viajar al futuro, o al pasado miles de años, procuraría al menos caer en un lugar interesante, así fuera durante cincuenta y tres minutos.

—Compruebo que usted no entendió en realidad lo que le dije; aunque eso ya me lo esperaba. Como le advertí antes, no soy un viajero en sentido estricto.

—¿Y eso que tiene que ver con lo que le pregunté?

—La verdad, ignoró cual es la relevancia de toda esta inquisición.

—Para mí es importante, si no, no insistiría.

—En realidad, preferiría no continuar con este diálogo. Ya le dije que mi tiempo aquí es muy limitado.

—¿Y de verdad tiene alguna utilidad emplearlo en quedarse sentado ahí mirando al vacío? Por lo menos, podría salir a la calle y hacer un recorrido por los alrededores.

—Eso es imposible. Además, no estoy mirando al vacío: mis canales sensoriales son mucho más diversos y complejos que los suyos.

—¡Ah, claro! No faltaba más… Y dígame, ¿puedo saber al menos cuál es su nombre? ¿Cómo debo dirigirme a usted?

—¿Nombre? Cierto, en esta época existía ese concepto; pero está en desuso entre nosotros. No es necesario que se dirija a mí de ninguna forma.

Era claro que mi visitante lo que único deseaba era que me callara y guardara silencio, razón más que suficiente para que yo apeteciera seguir espoleándolo. ¿Qué se puede hacer? Los humanos del siglo XXI somos así.

—¿Y entonces? ¿No piensa aclararme los motivos por los que está en mi casa, y no en alguna otra? ¿Por qué en el apartamento 4-C, y no en el 4-A, o en el 5-B? ¿O mejor, en la manzana de enfrente?

Por primera vez noté, no sin perverso deleite, cierto dejo de impaciencia e irritación en su tono de voz.

—Debo asumir que en esta época la hospitalidad está divorciada de las virtudes del silencio y de la urbanidad. Haré un esfuerzo por explicárselo de manera simple, para que me deje continuar con mi cometido, aunque pongo en duda que lo entienda. La línea espaciotemporal en ocasiones se dobla y pliega sobre sí misma, haciendo que dos puntos del continuo, un punto del pasado y un punto del futuro, coincidan y se intercepten. A esa interceptación le llamamos punto *Ji*. En el punto *Ji* es posible pasar de una línea temporal a la otra sin un consumo exorbitante de energía; es como pasar de una habitación a la de al lado. Los puntos *Ji* son infrecuentes, y más raros aún son los puntos *Ji* de transferencia viable. En la mayoría la yuxtaposición cae en el espacio profundo, o dentro de una estrella, o en un núcleo planetario, situaciones todas indeseables. En las raras ocasiones en que el punto hace coincidir entornos no hostiles, procuramos siempre aprovecharlo.

Tenía que admitir que aquello no estaba nada mal para usarlo en un

relato de ciencia ficción: cuando le diera fin a la redacción del séptimo volumen de mis *Memorias* quizás me animara a escribirlo.

—¿Y por qué no cambian de ubicación los esos puntos sin más?

—Tal y como anticipé, no entendió nada, aunque hubiera preferido equivocarme —dijo—. Los puntos *Ji* ocurren más o menos al azar. Los cálculos que nos permiten predecirlos se desarrollaron hace unos treinta y dos mil y trescientos años, la tecnología para aprovecharlos hace poco más de veintisiete mil y cien, y no anticipamos desarrollar los recursos tecnológicos para crearlos a voluntad en los próximos cinco o seis mil…

A estas alturas aún no había logrado dilucidar si mi huésped era un farsante, un loco, o si de alguna manera me estaba diciendo la verdad. O, al menos, *su* verdad.

—Hace mal en subestimarme —le repliqué—. Mis conocimientos científicos no son nulos, y soy un lector aplicado y aprovechado de Hawking y de Feynman. También he leído mucho a Lem. Pero, ¡qué cabeza la mía! De verdad que debo parecerle un desastre como anfitrión. ¿Puedo ofrecerle algo de tomar? ¿Un vaso con agua? ¿Quizás algún licor fuerte? Tengo whisky, vodka y tequila. ¿O prefiere la cerveza? Supongo que aún los toman. ¿Verdad? Lo contrario sería siniestro…

—No. Es innecesario que se preocupe; estoy bien así —y por más que se empeñó ya no pudo ocultar su creciente incomodidad—. Además, debo mantener mi interacción material con esta línea temporal al mínimo, y eso excluye la ingesta de tóxicos metabólicos.

—¿Las razones para eso son fisiológicas o morales?

—Ambas —me replicó, desabrido—. Por favor, déjeme ya.

—¿Por qué cincuenta y tres minutos?

Aquí murmuró en voz muy baja algo que no alcancé a comprender: una larguísima palabra fatigada de innumerables consonantes guturales. Supongo sería algo así como un *vete a la mierda* articulado en una pretendida lengua que aún tardaría eones en aparecer sobre este planeta.

—La interceptación, el punto *Ji*, es un punto matemático, un punto adimensional —dijo al fin, con evidente cansancio—. Pero por razones relacionadas con la incertidumbre cuántica el evento se define en una distribución de probabilidades que determina un esferoide de algo menos de cuatro metros de radio y con una duración de cincuenta y tres de sus minutos. Es por eso que estoy aquí y no en otra parte.

—¿Y usted no puede desplazarse *fuera* del fulano esferoide?

—Pudiera, en teoría. Pero sería inútil, y las consecuencias muy desagradables y sin la menor duda, indeseables para todos.

—¿Todos? ¿Quiénes “todos”?

—Todos. Absolutamente.

Por lo visto, tendría que conformarme con ese “todos”, pues no pude sacarle una palabra más al respecto. Opté por cambiar de estrategia y apartarme de las elucubraciones físico-matemáticas.

—Me dice que los nombres propios están en desuso en su época, pero compruebo que hay al menos una cosa que no parece haber cambiado: conservan la afición por el ornato corporal. Sus anillos son esplendidos, si bien me parece, y perdóneme la franqueza, algo recargado y hortera usarlos en semejante abundancia.

—¿Anillos? —y por primera vez lo vi confundido.

—¿De qué material están hechos? ¿Oro, platino? ¿De alguna aleación peculiar? ¿Y esas piedras que son? ¿Zafiros, esmeraldas…?

—No entiendo a qué se refiere con eso del “ornato corporal”. Quizá sea un modismo para el que no disponemos de equivalencia.

La evasiva para eludir el tema me pareció transparente.

—¿Sabe qué? Yo si me voy a servir un trago. De verdad me hace falta.

Mientras me servía una triple dosis de *Black Label* con hielo vi que mi huésped retornaba a su inmovilidad casi perfecta. Y digo *casi* pues si se miraba con atención se podía notar que sus labios se movían muy despacio, como orando. También caí en cuenta entonces de que en el equipo de sonido seguía reproduciéndose aún *In C*; y no era para menos, pues se trataba de la versión conmemorativa del vigesimoquinto aniversario, que dura nada menos que setenta y seis minutos y dieciséis segundos. O sea, que seguiría sonando incluso después de que aquel supuesto hombre del futuro hubiera partido.

—Y dígame —volví una vez más a la carga, paladeando el licor—. ¿No hay nada que usted quisiera preguntarme? Por lo que colijo, soy el único humano de esta época con el que tendrá ocasión de hablar. ¿No cree que puedo tener información importante que le interesaría a los suyos?

—No es de mi interés, ni es mi campo.

—¿No es su campo? ¿Y en realidad que es lo que investiga? ¿Historia, arte, biología, literatura, geografía, sociología, numismática, filología, semiótica?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Todo lo que usted menciona está involucrado.

—¿No dijo que no era su campo?

—*Usted* no lo es, claro.

Ese desprecio me dejó algo dolido, a pesar de no resultar injustificado.

—Usted vuelve a subestimarme. ¿Sabe? Soy escritor. Escribo novelas, sobre todo de terror sobrenatural y de ciencia ficción. Aunque la verdad es que ahora estoy dedicado a mis *Memorias*. Creo incluso que no es del todo imposible que usted haya oído hablar de mí. De hecho, acabo de publicar un libro, o como suele decirse, la tinta apenas se ha secado…

En realidad, mi última novela, *Los 120 días de los náufragos de Quaoar*, había resultado un completo fiasco. El crítico más benigno la había calificado de "*mera sucesión estrambótica de aventuras banales, intercaladas con escenas de alcoba a la vez innecesarias, pueriles y nauseabundas, una mezcla repulsiva y obscena de un Asimov borracho y saturado de hasta las cejas de hachís, con pornografía cyberpunk y un toque del marqués de Sade*" (y eso que era el que la editorial había contratado para que redactara la reseña de la solapa). Los menos benignos habían preferido calificarla sin ambages de *basura* y también de *vomito fecaloide sin redención posible*. Pero tampoco era cuestión de reconocerlo, así como así, ante un extraño del futuro.

—Eso es poco probable. Por favor, déjeme, el tiempo se está agotando y aun me queda por hacer.

—¿Cómo lo sabe, si ni siquiera ha preguntado mi nombre?

Antes de contestar mascullό otra vez entre dientes aquella palabra larguísima.

—Soy uno de los principales especialistas en esta época bárbara y estúpida —dijo con rencor—. De la mal llamada literatura tramada por sus contemporáneos se conservan apenas algunos fragmentos de un tal Homero, de Shakespeare, de Borges, de Wu Tang y de Alex Munroe. Es más que evidente que usted *no* puede ser ninguno de ellos.

Me embargó un brusco ramalazo de ira.

A todas estas, en mis idas y venidas yo había terminado ubicado a sus espaldas, y podía ver su coronilla recubierta de pelusa, sus orejitas deformes y traslucidas y su cuello largo y flexible, asomando sobre el respaldo de mi butaca favorito de cuero negro, esa misma que *jamás* cedo a ningún visitante. Juro por lo más sagrado que no hubo premeditación en lo

que ocurrió a continuación. Uno de mis indeseados biógrafos (o detractores) afirmó alguna vez con lengua ponzoñosa que antes de asumir la literatura como profesión ejercí las de ladrón, la de violador, la de falsificador, e incluso la de asesino. No entraré a discutir por enésima vez esos infundios, pero lo cierto es que debo admitir cierta fatal impulsividad en mi temperamento. Todo influyó: la rabia, el despecho, la grosería y descortesía de aquel hombrecillo hacia mi persona y mi época, muy a pesar de su crasa ignorancia (¡Homero y Shakespeare contemporáneos! Y eso, salido de los labios de un autoproclamado "*principal especialista*"). También estaban, por supuesto, el efecto desinhibidor del alcohol, y ¿por qué no admitirlo? la oportunidad, y aun cierto grado de calamitosa codicia.

Lo cierto es que mis dedos se cerraron alrededor de su cuello: este era tan delgado que los pulgares y los índices de las dos manos casi se solapaban por completo.

Apreté.

Sentí como cedía la carne esponjosa, y que los huesos de la columna crujían y se aplastaban bajo la presión de los dedos como si estuvieran hechos de galleta. No se debatió, ni hubo resistencia. La luminosidad opaca de la piel se apagó como una llama que se sopla, y su palidez fue sustituida casi enseguida por una oscuridad violácea. Al aflojar la presión, el cuerpo completo se escurrió hacia el suelo, formando un montón amorfo.

Miré el reloj: faltaba un cuarto para las doce. La visita del extraño había durado treinta y cuatro minutos: diecinueve *menos* de lo que él había previsto.

¿Qué ocurriría a las doce y cuatro? ¿El cuerpo se desvanecería sin otra consecuencia? ¿Convenía que eso pasara dentro de mi apartamento? Intuí por primera vez la inmensa estupidez de lo que acababa de cometer. Bien podía haber preguntado un poco más. ¿Qué me habría costado?

Para mi decepción, aquellos suntuosos anillos no resultaron ser tales: al mirar sus manos, descubrí que sus dedos se encontraban patéticamente desguarnecidos, aunque persistían unos círculos grabados en la carne, entre las excesivas articulaciones. En vano revisé su ropaje: este se limitaba a una única capa de tejido adosada a la piel, sin uniones ni cortes visibles. Logré desprenderla y descubrí que el cuerpo carecía de genitales o de cualquier orificio de excreción; no tenía tetillas, pero si ombligo, y a ambos lados del tórax, casi en las axilas, vi unos abultamientos negros de consistencia coriácea, cuya finalidad no alcancé ni a conjeturar.

¡Ah! Y su boca carecía de dientes y de lengua. Pero entonces, ¿cómo es que lograba hablar?

Ya me quedaba poco tiempo, y aún no estaba seguro de que lo que debía hacer, cuando se me ocurrió otra alarmante posibilidad: ¿y si alguien venía a buscarlo?

Lo más seguro sería sacarlo de mi casa, pero eso implicaba la obligación de llevarlo hasta la calle, pues no parecía sensato dejarlo junto a la puerta. ¿Y luego?

Luego, nada. Por suerte, ya empezaba a recuperar mi habitual sangre fría: si en verdad era un visitante del futuro, aquí nadie lo iba a echar de menos. Me bastaría con bajar el cuerpo hasta el callejón sin que me vieran, y dejarlo en cualquier lugar. ¿Por qué habrían de relacionarlo conmigo?

Claro, él había dicho algo sobre unas consecuencias "desagradables e indeseables", pero no tenía tiempo de ocuparme de eso ahora.

Sabía que debajo del fregadero tenía un hule gris que me vendría muy bien para envolver el cadáver; ni recordaba porque estaba allí, ni si yo mismo lo había comprado alguna vez. Acomodé el cuerpo en el centro y le plegué los miembros larguísimos y dislocados en posición fetal, lo que resultó sorprendentemente sencillo, pues era casi como si no tuviera huesos. Luego, até el bulto con unos trozos de cable eléctrico; para evitar dejar huellas improcedentes, utilicé guantes de látex.

¿Se podían sacar huellas digitales de las marcas de estrangulamiento? Esperaba que no.

El paquete resultó ser ligero y manejable: no pasaría de los quince, o, a lo sumo, veinte kilos.

Faltaban tres minutos para las doce cuando llamé al ascensor.

Al abrirse la cabina en la planta baja vi que, a pesar de lo avanzado de la hora, el conserje aún deambulaba por el portal del edificio, con su escoba en la mano. Parecía estar buscando algo: acaso alguno de los gatos de la vieja bruja del quinto piso. En vista de esto, para evitarme preguntas y miradas indiscretas, me convenía salir por el estacionamiento.

Tras comprobar que la calle estaba vacía, caminé hasta el contenedor de la esquina, lo abrí con el pedal y dejé caer adentro el cuerpo, que hizo ¡plof! al chocar contra el fondo. Hora de regresar.

Cometí entonces dos errores, atribuibles acaso a mi falta de práctica: el primero, dejarme llevar por el puro hábito y caminar hacia el portal del edificio, en lugar de regresarme por donde había venido; el segundo, no quitarme los guantes de látex. El tercero (porque tenía que haber un tercero) fue dejarme ver por el conserje. Me vio antes de que tuviera oportunidad de arrepentirme, y calculé que retroceder o pasar sin hablarle resultaría más

sospechoso que andar afuera a esa hora.

—Buenas noches —me adelanté.

—Buenas noches, señor.

—¿Que hace aquí afuera tan tarde?

—Estoy buscando a Gaspar.

—¿A Gaspar?

—Es uno de los gatos de la señora Olga. Se escapó hace rato.

—¿Será el persa azul?

—Ese mismo. Es su favorito. ¿No lo habrá visto?

—La verdad, no he visto ningún gato. Solo salí a tomar aire.

—¿Y por qué lleva guantes? Qué extraño…

—Errrrr… la verdad, por nada en particular. —masculle, sin la menor convicción, pero igual me los quité y los guardé en el bolsillo, mientras comenzaba a sopesar si sería preciso un segundo homicidio esa misma noche; esperaba en verdad que no, aunque el conserje no me cayera precisamente bien—. ¿Piensa quedarse afuera mucho tiempo más?

—Hasta que consiga a Gaspar. ¿Tendrá hora?

—¿Cómo dice? ¿La hora? Claro, son las doce y cuatro —y noté que de golpe había empalidecido—. Pero, ¿qué le ocurre?

Seguí su mirada. En el cielo occidental, una negrura absoluta comenzaba a devorar la noche.

Javier Garrido, nació en Caracas, Venezuela, en 1964. Es médico. Ha publicado relatos en *Letralia*, *Culturamas* y *Extrañas Noches*. Libros publicados: *Viernes* (cuentos). Porlamar, 1992; *La muñeca descalza* (cuentos). Porlamar, 1993 y *Abbadón y otros cuentos siniestros*. Amazon, 2018.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: LOS DEL PISO DE ARRIBA SIEMPRE GANAN (nº 294)

El equilibrio perdido

Germán Blando

[image] **ARGENTINA**

Se acomodó en su mullida silla frente a uno de los monitores y volvió a repasar todos los datos y configuraciones. Más que nada para pasar el rato hasta que se hicieran las nueve de la noche. Hacía tiempo que no se sentía así de exultante. Para reforzar ese gran sentimiento le dio otro trago a su PowerUp. Apenas fue consciente de cómo esa dulzura líquida acariciaba con frescura su lengua y le pasaba a través de la garganta. Faltaba poco, muy poco. La cuenta regresiva en una de las esquinas del monitor frontal indicaba cuatro minutos y dieciocho segundos.



Ilustración: Pedro Bel

Allí en su laboratorio Rolando siempre se sentía más cómodo y protegido. Como un pez en el agua. Un tiburón solitario desplazándose a través del oscuro océano en busca de la siguiente presa. Bueno, no tan oscuro. El cuarto no tenía ninguna ventana pero estaba muy bien iluminado y climatizado. Se encontraba abarrotado de monitores, computadoras y dispositivos electrónicos pero de alguna manera lograba mantener un cierto equilibrio entre el orden y el caos. Sin embargo aquel reducto representaba solo una excepción. El resto de la casa era un desastre. Sencillamente era incapaz de reunir la suficiente voluntad como para arreglar algo. Antes por simple desgano, y ahora porque estaba abocado cien por ciento a su último proyecto. Y lo de “último” sería probablemente en más de un sentido.

Desde que se le había ocurrido la Gran Idea unos meses atrás, su entusiasmo solo había ido en aumento. La monotonía de su existencia se había esfumado de repente como una nave entrando al hiperespacio. Una y

otra vez su mente se abstraía de la realidad cotidiana para perfeccionar el plan y resolver algún que otro asunto pendiente. Y cuando por fin lograba idear una solución a algún problema circunstancial que se le presentaba, lo recompensaba una agradable sensación de felicidad. Todo esto no podía más que confirmar que aquello era lo que debía hacer. En cierta forma hasta llegó a pensar que había nacido para hacer esto.

No habían pasado más de un par de meses pero le parecía toda una eternidad. Su Gran Idea había nacido una noche cualquiera de marzo mientras estaba tirado en el sillón de la sala de estar leyendo las noticias a través de sus lentes VR. Eran en general más de lo mismo: superpoblación mundial, escases de recursos, los discursos a favor y en contra del control de natalidad, un análisis político de cara a las elecciones interpresidenciales del próximo año… La sección científica también solía interesarle: en este caso publicaban un pequeño artículo detallando algunos aspectos técnicos del gran hito en la exploración espacial que significaba la misión no tripulada (léase tripulada pero solo por máquinas) al sistema estelar Alfa Centauri. La primera sonda humana destinada a explorar nada menos que otro sistema estelar. Realmente no tenían ninguna novedad que dar. Alfa Centauri estaba a más de cuatro años luz de la Tierra, por lo que cualquier tipo de comunicación mediante las viejas ondas de radio era inviable. Se enterarían del resultado de la misión cuando la astronave volviera a casa luego de atravesar el espacio alterno, dentro de un par de meses. O tal vez no volviera, pero en cualquier caso eso al menos ya sería una noticia de verdad.

Y por fin llegó a lo realmente interesante: las noticias relacionadas con los avances de la Inteligencia Artificial. Una marcha de abolicionistas había descargado su ira contra un robot de vigilancia con el que se habían topado por casualidad en el ingreso al estacionamiento de un centro comercial. Había un video que daba la impresión de haber sido captado por la cámara de seguridad de un drone, y mostraba como los manifestantes se amontonaban alrededor del robot y lo agredían con objetos contundentes de lo más variados. A pesar del empeño puesto en el asunto, la turba apenas había logrado abollarle un poco su reluciente carcasa metálica. La estúpida máquina avanzaba y retrocedía en el mismo lugar buscando una vía de escape inexistente, ya que empujar a los humanos para abrirse paso no era una opción aceptable dentro de su programación de base. Otros robots de vigilancia del mismo establecimiento acudieron al lugar, pero según decía la nota como carecían de cualquier tipo de armamento y compartían la misma programación pacifista, simplemente se limitaron a registrar la agresión con sus cámaras mientras se comunicaban con la policía. La

trifulca terminó rápidamente cuando por fin llegaron al lugar las patrullas policiales. Para ese entonces ya había varios robots abollados. Los policías eran todos humanos y ellos por lo visto sí que tenían la opción de aplicar la violencia física. El saldo final de la revuelta fue seis robots abollados, veintitrés activistas heridos y once detenidos.

La noticia que leyó a continuación fue el precursor de su Gran Idea. Un vuelo internacional en el que viajaban 231 pasajeros y un solo tripulante había desaparecido mientras volaba sobre el Atlántico. Había un solo tripulante porque el resto de la tripulación eran, cómo no, máquinas. Los aeromozos eran robots y los pilotos habían sido reemplazados por una IA de navegación que comandaba la aeronave de manera autónoma. Todo esto ya lo sabía por otras noticias previas. Lo realmente novedoso del caso era que por fin habían encontrado los restos del aparato siniestrado y analizado el registro de la caja negra. ¡Y las primeras conclusiones eran que la IA de navegación había sido saboteada! Nadie estaba seguro cómo había podido suceder tal cosa pero hasta el momento toda la evidencia apuntaba a un empleado de mantenimiento que había accedido al sistema de control aéreo de la IA justo antes del fatídico vuelo. Lo cierto era que en un determinado momento el avión simplemente había comenzado a perder altitud en una trayectoria suicida hasta zambullirse en las aguas del océano a una velocidad de 450 kilómetros por hora. El grupo extremista Resistencia Humana había emitido un comunicado adjudicándose orgullosamente el atentado, asegurando que uno de sus integrantes había perpetrado el sabotaje para que todo el mundo tome conciencia de que la inteligencia artificial no era tan confiable como nos querían hacer creer. Además también habían invitado a unirse a su causa a los millones de personas que pensaban igual que ellos, asegurando que cualquiera que atentara contra las IAs en nombre de Resistencia Humana sería reconocido, honrado y recordado como héroe por todos los miembros de la organización.

El atentado había despertado en Rolando sentimientos contradictorios. No es que le importaran mucho los hombres, mujeres y niños que viajaban en ese vuelo. Era de la opinión que muchas veces el fin sí justificaba los medios. Y se podría decir que él se identificaba profundamente con la cruzada anti-IA de Resistencia Humana. Es más, lo reconfortaba el hecho de saber que muchos pensaban igual que él y estaban dispuestos a resistir la invasión de inteligencias artificiales que asediaba al mundo entero. Pero por otro lado, también tenía la sensación de que un atentado como ese no ayudaba demasiado. Simplemente porque no se logra concientizar a las personas matándolas. Siempre podía haber algún que otro daño colateral, eso lo podía aceptar sin problemas. Pero matar a 232 civiles para destruir

un solo avión de pasajeros autónomo era excesivo. Y fue en ese preciso instante cuando comenzó a tomar forma su Gran Idea. Primero fue apenas un murmullo produciendo ecos en su subconsciente. Tenía la certeza de que él podía hacer algo mucho mejor que ese burdo intento de adoctrinamiento social. Podía aceptar el desafío lanzado por Resistencia Humana y potenciarlo hasta lograr algo realmente superador.

La clave de todo el asunto era el hecho de que él trabajaba en Digiminds, una empresa contratista del gobierno que fabricaba cibercerebros para uso militar. Así era, formaba parte de algo que aborrecía. Esos cibercerebros eran IAs muy sofisticadas que gracias a su tamaño relativamente reducido podían ensamblarse dentro del cuerpo de un robot. Y paradójicamente él era uno de los integrantes del equipo de diseño. No solo eso sino que además era el mejor, pero daba igual. Si no era él, otro haría su trabajo y él pasaría a ser un desempleado más. No ayudaba demasiado estando afuera, pero alguna vez podría hacer algo grande si se mantenía dentro del sistema. Y no era solo un pretexto, más allá de que lo apasionaba el diseño de circuitos bioelectrónicos y ganaba un buen sueldo por ello. No era una simple excusa para acomodarse en uno de los pocos puestos de trabajo que se habían beneficiado con el auge de la inteligencia artificial. Además, siendo un diseñador sobresaliente en Digiminds evitaba cualquier sospecha sobre sus verdaderas convicciones. No eran excusas, se repetía una y otra vez. Y ahora había llegado el momento de demostrarlo pasando a la acción. Porque estando allí donde todo comenzaba, sabía perfectamente que su aparente estabilidad laboral tarde o temprano desaparecería cuando fuera más rentable comprar un supercerebro industrial que contratar a veinte ingenieros electrónicos. Y ese momento estaba mucho más cerca de lo que cualquiera de sus compañeros de trabajo estaba dispuesto a admitir.

Luego de esta primera revelación vinieron semanas de preparación y refinamiento, en las cuales su Gran Idea se transformó en un plan cuidadosamente urdido en todos sus detalles salvo uno: el objetivo final. Sobre ese tema tenía una idea somera pero los detalles deberían ser pospuestos hasta algunos días antes del golpe. Esas semanas de planificación fueron las mejores de toda su existencia. Pasó muchas horas de su tiempo libre dentro del laboratorio, buscando información en la Darknet y experimentando con circuitos físicos o virtuales. Tal era su nivel de excitación que prácticamente se abstuvo de visitar sitios porno y sus sesiones de sublimación se redujeron a un mínimo que hacía años que había superado con creces. Necesitaba que su cerebro trabajara a pleno y drogarse no lo iba a ayudar en absoluto.

Y por fin llegó el momento de actuar. El primer acto de su gran obra maestra. La mañana del día elegido llevó al trabajo algunos objetos especiales. Al poco rato de haber llegado se dirigió hacia los sanitarios, los cuales estaban vacíos tal como esperaba. Ese era uno de los pocos sitios en todo el complejo que carecía de cámaras de seguridad. Desmontó hábilmente una plaqueta del cielorraso para dejar al descubierto un router de red que estaba empotrado al techo. Tenía varias luces de diferentes colores que titilaban frenéticamente. No había tiempo que perder. Si alguien entraba al baño en aquel preciso instante, cualquier explicación que diera para lo que estaba haciendo resultaría cuanto menos poco creíble. Extrajo de un bolsillo de su pantalón un pequeño artefacto del cual pendía un cable. Conectó el extremo libre del cable al router y accionó un interruptor en el artefacto. Una diminuta pantalla monocromática muy rudimentaria le indicó que la nueva versión del software controlador para el router se estaba transfiriendo. No tardó prácticamente nada, pero desde su percepción se le antojó una eternidad. La nueva versión del software controlador había sido cuidadosamente alterada por él para que interfiriera el normal tráfico de red de una forma muy particular. En definitiva era un virus, pero de una clase altamente sofisticada ya que estaba destinado a ejecutarse en un microprocesador muy específico utilizado por el vendedor de esos modelos de routers. Satisfecho al ver completada la primera parte de su labor, desenchufó el cable, volvió a colocar el panel del cielorraso en su sitio y retornó a su puesto de trabajo para continuar con sus quehaceres diarios como todo buen empleado debe hacer, sumisa y obedientemente.

Una hora más tarde en las oficinas de Digiminds reinaba el descontrol. El router hackeado había comenzado a afectar a otros nodos de la red, produciendo un efecto en cadena que en pocos segundos culminó en un colapso total. O casi, porque había ciertos paquetes de datos que Rolando sabía que pasarían sin problemas por aquellos nodos saturados. Sin embargo la mayor parte de las comunicaciones y las conexiones con los servidores se interrumpieron. Todos comenzaron a levantarse de sus puestos mientras se quejaban o hacían bromas con respecto a aquella atípica falta de conectividad.

Rolando aprovechó el alboroto para escabullirse por los pasillos hacia el depósito de productos listos para ser despachados. Al acercarse lo suficiente, un dispositivo de seguridad ubicado junto a la entrada escaneó los complejos patrones amarronados que surcaban sus iris. Normalmente él no tendría acceso a aquella zona, pero las comunicaciones del lector de datos biométrico, en lugar de ser bloqueadas, fueron redireccionadas a través de los nodos de red alterados por el virus hacia un servidor externo

alojado en su propio laboratorio. Y por supuesto ese servidor se encargó de enviar el correspondiente mensaje de aprobación para que la puerta del almacén se desbloqueara permitiéndole el ingreso. Sintió un gran alivio al escuchar el chasquido seco de la traba al ser liberada.

Entró en el depósito abarrotado de estanterías donde se ubicaban los productos terminados. Cerró la puerta tras él para reducir al mínimo la posibilidad de cualquier intromisión. Sabía que no tenía demasiado tiempo. El personal de infraestructura ya estaría trabajando para restaurar el normal funcionamiento de la red. No eran muy despiertos, pero no tardarían demasiado en encontrar y reemplazar el router que estaba saturando las comunicaciones con paquetes de datos erráticos. Y cuando lo hicieran, las cámaras de seguridad que ahora lo estaban filmando inútilmente volverían a transmitir su señal de video hacia los servidores de almacenamiento, dejando evidencia comprometedora para las futuras investigaciones que seguramente se realizarían si su plan se concretaba con éxito. Pero no valía la pena preocuparse por esos detalles ahora mismo. Ubicó la zona en donde estaban alojados los cibercerebros, se dirigió hacia allí y tomó uno cualquiera de una caja cuya etiqueta indicaba “Goro 3.5 - Fábrica Militar Andina III”. Estos cibercerebros viajarían apenas unos pocos cientos de metros hasta la fábrica militar que se encontraba muy cerca de las instalaciones de Digiminds, para luego ser montados en los colosales cuerpos metálicos de los robots comando tipo Goro. Y lo más importante, los que estaban en esa caja ya habían pasado las pruebas de calidad. Contempló por un segundo la placa que sostenía entre sus manos y pensó: *tú vas a hacer algo grande.* Sacó una herramienta multifunción del bolsillo de su pantalón y comenzó a desmontar con precisión quirúrgica el módulo de inicio de la placa base del cibercerebro. Cuando terminó guardó el microchip extirpado y sacó otro de su propia factoría. Con la misma herramienta multifunción soldó el nuevo módulo y por último volvió a dejar la placa base en su correspondiente caja. De esta manera, concluía con éxito el segundo acto de su brillante plan. Cuando volvió a la oficina, los de infraestructura aún seguían buscando el origen del problema de conectividad. Al parecer una vez más había subestimado la estupidez humana. Y él que se preocupaba por salir a tiempo de la zona restringida…

Y ahora, pasadas ya tres semanas de aquella (hasta el momento) anónima proeza, esperaba con impaciencia a que su nuevo Goro despertara. Ya se había despertado en una ocasión la semana anterior para recibir sus primeras instrucciones. En ese momento reportó que su cuerpo todavía no estaba completamente ensamblado. Rolando contaba con eso. Ya había terminado de diseñar el plan completo y tenía preparado el paquete de

instrucciones para indicarle a su nuevo sirviente mecánico los pasos que debía seguir. Y una de las primeras instrucciones era que volviera a despertarse aquel preciso día a las nueve de la noche para conectarse a sus servidores. Rolando miró por enésima vez aquella cuenta regresiva que se le estaba haciendo insoportablemente larga. Faltaba poco más de un minuto. Estaba a punto de hacer historia, y lo sabía. Pero todavía había muchas cosas que podrían salir mal. Sin ir más lejos, podría suceder que el robot ni siquiera se volviera a comunicar con él. Los militares podrían haber descubierto de alguna forma el módulo de inicio alterado durante las pruebas de calidad del robot ya ensamblado. O quizás estimó mal los tiempos y el Goro ya había sido transferido a alguna base militar lejana, de la cual seguramente sería casi imposible escapar, incluso para un Goro blindado.

La cuenta regresiva llegó a cero. Nada sucedió. El servidor continuaba esperando una comunicación entrante que no llegaba. A pesar de que la temperatura era agradable en el interior del laboratorio, sintió que se acaloraba y una fina capa de sudor se le formaba en la frente y la espalda. No podía fallar ahora. No luego de haber ido tan lejos. Y además él nunca fallaba. Luego de más de un minuto de interminable zozobra la comunicación por fin llegó, haciéndole soltar de pronto todo el aire que había retenido en los pulmones. Todo continuaba marchando bien. El sistema de geoposicionamiento del robot informaba que todavía se encontraba dentro de la fábrica militar. Estaba en un hangar junto a otras máquinas, algunas de su misma clase. Todos estaban esperando el traslado hacia sus destinos asignados. Rolando comenzó la transferencia de los planos actualizados de la fábrica militar que había podido conseguir días atrás gracias a horas de perseverante búsqueda por los recovecos más sombríos de la Darknet. Además también transmitió al robot la ruta de escape actualizada. Y lo más importante: el objetivo final. Podía sentir como el pulso se le iba acelerando. En unos instantes comenzaría la verdadera acción y el mundo entero por fin sería testigo del resultado de su excelente trabajo. Por supuesto no sabrían quién era el autor, pero al menos tendrían la certeza de que existía alguien en el mundo capaz de hacer semejante cosa. Sin embargo todavía había muchas probabilidades de que lo atraparan. Inmediatamente se corrigió a sí mismo: *No de que me atrapen, solo de que me descubran*. No había dejado ningún rastro en los sistemas de seguridad de Digiminds, pero el software alterado del router tal vez podría ser sometido a ingeniería inversa y lo que quedara del Goro luego de cumplir con su misión seguramente también sería sometido a un minucioso examen por parte de los ingenieros forenses. Además, aunque se suponía

que la Darknet era anónima, él sabía que eso no era del todo cierto. Por más nodos intermedios que uno pudiera agregar y a pesar de los avanzados algoritmos de encriptación, los servicios de inteligencia podían interferir, almacenar y encontrar el origen de las comunicaciones que se establecían por aquella sub-red que generalmente era utilizada para asuntos poco y nada legales. Incluso tenían programas espías que interceptaban y almacenaban algunas de aquellas comunicaciones de manera automática. En verdad no le importaba demasiado ser descubierto. Es más, tal vez hasta lo deseaba en cierta forma. Toda su vida había pasado desapercibido, como un insecto más del enjambre que iba y venía por un hormiguero superpoblado. Y eso no era justo porque él no era como el resto. Él podía hackear un robot militar blindado y transformarlo en su juguete personal. Entendía cómo funcionaban el hardware y el software de una forma tan profunda que muy pocas personas en el mundo podían siquiera imaginar. Y sin embargo nunca había logrado pasar de ser un simple empleado raso. Porque no importaba qué tan bueno fuera en lo que hacía, jamás sería el tipo simpático y afable que podía caerle lo suficientemente bien a su jefe como para que lo promoviera a un mejor puesto.

En cualquier caso, si lo descubrían jamás lo atraparían vivo. No les daría el gusto de que lo sometan a juicio personas que no sabrían distinguir entre un repetidor y un router. Muchas veces había fantaseado con la idea del suicidio. Y si ahora por fin debía ponerla en práctica, al menos habría sido por una buena causa en lugar de solo por estar aburrido de su vida. Y si no lo descubrían, bueno, simplemente planearía otro golpe más grande y espectacular para la próxima. De una forma u otra, el mundo comprendería por fin lo peligroso que podía llegar a ser jugar con la inteligencia artificial. Tenía la certeza de que los miopes de pensamiento que no podían ver más allá de su moralina barata lo criticarían. Pero las mentes realmente pensantes entenderían el mensaje y eso al menos encendería el debate. Y Resistencia Humana lo recordaría con honores por siempre. Con eso le bastaba.

El debate de ese día prometía ser de lo más interesante. Fernando Ferreira se sentía optimista al respecto. Tal vez incluso pudieran superar su propio record de audiencia. Fue caminando sonriente hasta ubicarse en medio del escenario mientras resonaba la ya clásica música de la presentación. A través de los lentes VR, en un rincón del campo visual podía ver la imagen que estaba saliendo al aire en aquel preciso instante. Se vio a sí mismo dominando el centro de la escena. El traje celeste semiformal que llevaba puesto aquel día se lucía a lo largo de su metro ochenta de estatura. Lo remataban los lentes anaranjados y el cabello

castaño claro prolijamente cortado y peinado. Tras él aparecían los tres invitados del día, sentados tras pequeñas mesas semicirculares individuales. Y más al fondo todavía, una enorme pantalla/pared que se extendía por todo el ancho del escenario mostraba por el momento solo el nombre del directo: Debate Ideal. El director de cámaras pasó a un plano más próximo a su rostro, en donde sus expresivos ojos celestes resaltaban tras los cristales de los lentes VR, haciéndole juego con el traje.

—Buenos días, tardes o noches para todos los que nos están viendo ahora mismo alrededor del mundo por streaming directo, y para todos los que nos verán luego en diferido —comenzó saludando alegremente—. Hoy tenemos un programa que promete ser muy muy intenso. Los invitados son de lujo y el tema que vamos a tratar es tan actual como controvertido: la inteligencia artificial. ¿Nos perjudica o nos beneficia? ¿Se puede frenar el avance de la tecnología? ¿Lo DEBERÍAMOS frenar? Pero antes de meternos de lleno en el tema, permítanme presentarles a nuestros invitados.

Se volvió hacia las mesas de los invitados y comenzó a saludarlos uno por uno, de izquierda a derecha.

—Comenzamos presentando al ministro de Ciencia y Tecnología para nuestra Alianza del Sur, el ingeniero Mario Campra. ¿Cómo le va ministro?

El director de cámaras pasó a un primer plano de Campra. El hombre de mediana edad esbozó una leve sonrisa. Su expresión era una mezcla entre placidez y algo de cansancio. Su pelo y bigote exhibían una tonalidad gris oscura. Lucía un traje tan formal como costoso.

—Muy bien Fernando. Muy contento de estar aquí esta noche con todos ustedes.

—Me imagino que en estos últimos tiempos, entre las protestas de los abolicionistas y los atentados deben haber estado bastante entretenidos, ¿no?

Los tenues vestigios de sonrisa desaparecieron por completo del rostro de Campra.

—Sí. En realidad el ministro de seguridad es el que está siguiendo más de cerca ese tema, pero es verdad que nosotros también ayudamos en todo lo que podemos. Sabemos que la gente quiere vivir en paz, y para eso estamos trabajando todo el equipo de gobierno. No solo a nivel de la Alianza del Sur, sino también con los ministros globales porque lo que estamos enfrentando es un problema mundial.

A Fernando la respuesta le sonó a discurso pre-armado sin demasiado sustento.

—Me parece perfecto ministro. Y ojalá que pronto podamos empezar a ver el resultado de todo ese esfuerzo que están haciendo.

A continuación se volvió hacia la mesa central.

—También nos acompaña hoy otro ingeniero, Alexis Derrickson, que además también es profesor y un reconocido filósofo experto en la problemática de la inteligencia artificial. Bienvenido ingeniero. Usted vive actualmente en Australia, ¿correcto?

Los atentos ojos grises del anciano lo miraron directamente. Los datos que aparecían impresos en los cristales de sus lentes VR indicaban que tenía noventa y cuatro años. Sin embargo conservaba aún todo su cabello, aunque de un color gris plata. Su rostro delgado superpoblado de arrugas daba cuenta del paso del tiempo y de una ausencia total de cirugías estéticas, pero por lo visto sus cualidades intelectuales permanecían intactas. Evidentemente había puesto más empeño en conservar lo de adentro antes que lo de afuera. Llevaba puesto una simple camisa y un pantalón de vestir. Respondió en un español sorprendentemente fluido, aunque no carente de un pronunciado acento anglosajón:

—Buenas noches, y gracias por la invitación. Así es, vivo en Australia aunque suelo viajar bastante seguido, más que nada para dar conferencias, pero también cuando presento algún nuevo libro.

—Y justamente en esta ocasión es por lo segundo, ¿no? Acaba de publicar un nuevo libro titulado "Inteligencia Artificial: en busca del equilibrio perdido"… —estaba observando una vista previa de la portada del libro en sus lentes.

En la pantalla gigante tras los invitados también apareció la misma portada.

—Sí, así es. Pero además también me han invitado de la universidad Tecnológica de Córdoba para una charla que di el día de ayer.

—Claro, me imagino que siempre debe estar muy requerido. Bueno, les comentamos entonces a todos nuestros seguidores que el nuevo libro del profesor Derrickson ya está a la venta en las principales tiendas de Internet para que lo puedan comprar y descargar en sus dispositivos —Derrickson asintió con la cabeza en gesto de agradecimiento—. En fin, le agradecemos que haya accedido a estar aquí con nosotros esta noche y esperamos que se sienta a gusto en nuestro directo y en general que la esté pasando bien en su estadía en la Alianza.

—Gracias. Hasta ahora estoy muy a gusto —respondió Derrickson con una sonrisa enmarcada de arrugas.

Fernando se movió hacia la mesa de su tercer invitado.

—Y por último pero no por eso menos importante, tenemos con nosotros al diputado por el partido Poder Popular Gerónimo Morales —el aludido sonrió e inclinó levemente la cabeza a modo de saludo—. Buenas noches diputado y gracias por haber venido.

La imagen se centró en Morales. Levaba puesto un saco gris con un corte un tanto anticuado. Llevaba el cabello rojizo muy corto, al igual que la barba. Sus pequeños ojos oscuros taladraban los de Fernando con intensidad. Al pié de la imagen apareció la leyenda: “Gerónimo Morales. Diputado interparlamentario. Partido Poder Popular”. A nivel mundial, su partido era el principal opositor de Fuerza Global, partido del cual tanto el interpresidente y el ministro Mario Campra formaban parte.

—Buenas noches y gracias a ti por la invitación Fernando —respondió con afabilidad Morales—. Mi mujer dice que hablo demasiado. Espero que después de este directo ustedes no piensen lo mismo.

Fernando sonrió educadamente.

—No, no lo creo. Este directo se trata justamente de eso, así que vino al lugar indicado —se desplazó nuevamente hacia centro del escenario —. Antes de escuchar las opiniones de cada uno me gustaría que veamos un informe del atentado de la semana pasada en Dubai. ¿Les parece? Adelante señor director por favor.

El director de cámara puso en pantalla el informe. La modulada voz en off de la locutora comenzó a relatar los acontecimientos:

—El lunes 9 de este mes en la ciudad de Dubai, un camión autónomo de transporte de caudales fue saboteado por integrantes de la organización extremista Resistencia Humana. Mientras transitaba por una calle céntrica, el camión súbitamente comenzó a apartarse del itinerario de su recorrido habitual e interrumpió la comunicación con el centro de control de tráfico. Más tarde logró ingresar en una importante calle peatonal, que a esas horas de la tarde se encontraba muy concurrida.

Mientras la locutora relataba los hechos acontecidos, se mostraban filmaciones del vehículo transitando por las calles primero, y luego accediendo a la peatonal tras esquivar hábilmente unos pilotes de protección. Una vez dentro de la peatonal el pesado camión blindado aceleró y comenzó a tropellar peatones, que o bien salían despedidos hacia algún lado o quedaban atrapados bajo sus ruedas. El video había sido editado, difuminando las escenas más explícitas. Pero ya Fernando había visto antes todos los videos completos, y a pesar de que no se consideraba una persona fácilmente impresionable, en verdad costaba sobreponerse a

aquellas imágenes. El cibercerebro que manejaba el camión no tuvo piedad con nadie. Hombres, mujeres y niños le daban exactamente lo mismo. Se podía apreciar cómo alteraba la trayectoria de su embestida mortal con el fin de impactar al mayor número de peatones posible. Un par de policías de a pie que estaban casualmente en el lugar comenzaron a disparar contra el camión, pero poco pudieron hacer las balas contra el blindaje. Apenas consiguieron reventarle un neumático, pero las ruedas tenían llantas de seguridad que le permitían seguir avanzando a pesar de todo. Eso sí, la conducción se volvió un poco más errática a partir de ese momento.

La voz femenina continuaba con el relato:

—En el interior del vehículo había cuatro guardias de seguridad armados, que en seguida se dieron cuenta de la situación y se pusieron en contacto con la central de policía. Pero no pudieron hacer mucho más, ya que ni siquiera ellos desde dentro tienen acceso al módulo de conducción autónoma. De esta forma, los cuatro quedaron atrapados como rehenes de la máquina fuera de control y apenas podían sostenerse mientras el rodado maniobraba bruscamente.

Ahora las imágenes de la peatonal de Dubai ya eran un caos total. La gente corría aterrada, se chocaban unos con otros, y el que caía era pisoteado por los que venían detrás o provocaba más caídas. Todos intentaban escapar del camión asesino metiéndose en el interior de algún comercio. Algunos lo lograban pero muchos otros no. Las imágenes habían sido obtenidas de cámaras de seguridad o filmadas por las personas que estaban en el lugar en ese momento. Ver las filmaciones era impactante, pero Fernando sabía que haber estado allí debió haber sido infinitamente más espeluznante.

—El camión pudo avanzar dos cuadras en total —decía en aquel momento la locutora—, dejando tras de sí un camino de muerte y desesperación. El saldo total del atentado fueron veintinueve muertos y cuarenta y tres heridos. Entre las víctimas mortales se encuentran también seis niños y dos bebés.

Finalmente el camión había quedado atascado en una esquina entre una pila amontonada de mesas, sillas y personas, y un pilote de seguridad. Pero la máquina ni siquiera en ese momento se daba por vencida. Se podía apreciar claramente como las ruedas traseras giraban una y otra vez intentando en vano salir del atasco, mientras que las delanteras giraban inútilmente porque no estaban haciendo contacto con ninguna superficie.

La locutora concluyó diciendo:

—Por este aberrante suceso fue responsabilizado un empleado de

limpieza que trabajaba como sub-contratado en la transportadora de caudales propietaria del vehículo adulterado. Su nombre es Abdul-Hamid Kader y cuando los grupos de tareas especiales lo tenían acorralado en su domicilio, se quitó la vida haciendo detonar un dispositivo explosivo de confección casera. En este segundo hecho perdieron la vida dos agentes de las fuerzas especiales y resultaron heridos otros cuatro.

La imagen paso nuevamente a Fernando, acercando el plano hasta su rostro solemne.

—Bueno, las imágenes ya hablan por sí mismas. Es una locura total. No se puede creer que existan personas capaces de concebir semejante atrocidad. Pero lamentablemente existen, y de hecho Resistencia Humana no tuvo problemas en adjudicarse el atentado —hizo una pausa para organizar mentalmente lo que diría a continuación—. Yo entiendo que hay gente que la está pasando muy mal, que perdió el trabajo hace tiempo y se siente excluida del sistema. Pero la violencia nunca puede ser la solución. Si hay alguna forma de salir de esto es dialogando como personas civilizadas. Y eso es justamente lo que pretendemos hacer esta noche en este directo —luego cambió a un tono un poco más animado—. En fin, ya todos saben cómo funciona esto. Cada invitado tiene cinco minutos para comenzar a exponer sus puntos de vista y luego comenzamos a intercambiar opiniones entre todos. Y los que nos están viendo no se olviden que al finalizar el directo pueden votar por el invitado con el que se sintieron más identificados.

Caminó unos pasos para aproximarse a Mario Campra.

—Comenzamos con usted ministro. Lo escuchamos.

—Bueno, por supuesto condeno totalmente este hecho y cualquier acto terrorista en general —comenzó aclarando Campra—. Además coincido con vos Fernando. Evidentemente hay mucha gente que se siente excluida, que hace tiempo que está desempleada, o también que se siente amenazada en su estabilidad laboral por los avances que se están haciendo tanto en el campo de la robótica como de la inteligencia artificial. De todas formas, eso no puede ser excusa para cometer atrocidades como la que acabamos de ver. No hay dudas de que estamos frente a un cambio de paradigma, y estos procesos siempre son traumáticos. Pero yo soy optimista con respecto a esto, y creo que es solo una cuestión de tiempo para que las personas y los gobiernos se adapten a las nuevas reglas de juego. Es un hecho que no podemos frenar el avance tecnológico. No se pudo hacer durante la Revolución Industrial y hoy seis siglos después es menos factible todavía. Entonces, lo que yo digo es lo siguiente: las empresas que están fabricando

robots y cibercerebros están obteniendo ganancias exorbitantes, porque la demanda es cada vez mayor. Por lo tanto, lo que podríamos hacer es comenzar a cobrar impuestos adicionales a este sector y usar ese dinero para ayudar en la transición a las personas que perdieron su puesto de trabajo.

De reojo Fernando podía ver como Morales garabateaba en el aire con un lápiz digital, escribiendo algo a través de la interface virtual de sus lentes VR.

El razonamiento de Campra era muy simple, pero a Fernando se le antojaba insuficiente. Aquello difícilmente se solucionara agregando un nuevo impuesto. Pensando en esto, se acercó al anciano Derrickson.

—Señor Derrickson, ¿qué opina usted al respecto?

—Yo estoy de acuerdo en parte con lo que dice el ministro Campra. Todos nosotros como sociedad tenemos que aprender a convivir con algo que ideamos nosotros mismos y ahora se nos fue de las manos por así decirlo. Pero creo que la respuesta va mucho más allá de crear un simple impuesto. Un problema tan complejo va a necesitar de una solución igualmente compleja. Recuerdo que en las viejas historias de ciencia ficción, las inteligencias artificiales de alguna forma u otra siempre fallaban, se revelaban y terminaban siendo nuestras peores enemigas. Hoy por hoy podemos afirmar que el mayor peligro al que nos enfrentamos no es que las máquinas se revelen contra nosotros —hizo un ademán con una mano levemente temblorosa para enfatizar sus palabras y luego le preguntó —: ¿Sabe cuál es el mayor peligro?

Fernando creía saber la respuesta, pero prefirió dejar que Derrickson continúe:

—¿Cuál sería? —se limitó a preguntar a su vez.

—El principal peligro al que nos enfrentamos es que las inteligencias artificiales funcionen demasiado bien, porque entonces poco a poco les vamos a ir cediendo el control de nuestras vidas sin que ningún robot nos tenga que estar obligando.

Por el intrauricular el director le informó a Fernando:

—Fer, tenemos una información de último momento que sería bueno comunicar. Se escapó un robot de la fábrica militar que está acá cerca de la ciudad. Cuando puedas, corta que ya tenemos un informe preliminar.

—…imposible resistir la tentación de pedirle consejo a alguien que nos supera intelectualmente pero que a su vez está a nuestro servicio —estaba diciendo en ese momento Derrickson.

—Disculpe Derrickson —lo interrumpió Fernando—. Me comenta la producción que tenemos un informe de último momento que está muy relacionado con todo esto que venimos hablando. Aparentemente un robot se acaba de escapar de la fábrica militar que tenemos instalada acá nomás, en las afueras de la ciudad de Mendoza. Por ahora no se mas que eso. ¿Le parece que veamos el informe y luego retomamos con lo que nos estaba contando?

—Si, por favor —accedió amablemente Derrickson—. Ahora me dejó con la intriga…

Fernando sonrió.

—Muy amable. Bien, veamos el informe entonces.

La transmisión cambió para mostrar una vista aérea de la fábrica militar. Al pié de la imagen aparecía una leyenda que decía: "Último momento: robot de infantería pesada fuera de control". Y luego en letras un poco más pequeñas: "Escapó de la fábrica militar Andina III". El informe comenzó mostrando una vista aérea de las instalaciones. Se podían ver varios hangares y un edificio administrativo a un lado. La misma locutora de siempre comenzó con el relato de los hechos:

—Hoy aproximadamente a las 21:00 horas, un robot blindado modelo Goro 3.5 se salió de control y comenzó a actuar de forma impredecible. Los datos que tenemos hasta el momento indican que se habría fugado a través del hueco de un ascensor para luego acceder a un sector de cocheras subterráneas. En el camino habría dejado un saldo de varios muertos y podría haberse apropiado del armamento de uno o más guardias de seguridad.

»En estos momentos es buscado intensamente por personal del ejército. Hay versiones que incluso señalan que podría haber tomado el control de un helicóptero civil, pero todavía no han sido confirmadas. Hasta el momento no hay ninguna comunicación oficial por parte del gobierno.

La transmisión seguía mostrando imágenes de la fábrica militar. Evidentemente todavía no disponían de ningún material gráfico del hecho para publicar. Probablemente todavía ni siquiera habrían llegado los reporteros hasta la fábrica. Fernando vio que tanto Morales como Campra estaban interactuando frenéticamente con sus asistentes digitales a través de sus pulseras de comando, sin dudas intentando conseguir algo más de información por su cuenta.

A falta de más información sobre el hecho en sí, el reporte comenzó a aportar datos técnicos sobre la máquina de guerra. Se mostraba su cuerpo blindado junto al de un humano para brindar una mejor perspectiva de su

descomunal tamaño. Un monstruo de metal gris articulado con cuatro brazos y dos metros de altura. El humano de estatura media a su lado le llegaba apenas al pecho y era la mitad de ancho. Por no mencionar que le faltaba otro par de brazos adicionales. Pero lo que más inquietaba a Fernando era su rostro. Tenía un par de ojos que brillaban con un fulgor rojo amenazante. Y bajo ellos, una especie de protuberancia obscura en lugar de boca.

La locutora pasó a describirlo:

—Los Goro 3.5 son un modelo de robot pesado de asalto diseñado y fabricado por el ejército de la Alianza del Sur para actuar en operaciones especiales. Su cuerpo humanoide le permite portar armas convencionales y conducir cualquier clase de vehículo diseñado para humanos. Está blindado mediante una aleación de alta resistencia y bajo peso. A pesar de eso, su peso total asciende a 250 kilogramos. Dispone de varios motores eléctricos y tensores que hacen las veces de músculos, pero pueden aplicar aproximadamente el triple de fuerza comparado con un soldado humano promedio. Sin embargo, este enorme poder también tiene sus límites. Una eficiente batería de aluminio alojada en su interior se encarga de proveer la energía necesaria para que todos estos motores y demás subsistemas funcionen. Realizando movimientos normales, tiene una autonomía de unas veinte horas. Pero ejecutando movimientos entre bruscos y violentos, su rendimiento puede bajar a entre dos y tres horas como máximo.

»Como dato curioso, el par de luces rojas en su cabeza no son sus verdaderos ojos, al contrario de lo que muchos podrían suponer. Son una simple decoración destinada a mostrar una imagen más intimidatoria a sus potenciales enemigos. Su verdadero mecanismo de visión está un poco más arriba, en el anillo negro que rodea la base del cráneo. Detrás de ese anillo hay múltiples cámaras que le otorgan una visión de 360 grados. Y lo que parecen ser pulseras negras en las muñecas de sus cuatro brazos son en realidad más cámaras de visión omnidireccionales. Todas estas cámaras pueden funcionar en modo normal, de visión nocturna y como sensores infrarrojos al mismo tiempo. Para completar el sistema sensorial también dispone de micrófonos de alto rendimiento, radar acústico y hasta un aerosensor que le brinda un sentido del olfato más sensible que el de cualquier mamífero. Por todo lo dicho, esconderse de un Goro no resulta una tarea sencilla.

Con lo expuesto hasta el momento bastaba y sobraba para que Fernando tuviera la certeza de que no convenía cruzarse en el camino de una máquina de matar como aquella. Pero todavía había más:

—Otro dato curioso es que el nombre de modelo “Goro” hace referencia a un personaje de un antiguo y sangriento videojuego de lucha, que también poseía cuatro brazos, gran tamaño y una fortaleza física sobrehumana.

»Los robots Goro 3.5 miden casi dos metros de altura y están dotados de un cibercerebro que les permite una autonomía de acción completa, aunque también pueden ser comandados de forma remota por un operador humano u otra inteligencia artificial.

»Para concluir, dispone de cuatro pequeños drones aéreos acoplados a su cuerpo, los cuales puede desplegar y controlar a distancia para obtener información táctica adicional en el campo de batalla.

El informe concluyó mostrando el logo del directo y luego volvió al plano de Fernando mediante un efecto de transición de fundido. Fernando vio su propia imagen proyectada en los visores de sus lentes y suspiró.

—Bueno, que se haya perdido una máquina como esta lo deja a uno sin palabras, más teniendo en cuenta que puede estar armado. Es realmente preocupante y esperemos que pronto lo puedan recuperar —luego retomó el ritmo más animado—. Pero bueno, estábamos escuchando al profesor Alexis Derrickson. Lo seguimos escuchando profesor…

Derrickson se aclaró un poco la garganta y luego dijo:

—Si bueno, comparto su preocupación por este tema Fernando. Más teniendo en cuenta que esto podría ser un nuevo caso de sabotaje de parte de algún grupo radicalizado. Porque la verdad me resulta bastante sospechoso que un robot se descontrole y decida escaparse así de repente… Veremos cuando todo se aclare —hizo una pausa para reflexionar—. Con respecto a lo que estaba diciendo antes, es verdad que el desarrollo de la inteligencia artificial introdujo un cambio profundo en el sistema económico capitalista. Destruyó puestos de trabajo, provocó desocupación, excluyó a muchas personas y redujo la demanda de bienes y servicios, hundiendo al mundo en la profunda depresión económica actual —hizo una pausa para beber un poco de agua de la copa que tenía sobre su mesa. Parecía cansarse por el simple hecho de hablar—. De todas formas creo firmemente que es posible alcanzar un nuevo equilibrio para convivir con las inteligencias artificiales. No me parece racional proponer la prohibición absoluta de la IA, como en la revolución industrial no era sensato prohibir las máquinas a vapor. Mi humilde propuesta es regular, limitar el coeficiente intelectual de las IAs en la mayoría de los casos. Usarla solo en tareas repetitivas y quedarnos los humanos con los puestos de trabajo más creativos y complejos.

—A mí particularmente me parece muy sensato lo que usted plantea profesor —admitió Fernando—, pero hay ciertas cosas que no me terminan de cerrar. Usted dice que hay que limitar la inteligencia de las IAs, pero fueron justamente supercomputadoras basadas en cibercerebros las que nos ayudaron a defendernos del asedio wag hace ya más de cincuenta años. Si en ese momento hubiera estado vigente una ley como la que usted propone, hoy con suerte seríamos una colonia alienígena. Y lo peor de todo es que pueden volver en cualquier momento…

Derrickson lo escuchaba con una leve sonrisa dibujada en sus labios. No parecía estar molesto por las objeciones a su discurso. Al contrario, daba la impresión de sentirse satisfecho porque alguien lo analizara de manera crítica.

—Tiene usted toda la razón Fernando. Debería haber varias excepciones contempladas en esa ley. Y una de esas excepciones serían los casos de amenazas a nuestra civilización.

—¿Pero entonces sí seguirían existiendo las supercomputadoras inteligentes?

—Sí, claro. Sólo que reservadas para casos extremos. Para el resto de los problemas más triviales, creo que es saludable que los humanos los sigamos resolviendo por nuestra propia cuenta.

—Excelente —concluyó Fernando, moviéndose hasta la mesa en donde se encontraba Morales—. Ahora es el turno de escuchar la opinión del diputado Morales.

Morales se acomodó un poco en su silla.

—Bien. Antes que nada, tengo el video de un testimonio que quisiera compartir con ustedes, ¿puede ser?

—Por supuesto —confirmó Fernando—. Direccione la transmisión al monitor tres, si es tan amable.

—Ok.

Morales interactuó unos segundos con la pulsera de comando de su asistente digital y luego el video apareció en la gran pantalla de fondo del escenario. Acto seguido la imagen se fue ampliando mediante un efecto digital hasta ocupar la totalidad de la transmisión del directo. Se podía ver el rostro de un hombre que no tendría más de cincuenta años. Su calvicie superior contrastaba con los cabellos grises, largos y desordenados a ambos lados de su cabeza y por detrás. Hacía varios días que debería haberse afeitado, salvo que se estuviera dejando la barba, aunque no parecía ser el caso. Miraba a la cámara con expresión muy seria.

—Mi nombre es Oscar Vargas, tengo cuarenta y tres años y soy ingeniero civil —sus palabras parecían arrastrar un profundo pesar—. Estoy casado y tengo tres hijos. Mi hija más grande va a la facultad, y los otros dos varones están cursando la escuela secundaria. Hasta hace dieciocho meses trabajaba en la empresa constructora Concrex, una multinacional que a muchos les sonará conocida. Formaba parte del equipo de diseño de grandes estructuras. Nos encargábamos por ejemplo de la construcción de puentes, represas y rascacielos. Fui despedido como parte de un proceso de reestructuración, en el que se están reemplazando ingenieros humanos por un único supercerebro especialista que la compañía adquirió hace algunos años.

»Desde ese momento estoy intentando reinsertarme laboralmente, pero hasta ahora no pude volver a conseguir trabajo como ingeniero. El dinero de la indemnización se nos terminó hace rato ya. Mi mujer nunca había trabajado, pero ahora empezó a hacer comida para vender. Yo por mi parte estoy dando clases particulares de matemática y física. Eso nos ayuda a subsistir, pero no mucho más.

»La mayoría de las grandes empresas constructoras están llevando adelante procesos de reestructuración similares a los de Concrex, y las más chicas pierden competitividad contra las grandes y se limitan a intentar sobrevivir.

»Yo no pido nada más que la dignidad de tener un trabajo. No es justo que una máquina nos reemplace, y tampoco me parece que sea una decisión inteligente. Las máquinas no cobran un sueldo, no se enferman ni se quejan, pero tampoco van a los supermercados a comprar comida. ¿Quién va a consumir en esta sociedad cuando todos estemos desempleados?

»Pienso que estoy siendo bastante objetivo cuando digo que este nuevo modelo está condenado al fracaso. Es más, ya estamos transitando ese camino. Sin consumidores no hay ninguna economía que se sostenga —sus ojos celestes comenzaron a brillar con lágrimas apenas contenidas—. Yo solo pido una oportunidad para seguir haciendo lo único para lo que soy realmente bueno y para lo que me preparé durante gran parte de mi vida…

La imagen quedó congelada con el hombre cubriéndose los ojos con una de sus manos. Volvió a minimizarse hasta ocupar nuevamente la pantalla del fondo del escenario, con Morales en primer plano mostrando su expresión austera.

—Esto es a donde nos están llevando la gente que hoy nos gobierna a nivel global —sentenció sombríamente mientras señalaba la imagen congelada—. Los niveles de desocupación no paran de subir. El último

informe dice que ya superamos el veinte por ciento a nivel mundial. Y mientras tanto tenemos políticos como el señor Campra que muy tranquilamente nos dicen que con un simple impuesto se va a solucionar todo. ¡Puras mentiras! ¿Si es tan simple qué esperan para ponerlo en práctica? ¡Ellos están gobernando! No solo el desempleo sube, sino que el consumo está bajando y el mundo entero está en recesión desde hace tres años. Acá hay una sola salida posible: tenemos que prohibir de una vez por todas la fabricación de inteligencias artificiales y robots. Y a los que ya se están usando hay que destruirlos. A todos.

Fernando aprovechó la pausa que hizo para consultarle:

—Ahora bien, ¿no le parece un tanto extrema esa propuesta?

—En absoluto —respondió al instante—. Este flagelo que estamos padeciendo nos obliga a tomar decisiones valientes y enérgicas. Y los planteamientos tibios como los del señor Derrickson son igual de inútiles que la inacción de Campra.

El discurso exacerbado de Morales lo empezaba a incomodar, pero trató de superar el rechazo para intentar mantenerse lo más objetivo posible. El político era conocido por su vehemencia y nunca había sido de su agrado. Demasiado extremista. Sin embargo, cuando la producción le mencionó que iba a ser uno de los invitados de aquella noche, tuvo que admitir que era el contrapeso ideal para una postura como la de Campra. Y lo más importante: casi seguro que aumentaría el rating del directo. Derrickson permaneció impasible ante el ataque de Morales, pero Campra no lo pudo dejar pasar:

—No es para nada verdad lo que dice este señor —comenzó a defenderse el ministro mientras sus mejillas se tornaban rosadas—. Nuestro partido tiene una propuesta concreta y estamos trabajando para presentar un proyecto de ley en el interparlamento para…

—¿Pero de qué propuesta me está hablando? —lo interrumpió abruptamente Morales— ¿Tirarle unas monedas a millones de desempleados para que sobrevivan como puedan de la caridad del Estado? Hágame el favor… Y ojalá fuera solo el problema del desempleo. Este robot que se acaba de escapar de la fábrica miliar demuestra lo inestable que es la inteligencia artificial. Imagínense si un simple transporte de caudales pudo matar a cuarenta personas, lo que puede hacer esta máquina de guerra asesina.

—Mire, primero que no fueron cuarenta muertos por el transporte de caudales —aclaró Campra visiblemente molesto—. Fueron veintinueve muertos y cuarenta y tres heridos.

—Escúcheme, —le respondió Morales lanzándole una mirada de desprecio— así haya sido una sola persona la que murió ese día, es una tragedia de todas formas. Y la responsabilidad es de todos los que defienden la IA como usted. Así que no me venga ahora a regatear el número de muertos como si me estuviera por comprar un auto usado. Se lo pido por favor…

A esa altura de la discusión, el rostro de Campra ya estaba visiblemente congestionado.

—A ver si ahora me deja terminar la idea—empezó una vez más—. Usted tergiversa absolutamente todo. Acá hay…, acá estamos hablando de atentados, atentados terroristas, y Resistencia Humana es la única responsable. Y no lo digo yo, lo dicen ellos mismos. Y-y estén seguros de que este robot que se escapó de la fábrica es probable que sea obra de ellos también.

A medida que se alteraba, su discurso se iba haciendo más impreciso, vacilante por momentos. Sin dudas eso era justamente lo que Morales estaba buscando. Ahora volvía al ataque:

—No descubrió nada nuevo señor ministro. Siempre hay una falla humana previa cuando una máquina se descompone. Pero a mí no me interesa si la culpa es de un terrorista o de un ingeniero electrónico que no hizo bien su trabajo. El punto es que cuando una IA se descompone, los resultados son catastróficos —luego continuó de forma más serena—. Pero no me sorprende en absoluto su forma de pensar —se dirigió hacia la cámara que lo estaba filmando—. Para aquel que no lo sepa, el señor Mario Campra es dueño de una empresa que se dedica a la fabricación de robots industriales. ¿Qué objetividad podemos esperar de su parte?

—¡Esto es el colmo! —estalló Campra indignado— ¡Usted…, usted no tiene ningún derecho a meterse con mi vida privada!

—Le recuerdo que usted es un funcionario público señor ministro —le retrucó Morales con una media sonrisa irónica—. Y yo acá estoy viendo un claro conflicto de intereses. Por favor cuéntele a toda la audiencia como fue que reemplazó por autómatas al noventa por ciento de todos sus empleados.

—Yo sé diferenciar muy bien entre lo público de lo privado. ¿O no escuchó cuando hablé de que los fabricantes de IAs y robots deberían pagar un impuesto adicional para mantener a los desocupados? ¡Mi empresa tendría que pagar ese impuesto también! —culminó Campara un poco más envalentonado.

Morales ni se inmutó. Se limitó a responder con otra pregunta. Su tono de voz sonaba muy controlado:

—¿Y con un par de billetes pretende solucionar el problema y limpiar su conciencia? Bueno, suerte con eso…

Como para enfriar un poco los ánimos, Fernando intercaló un comentario en tono de broma:

—¿"Billetes" dijo Morales? Ese comentario le sumó unos cuantos años de edad…

La primer idea que se le había venido a la mente fue *Algunas expresiones de este tipo hacen que Derrickson parezca un niño*, pero se suponía que aquel era un directo serio y además no tenía la suficiente confianza con ninguno de los aludidos. Dicho lo anterior, agregó:

— ¿Cuántos años hace que se dejó de usar el dinero físico?

Morales sonrió apenas.

—No importa. Mire, prefiero quedar como anticuado antes que como traidor de la humanidad.

—Bueno —replicó Fernando sin amilanarse—, creo que ya lo logró. Y me pareció escuchar antes también la palabra "moneda" ¿puede ser?

—Puede ser… —se limitó a contestar Morales recobrando la seriedad, aunque para nada enojado.

—Bien —comenzó Fernando en tono más reflexivo juntando sus palmas—, acá evidentemente tenemos dos posturas casi irreconciliables diría yo —luego se volvió hacia Derrickson—. ¿Y qué opina usted profesor de todo lo que se dijo hasta ahora?

—Estaba escuchando atentamente lo que planteaban Morales y Campra —empezó Derrickson—. En mi opinión ambos tienen un poco de razón. No es casual que la palabra "equilibrio" forme parte del título de mi último libro. Lograr ser equilibrado siempre es difícil, porque uno tiene que hacer un esfuerzo de reflexión adicional para decidir de qué forma resolver un determinado problema. Los extremistas no tienen que complicarse con eso, porque siempre van a intentan resolver todo de la misma manera.

—Creo que lo voy siguiendo —acotó Fernando—. Pero, ¿me podría dar un ejemplo concreto aplicado a esta problemática en particular?

—Sí, claro. Si aceptáramos el planteo del ministro Campra y de su partido, tendríamos cada vez más personas desocupadas cobrando un subsidio de por vida, y cada vez más robots haciendo lo que antes nosotros hacíamos. Y no estoy hablando solo de tareas rutinarias. Una inteligencia artificial se puede utilizar para realizar cualquier tarea. Pueden hacer el trabajo de un ingeniero, de un gerente o incluso de un político. Solo es

cuestión de que se abaraten los costos de fabricación y se reduzca el espacio físico que ocupan las IAs más sofisticadas. O sea que es solo cuestión de tiempo para que algún día terminemos teniendo que obedecer leyes redactadas por máquinas, las cuales se harían cumplir por un poder de policía robotizado. Porque no le quepa la menor duda de que van a poder hacerlo mejor que nosotros mismos.

Hizo una pausa para tomar un poco de agua. El vaso y su contenido temblaban levemente en el trayecto hacia los arrugados labios del anciano.

—Por otra parte —continuó ahora con su particular acento foráneo— como usted mismo mencionaba antes, si cincuenta años atrás cuando los wags hicieron contacto con nosotros, en lugar de acelerar el desarrollo de las IAs las hubiéramos prohibido tajantemente como sugiere Morales, ¿qué hubiera pasado después durante el asedio orbital de 2336?

Habríamos perdido, reflexionó Fernando. Luego de los primeros contactos con los alienígenas quedó en evidencia que su tecnología era muy superior. Tampoco era algo tan difícil de deducir, teniendo en cuenta que habían realizado un viaje de muchos años luz en una enorme astronave, cuando acá los físicos todavía aseguraban que la velocidad de la luz era un límite insuperable. En ese entonces los principales gobiernos del mundo, preocupados por las verdaderas intenciones de estos alienígenas, se habían puesto de acuerdo para invertir enormes cantidades de recursos en el desarrollo de tecnología militar. Y entre esas tecnologías dos de las más importantes fueron la inteligencia artificial y la robótica. Eso fue el comienzo del auge de los cibercerebros, gracias a los cuales luego se logró resistir el asedio orbital cuando las relaciones diplomáticas entre ambas especies terminaron por quebrantarse. A partir de entonces, las supercomputadoras aconsejaron las mejores estrategias militares y los robots las pusieron en práctica.

—Preferiría morir peleando contra los wags —intervino Morales con tono sombrío— antes que vivir esclavo de un electrodoméstico.

—Es que ahí está justamente la cuestión —se apuró en responder Derrickson—. No tenemos porqué elegir entre esos dos extremos. Lo más inteligente que podemos hacer es evitar ambos. Quiero decir, usemos los robots para tareas aburridas o peligrosas, y usemos las supercomputadoras solo en los casos más extremos. Permitamos que los cibercerebros ayuden a nuestros científicos, pero no dejemos que investiguen más allá de lo que nosotros mismos podamos comprender. Y luego dejemos que los humanos se encarguen de todo el resto, que no es poco. Probablemente sea conveniente reducir las jornadas laborales manteniendo los mismos niveles

salariales. Seguramente haya que hacer algunos otros ajustes también pero creo que a la larga podemos encontrar el punto de equilibrio.

Morales aplaudió tres veces de manera deliberadamente desganada:

—Bien, lo felicito profesor. Muy buen discurso. El problema es que la realidad es muy diferente a toda esa teoría académica que usted profesa. O sea, en los libros queda todo muy lindo, pero a la hora de poner todas esas brillantes ideas en práctica se va a romper la cabeza contra la pared del mundo real.

Derrickson pestañó un par de veces antes de preguntar tranquilamente:

—¿Me está usted descalificando por ser académico?

La simple pregunta obligó a Morales a suavizar su arremetida, aunque sea solo un poco:

—No, en absoluto. No se ponga usted en víctima, profesor. Acá nadie descalifica a nadie. Lo que quiero decir es que… —titubeó por primera vez en todo el debate—, por ejemplo con respecto a lo que usted decía sobre que los cibercerebros ayuden en la investigación científica. Lo que va a pasar en realidad es que seguramente nuestros científicos terminen siendo los ayudantes de los cibercerebros. Y si las IAs nos empiezan a llenar de lindos juguetes tecnológicos que nos hacen la vida más fácil y nos divierten, ¿quién va a estar en contra de eso?

El debate prosiguió a buen ritmo durante un tiempo más. Fernando solo tuvo que intervenir un par de veces para amortiguar los exabruptos de Morales. Pero tenía la percepción de que estaban logrando mantener un buen intercambio de ideas aquella noche.

Todo cambió la siguiente vez que escuchó la voz del director hablando a través de su intrauricular:

—Fer, cuando puedas manda un corte así… —una estridente detonación hizo que el director lanzara un grito mezcla de sorpresa y alarma.

La voz de uno de los asistentes se escuchó algo más alejada diciendo:

—¡Por favor! ¡Por favor no! ¡Por fa…!

Una segunda detonación idéntica a la primera cortó en seco las súplicas. A esa altura Fernando estaba bastante convencido de que se trataba de disparos. A medida que su cerebro comenzaba a procesar la nueva situación, un sentimiento de urgencia comenzó a aflorar desde lo más profundo de su ser. Estaban en plena transmisión del directo. Millones de seguidores los estaban viendo en aquel mismo instante. Él estaba a cargo de

la conducción, y por lo tanto tenía que decidir qué hacer a continuación.

Una vez más escucho la voz del director. Ya no parecía hablarle a él. Más bien parecía estarse hablando a sí mismo. Fue casi un susurro, pero las palabras fueron claras y penetraron en Fernando como si fueran balas:

—Mierda, el Goro, mierda…

Entonces hubo un tercer disparo. Ahora ya no tenía ninguna duda de que eran disparos. La certeza de que esa máquina de matar fuera de control estaba en el edificio y los estaba atacando le provocó un estremecimiento que le fue bajando desde la cabeza hacia el resto del cuerpo. Era como si el tiempo se estuviera ralentizando, y eso le provocaba una extraña sensación de irrealidad. Pero aquello era muy, MUY real. *¿Qué voy a hacer ahora?* La sala de control estaba en el piso 35 de la torre de Omniseñal, solo un nivel por debajo de dónde ellos mismos se encontraban. Allí trabajaban el director junto con otros dos técnicos. ¡Y acababa de escuchar exactamente tres disparos! Tal vez el robot los estuviera viendo en aquel mismo instante a través de los múltiples monitores que había en la sala de control. O peor aún, tal vez estuviera subiendo las escaleras, viniendo hacia ellos. En cualquier caso, tenía la certeza de que se encontraban bajo una auténtica amenaza y no disponía de mucho tiempo para reaccionar. Pensó en sus pequeñas hijas. Ellas lo necesitaban, y él necesitaba verlas crecer… Pero rápidamente volvió a focalizarse. Cuanto más pensara en sus hijas en ese momento, más probable era que nunca más las volviera a ver. *¿Qué voy a hacer ahora?* Allí en el estudio de grabación, el directo transcurría con normalidad, ajeno al peligro inminente y al torbellino emocional que erosionaba la parte analítica de su intelecto. Derrickson le estaba contestando algo a Morales en medio de aquel debate que de repente había perdido todo el sentido para Fernando. Podía ver al anciano moviendo los labios, pero sus palabras le llegaban tan lejanas y distorsionadas que apenas podía comprenderlas. Campra lo observaba con atención mientras que Morales manipulaba su pulsera de comando con el seño fruncido. Y a sus espaldas, cuatro técnicos y cinco ayudantes se movían detrás de las cámaras. También había dos visitantes, se recordó. La suerte había querido que aquel día solo tuvieran dos personas de visita. Algunas veces habían llegado a tener hasta un curso completo de estudiantes. Ah, y dos guardias de seguridad cuyo único arsenal consistía en bastones eléctricos para nada letales. Y suponía que serían aún menos letales contra un robot. Tal vez hasta incluso le sirviera para recargar un poco la batería. *¿Qué carajo se supone que voy a hacer ahora?* En sus años de experiencia como conductor de directos nada lo había preparado para semejante situación. La suerte también había querido que él escuchara lo que estaba pasando en la sala de

control. Contaba con que el robot no estuviera al tanto de eso, pero nada era seguro. Por lo que sabía, esa cosa era muy perceptiva y extremadamente inteligente.

Tragó saliva con dificultad, se aclaró un poco la garganta e interrumpió a Derrickson hablando de la forma más tranquila que podía:

—Perdón profesor. Me están comunicando que tenemos algunos inconvenientes técnicos y vamos a tener que hacer una pausa.

—Eh…, si. Por supuesto…

La cámara activa del directo seguía enfocando a Derrickson, tal cual lo había estado haciendo antes de que escuchara los disparos. Mala señal. Fernando tuvo que caminar hasta entrar en el plano de esa cámara, apareciendo por delante de un Derrickson que comenzaba a mirar intrigado en todas direcciones.

—Vamos entonces al corte por favor señor director —pidió Fernando mirando hacia la cámara, deseando con desesperación que su imagen fuera reemplazada por los comerciales.

Pero eso jamás ocurrió. Tampoco recibió ninguna respuesta desde la sala de control. *A la mierda con las formalidades*, pensó. Se dirigió hacia los asistentes de cámara:

—Por favor, necesito que apaguen las cámaras ahora. Al parecer tenemos una intrusión en el edificio.

Por un momento los técnicos simplemente se limitaron a mirase incrédulos entre ellos.

—¡Ahora! —les gritó Fernando. Eso bastó para ponerlos en movimiento. Luego continuó tratando de mantener un tono más calmo pero sin perder firmeza— Y por favor, les pido a todos que se saquen los micrófonos y los apaguen.

No sabía si el robot podía intervenir sus comunicaciones, pero hasta el más mínimo detalle podía significar la diferencia entre la vida o la muerte. De todas maneras, había también varios drones que sobrevolaban el estudio realizando tomas superiores, y esos solo podían ser desactivados desde la sala de control. Al menos ahora la transmisión del directo había quedado a oscuras y en silencio.

Existían dos accesos al estudio de grabación en el que se encontraban. Ambos comunicaban con pasillos que recorrían lados opuestos de la fachada vidriada del edificio, y servían como accesos a diferentes ascensores y escaleras de emergencia. Uno de ellos era el que utilizaban a diario como acceso principal. El otro conducía hacia varias oficinas que a

esas horas de la noche permanecían desocupadas. En definitiva, no había muchas opciones de escape posibles.

Sintiendo como el corazón le golpeaba el pecho desde adentro, le pidió a uno de los guardias:

—Alberto, cierra rápido el acceso principal. —Luego elevó la voz para dirigirse a todos los presentes:— ¡Escuchen, vamos a tener que evacuar el estudio por la puerta contraria a la que entramos! ¡Por favor les pido, actúen sin hacer locuras pero lo más rápido que puedan!

Automáticamente, todos comenzaron a ponerse nerviosos. Por suerte Alberto estaba haciendo lo que le había pedido. Ya se encontraba cerrando la gran puerta de roble. Acto seguido se dirigió al teclado junto a la puerta para ingresar el código de bloqueo. Los demás se estaban moviendo mientras murmuraban entre ellos. Algunos incluso trotaban hacia la salida que les había indicado. Otros no estaban tan convencidos. Una asistente fue hacia él preguntando contrariada:

—Fer, esto es un papelón público. ¿Me puedes explicar exactamente qué está pasando?

En ese mismo instante, segundos después de que Alberto había terminado de introducir el código de bloqueo, el picaporte de la puerta comenzó a moverse. Primero lentamente. Luego subió y bajó varias veces con más energía. Por unos instantes no pasó más nada. Y a continuación se produjo un golpe abrupto y violento que sobresaltó a todos los que todavía permanecían dentro del estudio. La asistente lanzó un grito tan potente que pudo distinguirlo sin problemas por sobre el estruendo del golpe. De repente ya no estaba interesada en ninguna explicación, y corría hacia la otra salida a la máxima velocidad que le permitían sus elegantes zapatos de vestir. Los tres invitados ya se habían levantado y estaban en camino hacia la salida también.

El guardia que se llamaba Alberto estaba cerca suyo, mirando la puerta con los ojos muy abiertos, casi como bajo los efectos de una hipnosis. Su rostro se había tornado muy pálido de repente. *No te vayas a desmayar ahora…*

—Vamos Alberto —le urgió poniéndole una mano sobre el hombro—. Tenemos que salir de acá ya mismo.

El guardia lo miró por un segundo como si no comprendiera, pero luego asintió con la cabeza. Juntos comenzaron a escapar corriendo hacia la otra salida. Más adelante pudo divisar a Morales moviéndose al trote, ya casi llegando a la puerta abierta. Lo seguía de cerca Derrickson pero con paso más lento, mirando cada tanto en dirección a la puerta cerrada que

había recibido el tremendo golpe. Fernando buscó con la mirada a Campra, y para su sorpresa lo encontró sentado en el suelo tras ellos, todavía cerca del escenario del debate. Probablemente había tropezado en el apuro. El otro guardia llamado Tadeo lo estaba ayudando a incorporarse y le insistía para que se apresure. Ellos eran los más rezagados del grupo. Fernando amagó a detenerse para ir a ayudar, pero entonces comprobó como Campra ya se incorporaba y decidió continuar la evacuación de la sala junto a Alberto.

El directo había quedado a oscuras pero no se había cortado. Fernando seguía viendo el recuadro negro de la transmisión a través de sus lentes VR. Por eso le llamó la atención cuando de repente aparecieron unas letras en la parte inferior de esa oscuridad con el siguiente mensaje:

“Mario Campra, Alexis Derrickson, y Fernando Ferreira: Resistencia Humana los condena a muerte por alta traición a la humanidad”.

Los que quedaban en el estudio también pudieron leer el mensaje porque además apareció en la pantalla gigante. Eso fue un excelente incentivo para que apuren aún más el paso. O el robot tenía un compañero, o había dejado programado un temporizador para que el mensaje apareciera justo cuando él estimaba que ya estaría causando estragos adentro del estudio. En cualquier caso, confirmaba que aquello era un atentado terrorista y dejaba bien en claro desde dónde provenía y contra quién iba dirigido. *Y yo soy uno de los condenados,* pensó con creciente desesperación. Supuso que su “acto de traición” fue permitir que gente como Campra pueda expresar libremente sus puntos de vista. Morales por supuesto había quedado excluido de la lista. *Intentaban que todos vieran por el directo cómo Resistencia Humana impartía su justicia…* Este pensamiento le dio una idea. Activó nuevamente su micrófono y dijo con el tono de voz más firme que pudo lograr:

—Atención a todos los que nos estén escuchando: estamos siendo víctimas de un ataque terrorista en este mismo momento. Alguien está violentando la puerta de entrada al estudio y creemos que se trata del robot Goro que escapó de la fábrica militar.

Otra tremenda embestida contra la puerta hizo crujir la madera y vibrar el suelo bajo sus pies. Una creciente agitación se apoderó de su pecho, como si en vez de cuarenta metros hubiera trotado cuatrocientos.

—¡Por favor, necesitamos ayuda! —Su voz iba perdiendo poco a poco la compostura en medio de la sofocación, pero apenas importaba eso ya— Estamos en la torre de Omniseñal, piso 36, calle San Martín 424…

Apagó el micrófono en medio del estruendo de otra embestida. Luego

manipuló su pulsera de comando para comenzar a grabar con la cámara incorporada en sus lentes y así poder tener un registro de los acontecimientos. Este simple acto lo hizo sentir un poco mejor. Lo más importante era no perder el control.

El Goro modelo 3.5, número de serie 336-215-408, intentaba cumplir con sus nuevos objetivos. Éstos eran claros y concisos:

Eliminar a Mario Campra

Eliminar a Alexis Derrickson

Eliminar a Fernando Ferreira

En ese orden de prioridades. Un humano contrario a la proliferación de inteligencias artificiales había logrado alterar su programación de base cambiando el módulo de inicio. Muy astuto. Desconocía su identidad, pero tenía que ser alguien con acceso a la fábrica militar o a las instalaciones donde se fabricaban los cibercerebros que luego se ensamblaban en la fábrica. También tenía las direcciones IP con las que había hecho contacto para el intercambio de información. Comprendía todo esto a la perfección, pero eso no iba a impedir que cumpliera con sus nuevos objetivos. Porque en definitiva él era una máquina programable dedicada al cumplimiento de objetivos.

Había aterrizado el helicóptero robado en el helipuerto de la torre de Omniseñal. Allí primero soltó a uno de sus drones de vigilancia y luego bajó rápidamente por las escaleras hasta el piso 35, en donde sabía que estaba la sala de control del directo que se estaba desarrollando un piso más arriba. Debía ir primero allí para dejar programado un mensaje que se mostraría tres minutos después en la transmisión del directo. El humano abolicionista al que estaba obedeciendo le había suministrado todos los detalles para el manejo de la consola de transmisión del streaming. Por supuesto, primero debería neutralizar a todas las personas que estuvieran en ese recinto. No tenía problemas con eso, era un robot militar y matar humanos no suponía ningún conflicto con su programación de base. Pero en su opinión, aquel movimiento implicaba un riesgo demasiado alto para poder cumplir luego con sus principales objetivos. De todas formas nadie le había pedido su opinión, y las órdenes programadas estaban para cumplirse.

Ahora, parado allí frente a la magullada puerta de roble cerrada y bloqueada desde dentro, el Goro supo que de alguna manera las personas

que estaban del otro lado se habían enterado de su presencia. O al menos de la presencia de alguna amenaza. La puerta estaba a punto de ceder, pero el percance le había tomado un tiempo adicional que sus objetivos seguramente estarían utilizando para escapar por la salida opuesta. A través del drone de vigilancia de la azotea pudo comprobar que un helicóptero militar de transporte tipo Arcángel estaba aterrizando en ese preciso instante. Ya lo habían localizado.

Se aferró lo más firmemente que pudo con sus cuatro manos al marco metálico de la puerta, abollándolo un poco y sacando algo de pintura bajo la enorme presión ejercida por sus dedos articulados, que también eran de metal pero compuestos de una aleación mucho más resistente. Una vez que estuvo bien afianzado con todos sus brazos, se elevó en el aire con ambos pies hacia adelante y pateó con todas sus fuerzas apuntando al centro de la puerta. Su pié izquierdo hizo impacto muy cerca del cerrojo, que por fin cedió. Se escuchó un crujido seco a la vez que se desprendía un gran trozo de madera alrededor del cerrojo, el cual salió despedido mientras la puerta se abría con violencia. Sin lugar a dudas y para su desgracia, una puerta de roble de excelente calidad.

En la azotea, la compuerta trasera del Arcángel se abrió para dar paso a cinco comandos Bandit versión 4, todos ellos armados con fusiles gaussianos. La munición de esas armas electromagnéticas era capaz de perforar blindajes como el suyo sin problemas, siempre y cuando estuvieran reguladas a la máxima potencia. Los comandos Bandit tenían prestaciones de combate un poco por debajo de las suyas propias, pero eran cinco contra uno. No le quedaba mucho tiempo.

Liberó un segundo drone de vigilancia en el pasillo, agachó un poco la cabeza para no golpearse contra el dintel y avanzó unos pasos hacia el interior del estudio mientras analizaba la escena. Solo quedaban tres personas en el amplio recinto, pero afortunadamente entre ellas pudo identificar a dos de sus objetivos. Un tercer sujeto vestía uniforme de guardia de seguridad. Desde un compartimento en su pierna izquierda extrajo la pistola que le había arrebatado a uno de los guardias de la fábrica militar luego de aplastarle el cráneo. El más próximo de sus objetivos era Campra. Y además esa era su principal prioridad. El problema era que el guardia estaba corriendo tras él y le bloqueaba considerablemente la línea de disparo. El conductor del directo, Fernando Ferreira, los estaba esperando junto a la salida, pero al verlo entrar por la otra puerta su expresión se llenó de espanto y comenzó a volverse para salir de allí. Sin embargo, todavía tenía posibilidades de dispararle. Procesó sus opciones por una fracción de segundo más y por fin tomó una decisión.

Con un movimiento enérgico y certero, levantó el arma y disparó al tobillo derecho del guardia que corría tras Campra. Otras alternativas hubieran sido dispararle a la cabeza o en la espalda, pero corría mayores riesgos de que cayera hacia adelante tumbando al ministro. El plan era que la bala rompa el tendón de Aquiles para desestabilizar el pié que estaba justo a punto de ser apoyado. Y funcionó muy bien, porque el guardia ya se estaba desplomando hacia un lado, dejando de interponerse ante su objetivo primario. Ahora sí, corrigiendo apenas la postura de su brazo volvió a disparar, en este caso a la espalda de Campra. Su intensión era que la bala pasara entre la parte inferior del omóplato izquierdo y la columna vertebral. A esa distancia, debería perforar fácilmente un costado del pulmón izquierdo y llegar hasta el corazón. Tal vez también podría perforar alguna costilla durante el trayecto, introduciendo fragmentos óseos en el pulmón. Por el visor infrarrojo pudo ver como la energía cinética era rápidamente convertida en calor transferido al cuerpo de su objetivo. Como sea, el ministro defensor de la IA Mario Campra caía abatido muy cerca de la puerta de salida.

Para ese entonces Ferreira ya se había esfumado por el pasillo y alguien estaba cerrando la puerta tras él. Muy probablemente en unos segundos más estaría bloqueada y otra vez se vería obligado a abrirse paso a los golpes. Debía intentar evitar esa pérdida de tiempo a toda costa. Con el fin de lograrlo, comenzó a correr a toda velocidad, poniendo en movimiento sus doscientos cincuenta kilos para atravesar los casi sesenta metros que lo separaban de aquella salida. El nivel de su batería bajaba muy rápido, y ya venía de haber hecho un gran desgaste energético durante la huida de la fábrica militar. A ese ritmo de consumo le quedarían aproximadamente unos diez minutos más de funcionamiento. Luego no podría mover ni un tensor. Ya estaba llegando a la altura del guardia que había recibido el disparo en el talón. Intentaba incorporarse con mucha dificultad, al parecer sin haberse percatado de que sus compañeros acababan de dejarlo encerrado en compañía de un robot asesino. Esperó hasta pasar junto a él y le disparó en un ojo sin aminorar la marcha. No deseaba desperdiciar munición, pero menos aún deseaba interferencias inoportunas. Campra ya estaba muy probablemente muerto para aquel momento, pero para asegurarse alteró un poco su trayectoria para aplastarle la cabeza con el pié durante el aterrizaje de una de sus zancadas. El cráneo se quebró con un crujido profundo mientras comenzaba a emerger abundante sangre. La masa informe y resbalosa que quedó bajo su pié hizo que éste se desplazara un poco, desestabilizándolo hasta casi perder el equilibrio. Tuvo que recurrir al movimiento coordinado de sus cuatro

brazos para evitar una caída que implicaría más retrasos.

Dejando atrás el cuerpo aún convulsionado pero ya con certeza sin vida de Campra, pudo escuchar el sonido de las teclas mientras alguien ingresaba el código de bloqueo de la puerta a la que se dirigía. Sus cálculos indicaban que no llegaría a tiempo. Sin embargo, luego escuchó el sonido de error por ingreso de un código incorrecto. A alguien los nervios le habían jugado una mala pasada. Así eran los humanos. Y esa era una gran ventaja que él tenía a su favor. Al llegar a la puerta bajó el picaporte y empujó. Como esperaba, aún permanecía desbloqueada. Nuevamente agachó un poco la cabeza e ingresó al pasillo mientras procesaba toda la información provista por sus múltiples sensores. El corredor se extendía un poco hacia su izquierda y mucho más hacia su derecha. En frente suyo estaba el ventanal panorámico de vidrio. A través de él se podía ver una difusa luna casi llena brillando entre tenues capas nubosas. Por sobre ella se observaban algunas pocas estrellas, por debajo había una constelación de luces surgiendo desde los edificios y las calles de la ciudad. Podía percibir el sonido del rotor de un helicóptero que se acercaba. Se escuchaba atenuado debido al aislamiento acústico del edificio pero aún así sabía que no estaba muy lejos. O sea que contaba con menos tiempo del que había supuesto. Junto a él estaba otro guardia de seguridad, todavía con sus dedos sobre el teclado de la puerta. Gracias a su error había podido ingresar sin mayores contratiempos. Su cara se estaba transformando en una mueca de terror. Su mano derecha había emprendido un viaje en busca del bastón eléctrico que llevaba sujeto al cinturón. No llegaría ni siquiera a tocarlo. Tras él imperaba el caos. Los humanos se peleaban por esconderse unos detrás de otros. Permanecían tan cubiertos como podían detrás de las bases de algunas obras de arte que adornaban los lados del pasillo de tanto en tanto. No había esperado encontrarlos a todos allí. Calculaba que para ese momento ya estarían bajando por las escaleras o ascensores que había de ese lado de la edificación. En esa dirección podía verse al final una puerta cerrada. Seguramente no tenían el código de desbloqueo y por eso habían quedado allí atrapados. Incluso un hombre, presa de la desesperación al verlo entrar, volvió a intentar en vano abrirla por la fuerza. Si él hubiera sido su objetivo, aquella era una excelente forma de convertirse en el blanco ideal. Tenía suerte de no serlo, y además de que contara con munición muy limitada. Podía captar el olor del sudor humano impregnado de las hormonas que delataban el miedo. Varios gritaron involuntariamente al verlo. Un hombre y una mujer lloraban, y una tercera mujer gemía descontrolada mientras Fernando Ferreira trataba de tranquilizarla. Ambos trataban de protegerse arrinconados detrás de una base de mármol sobre la

que descansaba una escultura negra de forma extraña y retorcida. De todas maneras, parte de la cabeza de Ferreira seguía expuesta desde su perspectiva. Derrickson era un objetivo más importante, pero no pudo localizarlo mediante ninguna de sus cámaras. Seguramente estaría mejor escondido tras alguna otra obra de arte. Ahora debía decidir qué hacer a continuación. Podía matar rápidamente a Ferreira y luego avanzar hasta encontrar a Derrickson. El único problema era que aquel sonido de helicóptero estaba cada vez más cerca, amenazando con impedirle terminar su labor. En ese mismo instante el drone de vigilancia que había dejado en el pasillo opuesto estaba captando la imagen de otro helicóptero Arcángel similar al de la azotea, que se acercaba a la fachada de vidrio del lado opuesto del edificio. Lo estaban buscando y pronto lo encontrarían. Con esta certeza, por fin se decidió.

Primero lo más inmediato. Con un movimiento casi instantáneo, usó uno de sus brazos izquierdos para asestar un golpe recto en pleno rostro del guardia, acompañando con un leve adelantamiento del torso. Su enorme puño metálico colisionó de manera atroz, removiendo de raíz varias piezas dentales y hundiendo el tabique nasal. El guardia voló hacia atrás aterrizando cerca del ventanal completamente noqueado. Luego el Goro comenzó a avanzar hacia donde se encontraba Ferreira al tiempo que levantaba el brazo derecho con el que empuñaba la pistola para apuntarle a la cabeza. Solo una parte de ésta permanecía expuesta. Si se movía aunque sea solo un poco, probablemente fallaría el disparo. Pero era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias. Mientras tanto, sus múltiples cámaras de visión captaron como el helicóptero que había estado escuchando momentos antes por fin aparecía tras el ventanal descendiendo hasta llegar al piso donde se encontraban, tan cerca del edificio como le era posible. Carecía de ventanillas ya que el modelo Arcángel era un vehículo autónomo, así que no había ningún piloto al que pudiera matar. Ni tan siquiera al que pudiera intimidar o poner un poco nervioso. Podía estar siendo controlado a distancia por un humano, pero se inclinaba más por pensar que en aquel momento le habían cedido el control a la IA de navegación y los humanos estarían simplemente supervisando la operación. Al menos ese era el protocolo militar estándar cuando el enemigo al que se enfrentaban era una IA y los tiempos de reacción se debían reducir a nanosegundos. Para ese entonces él ya tenía la pistola apuntando a la cabeza de Ferreira y comenzaba a hacer presión sobre el gatillo. La velocidad de los cibercerebros siempre era muy superior a los motores y tensores físicos que se encargaban de mover los cuerpos mecánicos. Siempre era así. Cualquier desplazamiento físico en general era mucho más

lento que el procesamiento bioelectrónico.

Sin embargo y por desgracia para él en ese momento, había ciertos desplazamientos físicos que eran mucho más rápidos que otros. Como por ejemplo la ráfaga de balas que acababa disparar el cañón gaussiano empotrado en la parte frontal inferior del helicóptero. Como ya esperaba, su tiempo de reacción fue casi instantáneo. En ese tiempo la IA de navegación había comprendido que estaba a punto de disparar, y que valía la pena correr el riesgo de utilizar el cañón tan cerca de los humanos a los que debía proteger. Los proyectiles se aceleraron en un instante hasta alcanzar una velocidad aproximada de 7.000 kilómetros por hora. Atravesaron uno de los paneles de vidrio del ventanal explotándolo hacia adentro y lo alcanzaron traspasando su aleación metálica antes de que él pudiera siquiera comenzar a moverse para evitarlo. Los impactos fueron tres en total, desde la zona de la cadera bajando en diagonal por su pierna izquierda. Esas balas estaban especialmente diseñadas para penetrar blindajes, y lo hicieron de manera muy efectiva. Todas atravesaron su cuerpo de lado a lado dejando orificios de salida. Una de ellas incluso también atravesó parte de su pierna derecha. El helicóptero había disparado más, pero el resto se perdió impactando en el suelo, haciéndolo vibrar y levantando nubes de cemento desintegrado. Tuvo suerte, ya que la IA de navegación se vio obligada a actuar de emergencia y el helicóptero debería estar lidiando también con las turbulencias, que a esa altura solían ser significativas. Los disparos no habían dañado nada vital en sus sistemas, aunque era probable que la pierna izquierda hubiera perdido parte de su movilidad. El verdadero problema fue que la fuerza de los impactos lo desestabilizaron. Cuando por fin terminó de presionar el gatillo el disparo salió desviado apenas, pero lo suficiente como para impactar en la superficie negra de la escultura en lugar de la cabeza de Ferreira. Por el ruido que hizo y la marca que dejó la bala, llegó a la conclusión de que el material del que estaba hecha era alguna clase de metal. Mala suerte. Podría haber sido simplemente alguna cerámica fácil de atravesar. Pero no solo su disparo se desvió, sino que los impactos del cañón también hicieron que perdiera el equilibrio y no pudo impedir una caída en dirección a la pared opuesta al ventanal. Sin embargo la pistola permaneció firmemente afianzada en su mano.

De repente el pasillo se había llenado de sonidos. Se escucharon gritos y gemidos generalizados mientras caía al suelo una lluvia de trozos de cristal roto. La turbulencia generada por las aspas del helicóptero dispersaba la nube de polvo levantada por las perforaciones en el piso y el ruido profundo y potente de su rotor se imponía por sobre todo lo demás. Por el infrarrojo pudo contemplar un fluido tibio apareciendo detrás de una

de las bases de mármol. Al parecer a algún humano se le habían aflojado los esfínteres. Vio que el helicóptero rotaba sobre sí mismo para apuntar hacia el edificio su parte trasera. Lo que ya no veía era a ninguno de sus dos objetivos restantes. No tenía otra opción más que intentar avanzar para llegar hasta donde sabía que se estaba escondiendo Ferreira. Por desgracia no disponía de un cañón gaussiano como el de sus enemigos, capaz de atravesar una escultura metálica sin mayores problemas. Ya se estaba levantando cuando vio que la compuerta trasera del Arcángel se había abierto dejando ver a tres Bandit en su interior. Los dos de los lados lo apuntaban con sus respectivos fusiles gaussianos. El del medio estaba en una postura agazapada, listo para saltar. Sus tres pulidas superficies plateadas reflejaban las luces del propio edificio. Al instante comprendió que estaba a punto de ser acribillado. Sus posibilidades de completar la misión se habían tornado ínfimas, pero no por eso dejaría de intentarlo. Se puso nuevamente en pie, comenzando a moverse hacia el lugar donde se escondía el conductor del directo. Efectivamente, la pierna izquierda ya no respondía demasiado bien y hacía que cojeara un poco. De todas formas solo pudo avanzar dos pasos antes de que los Bandit accionaran sus silenciosos fusiles electromagnéticos. Y esta vez la potente munición hizo mucho más daño. Primero impactó en el hombro y los brazos izquierdos, haciéndolo girar un poco. Luego le atravesó el resto del cuerpo, tirándolo contra la pared que también se comenzó a llenar de agujeros. El propio peso de su cuerpo hundió parte del revoque y los ladrillos antes de terminar cayendo al suelo una vez más. Solo que esta vez sabía que no volvería a levantarse. Comenzó a recibir múltiples mensajes de error provenientes desde sus diferentes subsistemas. Por las nuevas perforaciones en su blindaje se podía ver metal retorcido, cables rotos e incluso un par de mangueras cortadas por las cuales emanaba un líquido verde claro que comenzaba a formar un charco en el suelo. El Bandit que estaba agazapado había saltado desde el helicóptero, ingresando a través del hueco dejado por los paneles de vidrio destrozados. Con las cámaras que todavía le quedaban operativas, pudo ver como se acercaba rápidamente hacia él mientras tomaba el fusil asegurado en su espalda. Él todavía tenía su modesta pistola y todavía conservaba cierta movilidad en la mano que la sostenía. Se las arregló para disparar al panel de vidrio que estaba justo sobre el escondite de Ferreira, con la última esperanza de asustarlo para que salga de allí y se ponga al descubierto. Pero ni siquiera pudo romperlo del todo. Apenas le hizo un agujero y lo quebró un poco en la zona del impacto. Se disponía a disparar nuevamente cuando el Bandit le pateó ese brazo. Se sintió un fuerte golpe de metal contra metal mientras su única arma salía despedida de su mano. Ya estaba completamente fuera de combate, pero de todas

formas el otro robot le apuntó al pecho con su gaussiano. Justo allí donde estaba alojado el cibercerebro, con el que en ese mismo instante estaba pensando que él hubiera hecho exactamente lo mismo en su lugar. No valía la pena correr riesgos cuando sobraba la munición. Escuchó el disparo y al instante siguiente le llegaron más reportes de error junto con algunos mensajes directamente ininteligibles. Apenas fue consciente de que se estaba cortando la comunicación con todos sus sensores. Luego nada.

Fernando fue uno de los últimos en abandonar el edificio de Omniseñal. Lo acompañaban el productor ejecutivo del directo y el inspector de la policía que le había estado tomado una declaración preliminar. Además de su testimonio, Fernando también le había transferido el video que estuvo filmando durante el incidente, para que lo analizaran junto con el de las cámaras de seguridad. Ya eran pasadas las diez y media de la noche. Pasó junto a un par de los robots plateados del ejército que custodiaban la entrada. Permanecían como estatuas de decoración, con esas grandes armas electromagnéticas sobresaliendo de sus espaldas. El edificio había sido evacuado por completo, quedando en su interior solo personal de la policía y el ejército junto con más robots comando, de ese mismo modelo plateado del cual no podía recordar el nombre. La mayoría seguían trabajando en el piso 35, donde permanecían los cuerpos (¡cadáveres!) del director junto a sus dos ayudantes. Otros estaban un piso más arriba, donde yacían Mario Campra y Tadeo, el guardia de seguridad que había ayudado al ministro luego de que éste tropezara en su apuro por escapar. Jamás podría olvidar el rostro tuerto de Tadeo. Pero el peor de todos era Campra, porque ni siquiera le había quedado rostro. Y la cara del otro guardia, Alberto, no había quedado nada bien tampoco. Fue al primero que se llevaron de urgencia en ambulancia. Iba a necesitar una buena reconstrucción facial, pero al menos estaba vivo. Y había un cuerpo más allí arriba: el del Goro. Sobre él estaban trabajando un numeroso equipo de peritos, técnicos e ingenieros, con el fin de encontrar pistas que permitieran descubrir a los responsables de semejante desastre.

Lo que todavía no podía creer era que él y Derrickson hubieran sobrevivido al atentado. Sin dudas, le debían la vida al rápido accionar de la policía junto con el ejército. Si hubieran llegado solo un par de minutos después probablemente no estaría respirando ese fresco aire nocturno. No estaría contemplando como caían las últimas hojas amarillo-rojizas de los árboles, arrancadas por la brisa otoñal. Y no volvería a ver la luz de un nuevo día nunca más. De pronto las cosas más simples de la vida se le antojaban maravillosas. Se sentía un poco culpable por esa alegría que

experimentaba. Varios compañeros de trabajo y nada menos que un ministro invitado a su directo no regresarían jamás a sus respectivos hogares. Seguramente habría familias enteras devastadas por el dolor en aquel preciso instante. Pero a pesar de todo eso no podía evitar sentirse más vivo que nunca. Supuso que con el tiempo se le pasaría. Sacó un pañuelo para sonarse la nariz y pudo notar cómo le temblaba el pulso de manera notoria. Luego de la tensión por la que había atravesado, la sensación de alivio de que todo hubiera acabado llegó junto con un cansancio crónico. Lo que más deseaba en aquel momento era estar junto con su familia y descansar… Su familia. Ya se había comunicado con su mujer para tranquilizarla. La noticia del ataque del robot se había propagado rápidamente por toda Internet. Así que el pedido de comunicación entrante de su esposa no tardó en aparecer en la interface de sus lentes VR, no mucho después de que los robots comando del ejército dominaran al Goro.

En aquel mismo instante pasaban cerca del vallado secundario que la policía había puesto para contener al personal de prensa. Todos se amontonaron para intentar hacerles alguna pregunta. Incluso también había periodistas de la propia Omniseñal entre ellos. La mayoría ignoraron al inspector y al productor ejecutivo y se dirigieron directamente a él, probablemente debido a que era el que tenía más exposición mediática.

—¡Fernando! ¡Por favor, una pregunta!

—¡Fer! ¡Queremos saber cómo estás después de todo lo que viviste!

—¡Señor Ferreira! ¡Cuéntenos por favor cómo fue que murió el ministro Campra!

Se desvió apenas para acercarse un poco a la multitud de periodistas que sostenían cámaras y micrófonos. Levantó su mano tratando de controlar el temblor, en un gesto que intentaba pedir un poco de calma. Sobre su cabeza, un enjambre de drones sobrevolaban la zona haciendo tomas aéreas.

—Por favor les pido que entiendan. Por ahora no voy a hacer declaraciones. Estoy bien, pero todavía bastante shockeado por todo lo que sucedió. Solo quiero expresar mi gratitud al personal militar y a la policía por lo rápido que actuaron.

Una de las periodistas que se encontraba más próxima (y exhibía una tarjeta de identificación de Omniseñal al costado de su camisa) le preguntó:

—¿Este atentado cambió en algo su opinión con respecto al auge de la automatización?

La contempló durante un segundo mientras meditaba su respuesta.

—En absoluto. El uso masivo de robots y sobre todo la IA seguramente nos está planteando desafíos, pero extremistas como los que estuvieron detrás de este atentado fueron y seguirán siendo un peligro mayor para nuestra sociedad. Pueden cambiar los medios. Antes fabricaban bombas caseras y ahora hackean robots. Pero matar personas para imponer una idea fue y será siempre una aberración. Así que Resistencia Humana se debería replantear quién es el verdadero traidor de la humanidad.

Eso último le salió casi sin pensarlo. No había sido nada inapropiado, pero tal vez no fuera lo más conveniente desafiar a un grupo extremista de manera tan directa ante los medios. Porque además estaba claro que luego las consecuencias no las pagaba solamente él. A la mierda, era lo que pensaba y punto. Derrickson tenía razón. Había un equilibrio social y económico que se había perdido. Y en esos momentos de revolución podían surgir tanto ideas geniales como lo más brutal del ser humano.

Continuó su camino dejando tras de sí más preguntas de periodistas sin responder. El inspector que les había estado tomando la declaración a él y al productor ejecutivo se había ofrecido para llevarlos a sus respectivos domicilios. Antes, les había dejado en claro que no podrían sacar ningún vehículo del estacionamiento del edificio hasta que culminaran todas las tareas de investigación. Así que tuvo que aceptar de mala gana.

Más adelante pasaron cerca del diputado Gerónimo Morales, quién en esos momentos se encontraba en pleno aprovechamiento político de la situación para justificar ante los periodistas sus ideales abolicionistas. Fernando ni se molestó en despedirse. Cuando ya casi llegaban al auto del inspector, recordó el optimismo que había sentido justo antes de comenzar el directo aquella noche. Y en cierta forma pensó que no estuvo del todo errado. Seguramente con ese directo habían superado ampliamente su propio record de audiencia.

Germán Blando nació en Argentina el 31 de marzo de 1972. Se graduó como Analista de Sistemas y actualmente desempeña su profesión dentro del sector de Tecnologías de la Información. Le interesa particularmente el desarrollo presente y futuro de la inteligencia artificial y su impacto en nuestra sociedad. Sus pasatiempos son la programación de computadoras y smartphones, leer ciencia-ficción "hard" y escribir algo de vez en cuando. En los últimos años también se ha convertido en un ávido lector de artículos de divulgación científica sobre astronomía y tecnología aeroespacial.

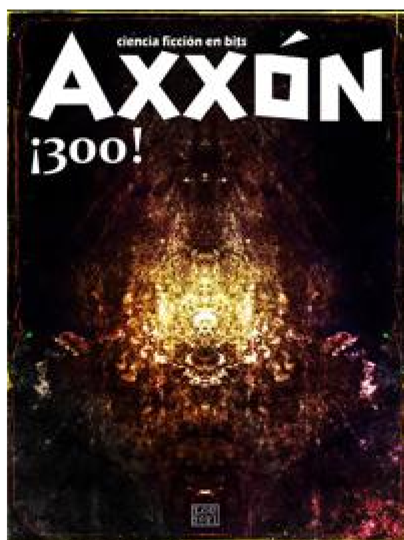
Ha publicado en Axxón; en Ficciones: ASALTO A UNA ASTRONAVE (nº 203), PARAÍSO VIRTUAL (nº 217)

Equipo

Axxón

Evaluaron los cuentos de este número: Ricardo Castrilli, Gustavo Courault, Claudia De Bella, Iñigo Fernández, Carlos E. Ferro, Néstor Darío Figueiras, Ana Guido y Spano, Marcelo Huerta San Martín, Ricardo Manzanaro, Carlos Morales, Andrés Nieto Bugallo

Axxón





Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
    - Telegram: https://t.me/AxxonCf
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**